

# TRAS LA SOMBRA DEL BRUJO

FRANCISCO DÍAZ VALLADARES



PREMIO EDEBÉ  
DE LITERATURA  
JUVENIL



Lectulandia

El joven Julen, tras varios años estudiando en Estados Unidos regresa a Sudáfrica para visitar a su abuelo, un antropólogo muy activo. Allí se reencuentra con su amiga de juegos Elodie, que se ha convertido en una bella jovencita.

Buku, el chamán, atemoriza a los habitantes de la región con su brujería, para que no se acerquen al volcán, avisando de sus peligros y proclamando ser la voz de sus dioses.

El secuestro de la joven y las amenazas del chamán para que el abuelo no se acerque a las inmediaciones del volcán hacen sospechar a éste que algo más se oculta tras la intimidación a la que se ven sometidos por parte de Buku.

**Lectulandia**

Francisco Díaz Valladares

# **Tras la sombra del brujo**

ePub r1.1

Titivillus 02.05.2018

Francisco Díaz Valladares, 2017  
Diseño de cubierta: ramón Rios Lara

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

A mi querida Mayte

# Proyecto Scriptorium 5º Aniversario



Más libros, más libres

## **Agradecimientos**

Mi reconocimiento, admiración y respeto a Reina Duarte por su constante inquietud en difundir una literatura juvenil de calidad.

Y a Isidro Matos Bellido, por las ideas propuestas en el diseño de la portada.

# 1. Los ojos del asesino

*Hay que esperar cuando se está desesperado, y andar cuando se espera.*

Gustave Flaubert

Hacía un rato que el sol se había ocultado tras el horizonte. Sin embargo, por el oeste aún persistía una franja anaranjada reivindicando la parte final del día.

La mayoría de los habitantes del poblado de Kibati, al borde del Parque Nacional de Virunga, en la República Democrática del Congo, habían encerrado ya el ganado en los rediles y empezaban a recluirse temerosos en sus chozas para pasar la noche. Desde hacía algunos días los tambores *legiieros* venían avisando de los ataques de un león, y nadie quería quedarse fuera después de la puesta del sol. Los perros, sueltos en los corrales, permanecían atentos, nerviosos.

En los límites de la selva, un clan de chimpancés llenaba la tarde de gritos disuasorios tratando de alejar a un grupo rival de su territorio, mientras cientos de pájaros piaban estridentemente disputándose las ramas de los árboles para pasar la noche.

Todo parecía normal, cotidiano, rutinario. En la última choza del poblado, una mujer bajita y huesuda, envuelta en una especie de pareo de vivos colores entre los que predominaba el rojo, recogía con premura la ropa puesta a secar sobre la hierba. Ella también había oído los tambores parlantes y estaba preocupada porque su marido y su hijo aún no habían regresado con el ganado. Cuando se incorporó con un puñado de prendas apretado sobre el pecho, no se percató de los ojos amarillentos que vigilaban atentamente sus movimientos desde la espesura.

De repente, un búho enorme ululó, batió las alas y se perdió en el cielo chillando asustado.

Se deslizó un clamoroso silencio.

La mujer miró rápidamente hacia la arboleda. Nada. Todo estaba tranquilo. El aleteo del búho había llamado la atención del resto de los animales. A lo lejos vislumbró la polvareda de los cebús que regresaban de pastar. Enseguida identificó los chiflidos y gritos del pastor dando órdenes a los perros para agrupar el ganado. Era su marido. Al otro lado de la manada localizó a su hijo y respiró tranquila. ¿Por qué siempre eran los últimos en regresar?

Miró al cielo. La tarde era cálida y corría un viento suave y agradable. Sobre las montañas, un grupo de buitres formaba un círculo de muerte.

El revoleteo de los pájaros y los gritos de los monos volvieron a marcar los latidos del crepúsculo, y la mujer se apresuró a concluir el trabajo para preparar la

cena. Terminó de recoger la ropa y entró en la vivienda sin advertir que los ojos vigilantes se movían con cautela entre los árboles, a pocos metros de la entrada de su choza.

Era un viejo león hambriento, el mismo que había atacado a otras personas y del que hablaban los tambores. Cuando un león viejo catava la carne humana, ya no buscaba otra. Cazar personas era más fácil que correr tras un antílope. Solo tenía que esperar.

Permaneció agazapado entre las hierbas mirando fijamente el lugar por donde había desaparecido la mujer, con los músculos contraídos, preparado para saltar en cuanto apareciera su presa. Pero ella no salía. Se impacientó y avanzó unos metros más, silencioso como una serpiente. El hambre le corroía las entrañas. Estaba tan pegado al suelo que solo asomaban unos flecos de su melena rojiza confundándose con la hierba.

Se relamió varias veces.

Poco después, la mujer salió con un barreño en la mano.

Un fuego helado se prendió en aquellas pupilas asesinas. El león se recogió sobre sí mismo, tensó los músculos y se apoyó sobre las patas traseras.

Los sonidos de la tarde enmudecieron.

Y por segunda vez, ella buscó nerviosa el motivo.

Nada.

Sin embargo, sabía que cuando los animales callaban, algo malo iba a suceder.

¿Qué alteraba el ritmo normal de la jungla?

Volvió a indagar con la mirada girando la cabeza a un lado y a otro.

En ese momento, una enorme sombra surcó el aire y le cayó encima.

Un grito desgarró el silencio.

Los perros del poblado ladraron, pero ninguno de sus habitantes se atrevió a franquear la puerta de su casa. Sabían que habría sido inútil.

El león arrastró aquel cuerpo endeble hasta las profundidades de la selva.

Los ladridos de los perros se fueron espaciando hasta que pararon y los sonidos retomaron a la normalidad.

El rastro de sangre que se perdía en la espesura y un jirón de tela con vivos colores enganchado en las espigas de un arbusto eran lo único extraordinario.

## 2. *Élodie*

*Muchas personas mueren a los treinta años y los enhetran a los ochenta. En realidad, no se muere solo cuando el corazón deja de latir, sino cuando los latidos dejan de tener significado.*

El tren se adentró en un túnel. El estrépito reverberó en el espacio cerrado y lo sacó bruscamente de su estado somnoliento. Sobresaltado, volvió la cabeza hacia la ventanilla y no reconoció la imagen que le devolvió el cristal. Julen tenía diecinueve años. Era alto y fuerte, con el pelo rojizo y la cara llena de pecas. Sin embargo, al otro lado del cristal había un viejo ojeroso, de rostro escurrido, mirada desvaída y cabello desgreñado.

Desde que salió de Nueva York, cinco días antes, apenas había pegado ojo. Casi siempre, cuando visitaba al abuelo Pablo, en la República Democrática del Congo, volaba directamente a Kinsasa y desde allí tomaban una avioneta hasta Kindu; pero ese año quiso ver a un amigo en Matadi, un importante enclave portuario a orillas del río Congo, a mitad de camino entre la capital y el océano Atlántico. Allí pasó tres días disfrutando de su compañía y conociendo la ciudad. Sin embargo, el último tramo del viaje le pareció eterno, estaba muy cansado y se arrepintió de haber tomado aquella decisión.

El ambiente tampoco ayudaba. El vagón iba atestado de personas, animales, maletas, jaulas, paquetes, fardos de arpillera y un heterogéneo grupo de envoltorios de lo más variopinto. El olor y el calor eran insoportables. Se irguió y miró a su alrededor. A su lado iban sentadas dos mujeres tremendamente gordas hablando y riendo sin percatarse de que lo habían arrinconado contra el lateral del vagón y estaba pegado como una lapa; enfrente, una familia compuesta por un matrimonio y cuatro hijos que no paraban de moverse, jugando entre regañinas de la madre y la sonrisa lela del padre. «El pueblo congoleño es el más flemático, sonriente y pasota del planeta», decía el abuelo Pablo.

Julen volvió a repasar con la mirada a los presentes. Todos negros, todos hijos de África. Aunque su piel era blanca, él también había nacido en ese continente. Un blanco entre negros que nunca se había sentido extraño. Ni los congoleños sentían aversión alguna hacia él.

El tren salió del túnel como el corcho de una botella de champán y continuó en su traqueteante afán por llegar al destino. Se oyó un crujido. Todos se callaron un instante y enseguida continuaron con su parloteo. Julen volvió la vista a la ventanilla. El paisaje se deslizaba lleno de sombras agazapadas bajo la enorme extensión de árboles y ramajes que trepaban por los troncos sedientos de sol: la selva. Colores vivos, chillones, apagados; verdes, amarillos, grises, naranjas, marrones, algún rojo

moteado... «En la selva puedes encontrar todos los colores y todos los olores del planeta», aseguraba el abuelo Pablo.

El tren desaceleró. Julen volvió de nuevo la cabeza hacia la campiña. Los árboles y la exuberante vegetación seguían dentro de su visual hasta que, de repente, apareció un claro y poco después las primeras viviendas de Kinsasa, los grandes edificios señalando el centro de la ciudad, los barrios residenciales y los núcleos de chabolas del extrarradio. Una ciudad con cerca de diez millones de habitantes, llena de contrastes, como la propia nación. Las religiones, la brujería, el curanderismo, el vudú... eran elementos difícilmente separables. No era raro encontrar universitarios que creían ciegamente en el vudú, o doctores que llevaban a su familia al curandero, al chamán o al brujo en vez de a un colega médico.

Se puso de pie como pudo ante las protestas malhumoradas de las señoras y bajó el cristal de la ventanilla. Al asomar la cabeza le fustigó el rostro un aire cálido y seco. Suspiró de satisfacción. ¡De nuevo en Africa!, y casi dos meses por delante para pasar las vacaciones con el abuelo Pablo... De repente, se entristeció al pensar que cada vez resultaría más difícil regresar. El año anterior no pudo debido al traslado de sus padres a Estados Unidos y el próximo septiembre empezaría a estudiar en la Universidad de Carolina del Norte. Así que intuía que a partir de entonces iba a ser casi imposible. La sola idea de no volver le produjo malestar.

Amaba Africa. Aunque su madre era española y su padre, holandés, había nacido en la ciudad que tenía enfrente y su niñez y parte de la adolescencia habían transcurrido allí. El abuelo Pablo le había inculcado su amor por aquellas tierras tan olvidadas del mundo y estaba seguro de que siempre estaría ligado a ellas.

Aparecieron los suburbios de Kinsasa y los viajeros del tren empezaron a remolinarse en los pasillos. Julen se colocó la mochila y bajó la pesada bolsa de mano del maletero.

Su abuelo Pablo era antropólogo y había pasado casi toda su vida en el continente africano; primero en Guinea Ecuatorial, luego en Kenia y, por fin, en el Congo, donde, tras la muerte de su mujer, le ofrecieron trabajar como Director del Parque Nacional de Virunga. Cuando Julen iba de vacaciones, juntos recorrían muchos rincones de la selva. Los apasionaba fotografiar y controlar las manadas de animales, seguir la trashumancia de los ñus o localizar algún espécimen concreto. Julen ansiaba acampar en medio de la jungla, encender un fuego para ahuyentar a los depredadores, oír los rugidos de los leones o el barritar de los elefantes. Siempre los acompañaba el fiel Kanja, un masái rastreador y conocedor de todo lo que se movía, se arrastraba o volaba en la selva.

Tras un prolongado chirrido de frenos, el tren soltó un resoplido alargado y se detuvo. El joven consultó su reloj de pulsera:

—Solo dos horas y media de retraso, vamos mejorando —suspiró.

Kanja tenía una hija, Élodie, y vivía en su propia casa junto a la del abuelo. Kainda, la mujer de Kanja, se encargaba de los quehaceres domésticos y el masái

acompañaba a Pablo en sus correrías. Cuando Élodie se hizo mayor, el abuelo la mandó a estudiar a España para evitar que su padre la obligara a casarse con el primero que le diera una buena dote, como era costumbre. Julen y ella se habían criado juntos y les encantaba sentarse al atardecer a oír los cuentos del masái, como aquella vez que mató a un leopardo con su lanza, o cuando se enfrentó al cocodrilo que había apresado a una mujer que se encontraba lavando a orillas del río; o el día que él y el abuelo desafiaron a más de cincuenta cazadores furtivos de elefantes que solo querían apoderarse de sus colmillos y fabricaron unos muñecos con cocos, ramas y sus ropas, mientras ellos corrían semidesnudos dando gritos y disparando los rifles desde distintos sitios para que creyeran que había un ejército rodeándolos. Élodie y él se desternillaban cuando oían que, al intentar recuperar las prendas de vestir, unos monos se las habían quitado y tuvieron que regresar a casa en calzoncillos.

Kanja le enseñó a Julen la lengua suajili, a pescar con lanza, a trepar por los troncos de los grandes árboles, a emitir sonidos de distintos animales y a interpretar los mensajes de los tambores *legüeros*, aunque esto último nunca lo llegó a dominar del todo bien. Los llaman así porque su sonido alcanza una legua. Es una especie de código morse, muy difícil de descifrar.

Las puertas del viejo tren se abrieron y los andenes de la estación se convirtieron en ríos de viajeros que trataban de alcanzar la salida.

Julen bajó también y enseguida se lo tragó la muchedumbre. Un maremágnum de personas con caras congestionadas, sudorosas y toda clase de maletas y bolsas. Y él hizo lo mejor que podía hacer: quedarse quieto en el andén y esperar a que se diluyera un poco aquel caudal humano. Al cabo del rato se ajustó la mochila y agarró bien su bolsa.

Hacía calor. Además, olía intensamente a gasoil.

Cuando ya no quedaba mucha gente en la estación, no le costó divisar al abuelo. El anciano escudriñaba impaciente la cabecera del tren, pensando que su nieto vendría en los vagones delanteros, y no se percató de que se acercaba por detrás.

A Julen le pareció que había perdido peso desde que lo visitó hacía ya dos años. Pero mantenía aquel porte inconfundible de trotamundos. Era alto, nervudo y ahora, con la edad, un poco encorvado. Casi siempre vestía ropa descolorida y holgada, calzaba botas de media caña y se tocaba con un sombrero panameño, que en sus mejores momentos había sido de color hueso.

Julen reparó en la chica que estaba a su lado. No podía ser otra que Élodie. También había cambiado su aspecto desde la última vez que la vio. ¿Cuánto? ¿Cuatro, cinco años...? En su última visita ella estaba estudiando fuera o en un viaje organizado por el colegio, según quiso recordar. Vestía un ajustado pantalón vaquero, una camiseta blanca de manga corta y calzaba unas deportivas. Su cuerpo se había moldeado y estirado de una forma espectacular. O tal vez siempre había sido así y él no le había prestado atención hasta aquel momento. Élodie tenía diecisiete años, dos menos que él, y el abuelo la consideraba como su hija.

Unos metros antes de que Julen los alcanzara, ambos se volvieron.

La sonrisa blanca que esbozó Élodie lo paró en seco. ¿Siempre había sido así? Tenía unos ojos grandes que destacaban cual dos luceros en el óvalo de su rostro oscuro como la noche, la melena recogida en una gruesa trenza a un lado y dos enormes aros dorados colgando de las orejas. Unas gafas de sol colocadas a modo de diadema le daban un toque desenfadado. ¿Pero de verdad que siempre había sido tan guapa? No, no, para nada. De pronto le vino su imagen: gordita, mofletuda, mellada, preguntona hasta la impertinencia y pesada hasta el aburrimiento.

El rostro de la chica se iluminó repentinamente con una agradable expresión de felicidad cuando percibió la sorpresa de Julen, que enseguida agachó la mirada.

—¡Pitu!

El grito del abuelo abriendo los brazos lo sacó de sus pensamientos y lo hizo aterrizar bruscamente en el presente. No respondió, pero le dio un fuerte y prolongado abrazo mientras olía a tabaco de pipa y hierba húmeda.

*Pitu* era un acortamiento de *Pitufu*. De pequeño, su madre lo llevaba siempre vestido de azul y el abuelo le había puesto ese mote.

Julen notó que se le humedecían los ojos. Sentía muchísimo cariño por aquel hombre que había hecho tanto por él.

Unos segundos después se deshicieron del abrazo y quedaron uno frente al otro.

—¿Te acuerdas de Élodie? —preguntó el abuelo.

—¡Ah, sí! Pues..., cla..., claro. ¿Qué-qué tal? —dijo en un vano intento de aparentar sorpresa.

La chica no contestó. Le dedicó otra radiante sonrisa, se acercó y le plantó un beso en la mejilla.

Olía muy bien. Notó un raro y suave perfume que no supo comparar con ningún otro que conociera.

Se observaron unos instantes hasta que Julen rompió el hechizo volviéndose hacia su abuelo.

—Estás estupendo, abuelo —mintió.

En realidad, estaba más delgado, lucía barba canosa de varios días y tenía los ojos hundidos, aunque debajo de aquella piel arrugada había un corazón que latía como el de un adolescente.

—Pues tú estás de pena —respondió el anciano—. No sé por qué demonios no has venido en avión y te has embarcado en este viaje en tren desde Matadi, pero nada que no pueda arreglarse con una buena sopa de ajo y unas alubias con chorizo de mono. Anda, vamos a casa; aún nos queda un par de horas de vuelo, más otra hora de coche.

—Así que chorizo de mono, ¿eh?

Lo que no había cambiado era su gran sentido del humor.

Élodie ayudó a Julen a colocar la bolsa y la mochila en la parte trasera de un *jeep* con matrícula gubernamental, mientras el abuelo se ponía al volante y arrancaba el

vehículo.

—¿Quieres ir delante? —le propuso Julen.

—No, gracias —respondió ella con voz suave y dulce.

—Por favor...

—No insistas, ¿vale?

El tono tajante, seco y autoritario le hizo sentirse incómodo. Pese a todo, trató de salir airoso contraatacando:

—Sigues igual de cabezota, ¿eh?

Los labios de la chica se curvaron en un gesto de burla.

—Y tú...

—¿Yo, qué?

—¡Pronto vais a empezar con las peleas! —gritó el abuelo.

Ambos se quedaron uno frente al otro. Ella mostrando de nuevo su sonrisa de marfil; él, un poco abrumado por la belleza y los cambios experimentados por su compañera de juegos.

El coche se puso en marcha tratando de abrirse camino entre la multitud bulliciosa de los recién llegados. Por fin, un cuarto de hora y un millón de bocinazos más tarde, consiguieron desembarazarse del gentío y circular por una amplia avenida. Julen observaba con curiosidad por la ventanilla. Nadie diría que estaba en el corazón de África: calles limpias, edificios altos y jardines muy cuidados. Poco después se adentraron en un barrio residencial con hileras de casas muy parecidas dotadas de tejado rojo, jardincito, porche cubierto y pequeña escalinata que daba acceso a la entrada de la vivienda.

Enseguida, los edificios, los jardines, las avenidas y el barrio residencial fueron cediendo sitio a las callejuelas y casuchas de los suburbios de Kinsasa; irrumpieron en un entramado de calles y pasadizos tortuosos llenos de baches, cuestas, escaleras que subían hasta las viviendas y oscuros túneles iluminados por recatadas luces que luchaban contra la oscuridad y a duras penas conseguían ganar la batalla. Era el segundo escalón de la gran ciudad. Pero aún había un tercero.

El abuelo giró en un cruce a la izquierda y dejó el asfalto. El todoterreno aminoró la marcha y empezó a circular por un amplio camino de tierra orillado de grandes árboles y abundante vegetación. De vez en cuando aparecía un grupo de chabolas de cartón, madera y ramas donde jugaban niños entre charcos aparentemente poco saludables. Eran familias de campesinos y pescadores que iban y venían a la ciudad a vender sus productos; los últimos en la escala social.

Julen contemplaba el paisaje con la avidez del que trata de recordar cada detalle. Todo le resultaba familiar, cercano... A pesar de haber estado lejos tanto tiempo, nada había cambiado. Él continuaba lleno de cariño por aquella tierra.

Se giró en el asiento.

Bueno, no todo seguía igual.

Durante unos segundos se perdió en las profundidades de aquellos ojos que lo

examinaban interrogativos.

—¿Qué?! —preguntó ella adelantando la barbilla con descaro.

»—Na..., nada, nada.

Sobrevino una pausa silenciosa.

Ella le sacó la lengua en un mohín burlesco y él tragó saliva.

«Sigue igual de tonta», pensó, y se volvió para continuar observando el paisaje; pero una parte de su cerebro se quedó enganchada en su rostro ovalado. «Y yo, imbécil de mí, le estoy haciendo su juego».

El vehículo tomó una carretera asfaltada paralela al río Congo y diez minutos más tarde se adentró en el aeropuerto de la capital, por una zona alejada de la terminal de pasajeros, hasta que una barrera blanca y roja y un guardia les detuvieron el paso. El guardia identificó sonriente las credenciales del abuelo, echó una displicente mirada al interior y levantó la barrera.

Media hora después, tras dejar el vehículo en uno de los hangares, una avioneta despegaba con tres pasajeros a bordo, dirección a Kindu.

### 3. *Buku, el hechicero*

*Cuando hay tormenta, los pajaritos se esconden, pero las águilas vuelan más alto.*

Mahatma Gandhi

El vuelo desde Kinsasa a Kindu se hizo muy corto. El abuelo Pablo entremezcló sin parar preguntas sobre sus padres, los estudios y los proyectos de futuro, con explicaciones sobre sus propios planes, la situación en Virunga o la preocupante disminución de la población de gorilas. Sin embargo, los pensamientos de Julen giraban en torno a la media sonrisa que tenía frente a él. ¿Quién era aquella chica? Por mucho que intentaba sacar algún parecido con su compañera de infancia, no lo conseguía.

En el aparcamiento del aeropuerto Julen reconoció enseguida el todoterreno blanco con el letrero del parque pintado en las puertas: UNESCO - VIRUNGA NATIONAL PARK. Tras colocar la bolsa y la mochila en la parte de atrás, ocupó el asiento del copiloto sin rechistar. Élodie lo miró de reojo y sonrió; él apretó los dientes.

El abuelo arrancó y tomó la carretera que unía el aeropuerto con la ciudad, pero pronto la abandonó para adentrarse por un camino bacheado y polvoriento. De vez en cuando se cruzaban con grupos de personas y ganado que volvían del pastoreo y los saludaban sonrientes al pasar. Esa era otra de las muchas razones por las que Julen valoraba aquel país: la amabilidad de la mayoría de las personas. Algunos no poseían casi nada, si acaso el cebú que les precedía y poco más; sin embargo, nunca perdían aquella sonrisa. El abuelo decía que hasta morían sonriendo.

Un cuarto de hora más tarde empezó a oscurecer. Julen miró a su abuelo de reojo. Conducía con el ceño fruncido y la vista al frente. No era normal que fuera tan callado.

—¿Te ocurre algo? —le preguntó.

—No, nada.

Las luces del vehículo se abrían paso en la negrura. Los viandantes habían desaparecido, y circulaban arropados por la soledad más absoluta. El todoterreno vadeó un riachuelo y comenzó la subida de una pronunciada pendiente.

Julen abrió la ventanilla y sacó la cabeza. Ya titilaban algunas estrellas tempranas; dentro de poco, cuando la noche envolviera aquella parte del mundo, se percibirían miríadas. Aspiró con agrado el aroma limpio de la selva. A lo lejos se oyó el barritar de un elefante y un poco más cerca, el graznido y el batir de alas de un pájaro que

abandonaba precipitadamente la rama. Seguro que habría intuido la presencia de alguna serpiente.

Volvió a mirar al abuelo. Las luces del salpicadero le daban un aspecto siniestro.

—Algo te pasa —insistió—. No es normal que estés tan callado.

—Es por el león ese y por Buku —aclaró Élodie desde el asiento trasero.

Julen se giró.

—¿Te refieres al chamán? —preguntó extrañado.

—Sí —respondió ella apoyando la afirmación con un movimiento de cabeza.

Buku era un viejo hechicero conocido en toda Virunga. Nadie sabía su edad ni su sexo con exactitud. Era bajito, delgado y zambo. Siempre llevaba la cara tapada con una máscara y el cuerpo cubierto por una tela burda de esparto con colgantes de huesos y abalorios. Usaba como sonajero el cráneo de un pequeño mono y se tocaba con una docena de plumas de águila que flotaban cuando él realizaba alguna danza ritual. El brujo quitaba el mal de ojo, deshacía entuertos, preparaba ungüentos y pócimas para asegurar embarazos; era adivino, sanador, llamaba a la lluvia en tiempo de sequía, señalaba la fecha exacta para la siembra y conocía el uso de multitud de plantas medicinales. Aterrorizaba a los pobres nativos asegurándoles que podía desplazarse por el aire y que vivía en el cuerpo de una pantera.

Julen recordó la primera vez que bailó delante de él, cuando aún era un niño, para alejar a los malos espíritus. Según el abuelo era un farsante y le había visto en una ocasión tomar algo para aparentar el éxtasis. Entró en trance y estuvo un buen rato temblando y echando una repugnante espuma blanca por debajo de la máscara, que le corría por el cuello hasta los hombros. Después de aquello, Julen tuvo pesadillas varias semanas.

—¿Qué le pasa al brujo ese? —preguntó para no pensar.

—Un viejo león solitario lleva dos meses atacando a personas y está sembrando el terror en los poblados que circundan Virunga —respondió el abuelo—. Ya ha devorado a una veintena de nativos. Ayer fue la última. No sé por qué razón, Buku está incitando a la gente de los poblados vecinos contra mí, asegurándoles que yo he metido el espíritu maligno en el cuerpo del león y que por eso ataca a los humanos.

—¡Pero no es la primera vez que eso ocurre! —dijo Julen.

—Lo sé —respondió el abuelo—, pero esta gente es muy manipulable, sobre todo por ese viejo chamán. Lo que me preocupa no es que me esté echando la culpa de los ataques, sino el trasfondo. Nunca hemos sido muy amigos, pero hemos guardado las distancias. Una vez vi salir a un individuo borracho de una taberna de Kinsasa. Pequeño, zambo, cabezón. Aunque nunca le he visto la cara, con esa pinta no podía ser otro que Buku. Me miró, le miré y enseguida se quitó de en medio. Desde aquel día ni se acerca por los alrededores de nuestra casa.

Una grieta enorme obligó al conductor a circular pegado al ramaje lateral. El todoterreno se inclinó casi cuarenta y cinco grados, y Julen tuvo que sujetarse en el asidero del techo para no caer encima del abuelo.

—¿Y por qué no dan caza al león ese? —preguntó cuando se enderezó de nuevo el vehículo.

El abuelo no contestó inmediatamente. Delante de ellos se elevaba una cuesta larga y empinada; puso la tracción a las cuatro ruedas y aceleró. Julen recordó que al otro lado de aquel monte estaba el valle... y la casa del abuelo.

—Lo están buscando —dijo finalmente—. Hay varios cazadores del Gobierno tratando de localizarlo, pero, como te he dicho antes, debe de ser un viejo león solitario, echado de la manada por otros más jóvenes, que sabe ocultarse para no ser descubierto y... —se calló y pegó un frenazo.

El todoterreno había alcanzado lo alto de la cuesta.

—¡Allí! —gritó Pablo señalando el fondo del valle.

A lo lejos, las llamas de un incendio iluminaban la noche elevando lenguas de fuego que parecían querer lamer las estrellas.

—¿Aquella es...? —preguntó Julen confuso.

—¡Nuestra casa! —le interrumpió el abuelo al tiempo que Élodie soltó un grito apagado.

Luego sobrevino un largo silencio mientras los tres contemplaban absortos el contoneo de las llamas.

De repente, Pablo reaccionó. Quitó las marchas cortas y aceleró a tope. El vehículo dio un brinco y salió quemando rueda. Tras bajar la cuesta como una exhalación, emprendió una alocada carrera por un estrecho camino bordeado de hierbas y matorrales.

Élodie se echó hacia delante y se colocó en medio de los dos sujetándose a los asientos delanteros; mientras, Julen trataba de agarrarse donde podía para no dar con la cabeza en el techo. El abuelo parecía enloquecido, pero Julen lo comprendía porque sabía el significado que tenía para él aquella casa. La abuela y él la habían construido con sus propias manos y gran parte de su vida estaba encerrada entre aquellas paredes.

El coche dio un bote tremendo y aterrizó sobre un puente de madera que crujió a su paso. Julen miró furtivamente a Élodie. La chica estaba tensa, los ojos abiertos de par en par, sin apartar la vista de la carretera. Él también estaba asustado. Era la primera vez que veía al abuelo actuar así. Siempre se había mostrado tranquilo, sensato y controlando cualquier situación por muy complicada que fuera.

Otro salto.

Esta vez el coche se inclinó un momento y estuvo a punto de volcar.

—¡Abuelo!

El grito de Julen hizo reaccionar al conductor.

Pablo quitó el pie del acelerador y el vehículo disminuyó la velocidad.

—Per... perdón —se disculpó mirándolo como si acabara de salir de un profundo sueño.

Jadeaba. Luego se hizo de nuevo el silencio. El todoterreno seguía circulando

rápido, pero no tan descontrolado.

Quince minutos más tarde, los faros que horadaban la oscuridad de la selva iluminaron un camino de tierra albariza orillado por altas palmeras. Al final se divisaba la casa del abuelo.

## 4. *El incendio*

*Si quieres vivir una vida feliz, ácala a una meta, no a una persona o un objeto.*

Albert Einstein

El vehículo atravesó como un rayo la explanada de grava blanca y se detuvo de un frenazo seco frente a la entrada de la casa.

Los tres se bajaron precipitadamente y permanecieron unos instantes contemplando estupefactos la funesta columna de humo y llamas que se elevaba, majestuosa, hacia las estrellas. Por fortuna, el fuego se había producido en un cobertizo junto a la casa, pero amenazaba con propagarse a la vivienda. Kanja y su mujer trataban de apagarlo, sin grandes resultados, con una manguera y un cubo.

—¡Vamos a ayudarlos! —gritó el abuelo—. Élodie, trae la manguera de riego que hay en el jardín trasero de la casa. Julen, busca el generador que hay en el cuarto de las herramientas y la alargadera. Yo voy a buscar cuerdas y una bomba de agua. ¡Vamos, rápido!

Los tres echaron a correr y unos minutos más tarde volvieron a encontrarse en la explanada. Pablo conectó el generador de corriente a la bomba y la metió en el pozo con ayuda de la cuerda. Enseguida la manguera empezó a escupir agua. Kanja los miró con la cara desencajada, sin decir nada.

—¡Buscad cubos y echad agua sobre la pared lateral de la casa! —ordenó el abuelo.

Pese a los grandes esfuerzos, un cuarto de hora más tarde el fuego no había remitido y amenazaba seriamente con prender la vivienda.

De repente, se oyó un terrible crujido seguido de un silencio oneroso.

—¡Fuera, fuera, fuera! —chilló el abuelo desesperadamente.

Y todos echaron a correr.

Unos segundos, y el techo del cobertizo caía con estrépito en medio de una nube de chispas, trozos de madera incandescentes y bastante humo.

El incendio se avivó.

Hubo una explosión sorda en el interior del fuego.

—¡Abuelo, mira! —señaló Julen.

Las llamas lamían una de las paredes de la casa.

—¡Dios mío! —exclamó el abuelo—. ¡Echad toda el agua hacia allí!

De nuevo empuñaron las mangueras y dirigieron los chorros hacia la pared; sin embargo, debido al excesivo calor casi toda el agua se evaporaba antes de llegar.

—¡Hay que echar agua desde el otro lado! —gritó de nuevo Pablo—. Julen,

Élodie, id hacia el otro lado de la casa.

Los dos corrieron y se perdieron en la noche.

Un rato más tarde el abuelo soltó la manguera en el suelo.

La situación era descorazonadora.

No había forma de detener el incendio, que ya había prendido la pared. Si se incendiaba la casa, lo perdería todo.

Miró a su alrededor con la desesperación pintada en el rostro y levantó la vista, como pidiendo ayuda al cielo.

De pronto, se obró el milagro. Sus ojos se toparon con el aljibe situado sobre una torre de madera a quince metros sobre su cabeza. Lo usaban en la estación de sequía.

¡Una semana antes lo habían llenado en previsión del período caluroso y seco que se avecinaba!

—¡Kanja, dame el hacha!

El masái se acercó y abrió los brazos sin entender la orden.

—¡Corre, por Dios! ¡Antes de que sea demasiado tarde, trae el hacha grande!

Kanja tardó poco en volver con un hacha pesada cuyo mango le llegaba a la cintura.

Sin dudarle, Pablo se acercó a la base de la torreta y descargó un golpe seco sobre el pilar más cercano al fuego. El acero se hundió en el sólido tronco. Al segundo hachazo saltó una gran lasca de madera y al tercero, la torre se tambaleó. Cuando iba a darle el cuarto, y posiblemente el definitivo, detuvo el hacha en el aire.

—¡Maldita sea, Julen y Élodie! —gritó para sí.

Fue a decir algo más, pero un crujido congeló sus palabras y le detuvo el corazón.

Miró el corte del tronco y luego hacia arriba. El depósito empezaba a inclinarse lenta e irremediabilmente hacia el fuego.

—¡Dios mío, no! ¡Julen, Élodie, salid de ahí! —chilló con desesperación colocándose las manos a ambos lados de la boca.

El aljibe cayó sobre el cobertizo con gran estrépito, lanzando por los aires un sinfín de tablas, astillas y trozos de metal que golpeaban todo lo que se encontraban a su alrededor.

Pablo, el masái y su mujer se echaron instintivamente al suelo y fueron barridos por la enorme manta de agua del depósito. El fuego se apagó de inmediato con un estertor de dragón abatido.

El abuelo Pablo se incorporó tosiendo, apoyó el antebrazo en uno de los pilares de madera que habían sostenido el depósito y dejó caer la cabeza. Apenas podía respirar.

—Kanja, ¿estás bien? —consiguió preguntar.

—Kanja, *okay*.

—¿Y tu mujer?

—Conmigo, Pablo, *okay*.

Una imagen apareció de repente en su confuso cerebro y se enderezó de golpe.

—¡Julen! ¡Élodie! —exclamó y dirigió la vista hacia la casa.

Echó a andar dando tumbos mientras tosía y escupía. Oyó los pasos de Kanja detrás de él. El lugar donde antes había estado el cobertizo parecía los restos de un bombardeo: amasijo de maderas humeantes, alambres retorcidos, trozos de chapas...

Incluso el pequeño fuego de la pared de la casa se había extinguido.

—¡Julen, Élodie! —gritó y prestó atención.

Nada.

Un crujido aquí y allá, el siseo continuo del agua hirviendo dentro de las maderas, alguna pequeña explosión...

—¡Julen! —gritó y empezó a rodear la masa carbonizada dando grandes zancadas.

Cuando llegó al otro lado, se quedó estupefacto.

La riada había arrastrado gran cantidad de maderas, piedras y objetos.

—Tenía que haberlos avisado... ¡Julen, Élodie!

Algo se movió a su derecha. Corrió hacia allí y permaneció expectante.

—¡Kanja!

El masái se encontraba justo detrás de él.

—Aquí estoy —dijo.

—¡Linternas, trae linternas! ¡Corre!

Pablo siguió la dirección del aluvión saltando troncos y dando traspiés.

Un poco más adelante oyó otro ruido. ¿Un quejido?

—¿Julen?

—¡Aquí, abuelo, aquí!

Debajo de un puñado de troncos vislumbró una sombra moviéndose.

—¡Dios! —musitó y gritó con todas sus fuerzas—: ¡Kanjaaaa!

## 5. Kanja y Kainda

*La acción más pequeña vale más que la intención más grande.*

Leon Eisenberg

La riada les había echado encima un buen puñado de troncos y de tablas, pero salvo algunas magulladuras, arañazos y una leve contusión, no tenían nada roto. El masái y su mujer se abrazaron a los chicos tras sacarlos de entre los troncos quemados, y el abuelo se encargó de comprobar, miembro a miembro, cómo estaban. En silencio se dirigieron hacia la casa.

Cuando Julen entró en el salón, su mirada se topó enseguida con las vidrieras de cristales emplomados, formando figuras romboidales de color ámbar, que a mediodía inundaban la estancia con una cálida y acogedora luz. Desde pequeño le habían llamado la atención aquellos cristales traídos por su abuela desde Austria, creación, según aseguraba ella, del arquitecto alemán Josef Hoffmann. Le gustaban los estores marfil de antaño recogidos por un cordón dorado y el frondoso ficus benjamina de hojas blancas y verdes en el rincón. En apariencia, nada había cambiado: la alfombra delante de la chimenea, que nunca vio encendida, las mecedoras, la jaula abierta del loro Punki, que entraba y salía a su antojo, y una mesa antigua de madera custodiada por una docena de sillas de respaldo alto.

Un rato más tarde se sentaron todos juntos a cenar la opípara comilona preparada por Kainda para dar la bienvenida a Julen: pescado, puré de batata, carne de búfalo con verduras y un pastel de mermelada, naranja y coco.

El abuelo ocupó el extremo de la mesa; el matrimonio, uno a cada lado de Julen, y Élodie enfrente. Nadie hablaba. De cuando en cuando Julen y Élodie intercambiaban una fugaz mirada y volvían enseguida la vista a la comida. Aunque todos estaban impresionados por el fuego, el rostro del abuelo reflejaba la tensión vivida momentos antes. Apenas probaba bocado. Fruncía el ceño, removía la comida con el tenedor, pero no se la llevaba a la boca. Julen miró de reojo al masái y a su mujer.

Ellos no hablaban porque estuviesen apenados por lo ocurrido, sino porque eran lo contrario de su hija: apenas abrían la boca. Al abuelo le exasperaba la flema que ambos arrastraban. Si los felicitaba por algo, Kanja respondía «okay». Si felicitaba a Kainda, ella contestaba «bien». Si el abuelo decía: «¡Eso no se hace así, Kanja, ya te lo he dicho mil veces!», el masái respondía «okay», deshacía lo que fuese y empezaba de nuevo sin preocuparse por la regañina, como si aquello no fuera con él. Y con ella pasaba exactamente lo mismo. El abuelo ensayó varias fórmulas, pero

nunca logró inculcarles una emoción capaz de mellar su inalterable ánimo.

Sin embargo, cuando Kanja se ponía a contar historias era incansable. Solo en ese momento se transformaba lleno de vitalidad, en especial si además había luna llena, estaban sentados alrededor de una hoguera o habían regresado de cazar una buena pieza.

Cuando Pablo vivía en Kenia, salvó al masái de una muerte segura. Kanja tenía catorce años y había salido con un grupo de jóvenes a cazar un león, ritual necesario entre los masáis para convertirse en guerrero adulto. El chico y su compañero llevaban días siguiendo el rastro de un macho y lo tenían acorralado. Kanja consiguió clavarle la lanza. Pero a pesar de estar herido mortalmente, el león se revolvió y de un zarpazo le desgarró la yugular a su compañero. Después se volvió hacia Kanja y se disponía a saltar sobre él cuando el león cayó abatido por un disparo. Fue el abuelo. Había estado observando la escena y, cuando vio lo ocurrido, intervino para salvar la vida al joven guerrero masái. Desde entonces, se convirtió en su sombra. Por mucho que el abuelo insistía en que no le debía nada, el masái no se separaba de su lado. Un día, incluso lo llevó en coche al norte, cerca de la frontera etíope, para que regresara con su tribu, y apareció exhausto una semana después. A partir de entonces, el abuelo admitió que siempre permanecería a su lado. De hecho, Pablo consideraba que su familia estaba compuesta por su mujer Lilian, su hija Cati, su nieto Julen y dos adjuntos: su yerno y el masái.

Al poco de nacer Julen, Kanja desapareció sin decir nada y una semana después reapareció con Kainda.

—¿Quién es? —le preguntó Pablo.

—Mi mujer, Kainda. Ella ayudará a Cati con el bebé —respondió con su flema habitual.

El abuelo se enfadó sobremanera, pero sabía que cuando el masái tomaba una decisión era imposible hacerle desistir. Con el tiempo, Pablo se enteró de que había pagado por ella un buey, tres vacas y dos ovejas. De dónde sacó aquellos animales, nunca lo supo.

Kainda era una preciosa joven masái de grandes ojos y tímida sonrisa. Los años le habían ensanchado la cintura, pero no habían mellado su belleza. Sin embargo, él era un esqueleto largo, de pómulos salientes y ojos hundidos, ataviado con una especie de sari de cuadritos rojos y blancos y una lanza siempre en la mano. Daba la impresión de que tenía cuarenta años más que ella.

Después de la cena el abuelo se retrepó en su sillón de mimbre, llenó la cazoleta de tabaco y encendió la pipa. Luego intercambió unas palabras con el masái sobre lo ocurrido y al poco tiempo se fueron agotados a la cama. Cuando Élodie se disponía a marcharse, se volvió hacia Julen, lo tomó del brazo, se pegó a él y le susurró esbozando una sonrisa:

—Hasta mañana, me alegro mucho de estar otra vez contigo.

Julen llegó a su antigua habitación con el sonido de aquellas palabras pegado a

los oídos. Se detuvo en la entrada y percibió que todo seguía tal cual lo había dejado: la cama con el cabecero de mimbre, la mosquitera colgada del techo, el enorme ventilador moviendo las aspas lentamente, el ordenador... Incluso un puñado de folios que había imprimido antes de marcharse se encontraban sobre la mesa.

Se desnudó, abrió la ventana de par en par y se metió en la cama bajo la mosquitera. Cerró los ojos. Hacía calor y el olor a madera quemada le impregnaba la nariz. Pese a todo, le gustaba estar allí tumbado, arropado por los susurros y las voces de la selva: el ulular del viento entre las ramas de los grandes árboles, el chillido de algún chimpancé enfadado, el graznido del pavo real, la risa espeluznante de la hiena... Ese conjunto de sonidos le habían arrullado desde pequeño y cuando se encontraba fuera los echaba de menos. Los ojos de Élodie reivindicaron un lugar entre sus pensamientos.

Cuando les cayeron las tablas encima y rodaron con los troncos del derrumbe, se había mantenido agarrada a él hasta que unas rocas los detuvieron. Su mirada no se apartó ni un instante de la chica. Estaba asustada y él, también.

—No me sueltes, Julen.

—No lo haré.

¿Cómo podía haber experimentado aquel cambio tan radical en tan poco tiempo? Cuando la vio por última vez era una mocosa pesada capaz de sacarle de quicio con sus preguntas en un español de medio tinte que solo él podía traducir. Ahora hablaba un castellano correcto y sin acento. Julen recordó que tanto Kanja como Kainda hablaban suajili e inglés, como casi todos los masáis, y chapurreaban un español aceptable, aprendido del trato con el abuelo.

Una pregunta inesperada se abrió paso en sus pensamientos. ¿Se estaba enamorando de ella?

—Estás tonto —se dijo a media voz, y soltó una solitaria carcajada.

Se colocó de lado para disponerse a dormir y, cuando fue a apagar la luz, un tamtam rompió la madrugada. De un salto, se sentó en la cama y prestó atención. Le respondió otro más lejano y luego otro. No conseguía interpretarlos, pero sabía que, cuando los tambores parlantes sonaban, no anunciaban nada bueno.

Un elefante barritó.

Permaneció un rato más escuchando y al cabo apagó la luz, sin embargo, se quedó sentado en la penumbra. El marco de la ventana le ofrecía un trozo de la noche, un trozo de lienzo oscuro de la insondable y misteriosa selva. Una suave y cálida brisa movía con suavidad la mosquitera. Consultó la esfera luminiscente de su reloj de pulsera: las 11:15. A esas horas seguramente estaría jugando una partida de bolos o comiendo una hamburguesa o jugando a su videojuego preferido, el *Clash Royale* ¿Por qué no echaba de menos aquello? Lo sabía. Odiaba el ruido del tráfico, las sirenas de la policía y de las ambulancias, el olor a fritanga, las prisas, el afán por tener y conseguir más...

Se deslizó en la cama hasta quedarse tumbado bocaarriba y entrelazó los dedos de

las manos detrás de la nuca. Posiblemente acabaría viviendo en Europa o América, pero intentaría por todos los medios que no fuera en una ciudad.

¿Y por qué no en África, como el abuelo?

Cerró los párpados, descartó las respuestas por lejanas y se sumió en las profundidades de unos ojos negros, tan negros como el trozo de noche que entraba por la ventana.

## 6. La pluma del águila

*Una sonrisa en mi rostro no significa la ausencia de problemas, sino la habilidad de ser feliz por encima de ellos.*

El estridente graznido de un pájaro lo despertó con un recuerdo vago rondándole por la cabeza. Un sueño que huía sin poder retenerlo. ¿Pero dónde estaba? Hubo un momento de desconcierto hasta que tuvo conciencia del lugar y abrió los ojos. Los rayos del sol entraban a raudales mostrando infinidad de partículas de polvo flotando en la rutilante luz de la mañana. ¿Qué hora sería? ¡Y qué importaba la hora! Allí no había que correr para pillar el metro ni el autobús, ni debía estar a ninguna hora en ningún sitio. Todo empezaba al amanecer y terminaba con la caída del sol.

Se desperezó y disfrutó un rato de la cama oyendo los sonidos del día mientras trataba de remontarse a los acontecimientos de la víspera. La imagen del fuego irrumpió violentamente en sus cavilaciones. Podían haberse ahogado en la riada. Podían... ¡Élodie! Sus pensamientos se detuvieron ante la imagen de la chica. El intenso brillo de sus ojos, su cabello recogido en una trenza. ¿Cómo habría conseguido domeñar aquel pelo rizado que lucía de pequeña? Su cautivadora sonrisa...

—Es preciosa —dijo en voz alta.

Le sorprendió su propia voz, pero en esta ocasión no se rio. ¿Tanta impresión le había causado como para acostarse y levantarse pensando en ella? Además, él se pirraba por las rubias. «Pues esta precisamente rubia no es», pensó.

Había salido con otras chicas. De hecho, tenía una «novieta» americana, Melany. Sin embargo, no recordaba a ninguna que le hubiese impresionado tanto. Ni siquiera se acordó de Melany la noche anterior. Aquella reacción tal vez obedecía a la sorpresa de encontrarse a una chica en vez de a la niña regordeta, cabezota e impertinente. Pese a todo, debía admitir que Élodie era muy guapa y que su estancia en España le había imprimido ese estilo tan distinto al que esperaba encontrarse. Eso sí, seguía tan terca como entonces.

Al fin se levantó, se duchó y, tras vestirse, se dirigió a la cocina con los vestigios del sueño embotándole aún el cerebro. Allí andaba Kainda trapicheando entre cacharros. Como siempre, iba vestida con un vestido de tonos rojos atado al cuello, el cabello recogido en lo alto, como si fuera una enorme cebolla, y tocada con un pañuelo a modo de diadema.

Julen se acercó y le dio un beso.

—Buenos días, Kainda, ¿puedo desayunar?

—Bien —respondió la masái con aquella sonrisa inalterable, aséptica e indiferente, mientras él se sentaba a la mesa.

La vio moverse con agilidad entre los fogones. Para él, la cocina era un misterio

insondable, rozando la magia. Todo lo que fuera más allá de un huevo frito ya era un enigma profundo.

De vez en cuando, ella lo miraba con evidente satisfacción. Sus ojos oscuros, chispeantes en la penumbra, destilaban la sinceridad y la honradez de las personas sencillas y auténticas. Intentó recordar si alguna vez la había visto enfadada, pero no pudo. En cambio, le vinieron a la memoria otros momentos con su familia apiñada en aquella cocina para comer todos juntos. A su madre le encantaba preparar la comida con Kainda mientras el abuelo, su padre y Kanja hablaban de sus asuntos y él soportaba a la insufrible Élodie. Era una visión atrapada en el tiempo, como la nieve que flota en el interior de una bola de cristal.

Kainda le puso un tazón de café, varias rebanadas de un exquisito pan que ella misma preparaba antes de que saliera el sol y dos recipientes de cristal con mantequilla y mermelada.

Iba a darle el primer mordisco al pan cuando una sombra se extendió sobre la mesa. No levantó la cabeza, no hacía falta. Su peculiar y suave perfume delató la presencia de Élodie.

Se puso nervioso. Y trató de ocultarlo bebiendo un sorbo de café.

—Buenos días —saludó la chica.

—Ho... hola —respondió sin apartar la vista de la mesa.

Durante un instante guardaron silencio.

—Para ser el primer día, no has madrugado mucho —señaló ella rompiendo el mutismo.

Julen volvió a llevarse la taza a los labios y se demoró un poco, antes de dar otro buche.

—La verdad es que no sé qué hora es, ni me importa. Estoy de vacaciones. Además, aquí no creo que vayan a cerrar el supermercado.

Nada más terminar la frase se arrepintió. Le pareció un comentario grosero e inoportuno. Élodie ya no era aquella tontita, rival de juegos, a la que mantenía a raya llevándole siempre la contraria.

Levantó lentamente la cabeza y la contempló. Se quedó extasiado. Llevaba un pantalón corto, una camiseta oscura de tirantes y había sustituido los aros de las orejas por dos pequeños colgantes que parecían elefantes con la trompa hacia arriba.

—Perdona. Quería decir que, como estoy de...

—No importa. Te conozco lo suficiente como para saber que no sueles levantarte de muy buen humor.

¿Era eso cierto? Él no estaba de mal humor. ¿Desde cuándo se preocupaba por él de esa forma?

Mordisco a la rebanada y nuevo sorbo de café.

En ese momento Kainda se acercó, acarició el brazo de su hija y le dijo:

—***Uanataka baadhi ya kahawa.***

—No quiero café, mamá. Y, por favor, habla en español cuando esté Julen

delante.

—¡Eh, eh! Un momento —saltó el chico—. Te recuerdo que tu padre nos enseñó a los dos la lengua suajili.

Kainda asintió tímidamente, moviendo la cabeza, y volvió a sus quehaceres.

Julen observó el contraste entre las dos mujeres. Pensó por un momento que lo único que las relacionaba era el parentesco. Por lo demás, no se parecían en nada, ni en el físico, ni en la forma de vestir, y mucho menos aún en la forma de pensar. La chica lucía un cuerpo atlético y espectacular, en su opinión, y usaba siempre ropa al estilo occidental. Su madre era de constitución ancha, por no decir que tenía algunos kilos de más, y siempre había conservado el atuendo tradicional de su pueblo, largos vestidos sueltos de llamativos colores rojizos y un tocado en su cabeza que colocaba con experimentada destreza.

Aunque Kainda y Kanja habían cambiado bastante con el paso del tiempo y la influencia del abuelo, nunca habían dejado de ser masáis. Visitaban de vez en cuando a sus familiares y se aferraban a algunos ritos de su cultura. Julen recordó cuánto había peleado el abuelo con ellos para que no llevaran a Élodie a la ceremonia de mutilación genital cuando aún era una niña. El abuelo estaba totalmente en contra de la ablación, por mucho que fuera una tradición ancestral de algunos pueblos africanos. Llegó a proponerles incluso adoptar a la niña, pero Kanja se negó y dijo que se la entregaba como un regalo. Fue entonces cuando el abuelo decidió mandarla a estudiar a España, lejos de un entorno en el que podría haber sido vendida a cambio de dos vacas y una cabra.

Élodie advirtió la cara absorta de Julen y esbozó una sonrisa irónica mientras se sentaba frente a él, colocando los codos sobre la mesa y la barbilla entre las manos.

—¿Se ha enfadado el chico blanco? —preguntó frunciendo los labios y moviendo la cabeza.

¡Qué bonita era! Lo último que esperaba encontrar en aquel viaje a Africa era el cambio tan radical experimentado por su compañera de juegos.

El rubor le trepó por las mejillas inesperadamente y trató de ocultarlo llevándose otra vez la taza a los labios.

Élodie le agarró la otra mano con naturalidad y lo miró intensamente.

—¡Te has puesto rojo! —dijo en voz baja al tiempo que simulaba mirar con preocupación a los lados, y continuó en tono confidencial—: ¿Te pongo nervioso?

Al sentirse atrapado en su turbación retiró malhumorado la mano. ¿Cómo se había vuelto tan descarada? Siempre había sido él quien había llevado las riendas, pero ahora se sentía apabullado por esa mocosa. Se sentía ridículo, patético, absurdo. Algo le corroía por dentro con la fuerza de un toro embistiendo.

Trató de escaparse por la tangente:

—¡¿Cómo que rojo?! ¡Anda ya! Debe de ser el café que me ha puesto tu madre. Está hirviendo.

Élodie sonrió incrédula y volvió a su posición primitiva mirándolo con los ojos

entornados y la barbilla apoyada sobre las palmas de las manos.

«¡Pero habrase visto!», pensaba mientras mordisqueaba el pan sin mirarla y dando continuos sorbos de café.

—¿Cuánto tiempo hacía que no nos veíamos? —preguntó inesperadamente la muchacha.

Julen levantó la cabeza. Ella seguía mirándolo fijamente.

—No..., no lo sé —respondió.

—Cuatro años y... un par de meses, más o menos.

—¿Y...?

—Pues que ya tengo diecisiete años. ¿O acaso no te has dado cuenta? —preguntó abriendo los brazos—. En septiembre entraré en la universidad. Ya no soy una niña, Julen.

Le costó trabajo tragarse el bocado que tenía en la boca.

—No..., no te entiendo.

—Los hombres sois un poco duros de mollera.

Los pensamientos se agolpaban en forma de continuas preguntas: «Pero..., pero... ¿de dónde ha sacado ese vocabulario? ¿A la universidad con diecisiete años? ¿Y esta arrolladora personalidad? ¡Pero si cuando la dejé era monotemática!».

Élodie le volvió a tomar la mano entre las suyas.

—Relájate. Aunque no lo parezca, sigo siendo la misma. Y te quiero igual que antes. Te he echado mucho de menos, ¿sabes? Te mandé un par de correos, pero como solo me contestaste con una felicitación en Navidades hace dos años, creí conveniente no escribirte más.

La cabeza iba a estallarle. Todo lo que decía era cierto. Había recibido un par de correos suyos, pero le dio pereza contestarlos por temor a que la pesada insoportable apareciera de sopetón en Estados Unidos. La idea de presentar a sus amistades estadounidenses a una masái mellada, tonta y algo pesada le producía escalofríos.

«¡Pero seré idiota!».

Trató de salir de aquel atolladero mental.

—Has dicho que el año que viene irás a la universidad, ¿cómo es posible?

Élodie soltó un sonoro suspiro. El tono de la pregunta llevaba implícita la incredulidad.

Sobrevino una pausa silenciosa. Ella desvió la mirada hacia la ventana. Había en su rostro una serenidad luminosa, dulce, mientras permanecía absorta en la frondosidad de los árboles cercanos.

«La he vuelto a cagar», pensó Julen, y volvió a intentar remediarlo.

—Quiero decir que...

Élodie giró rápidamente la cabeza y le dirigió una mirada de felino.

—He adelantado un curso completo —lo interrumpió—. He obtenido las mejores notas de mi clase. Pertenezco al club de natación y llevo dos años costeándome los estudios con becas pagadas por el Gobierno. ¿Acaso crees que eso no puede hacerlo

una chica africana, de color y de origen masái? ¿Crees que es demasiado para mí? — se levantó de la mesa y Julen se sintió de pronto como una hormiga en medio del desierto—. ¿No te habrás vuelto racista, verdad?

—No, no, no —respondió precipitadamente al tiempo que movía las manos para apoyar su negativa—. No pienses eso. Para mí eres, eres..., como..., como una hermana —su voz se hundió momentáneamente como un trozo de plomo en el agua y brotó de nuevo como si el plomo se hubiera convertido de repente en corcho—. A..., a mí me da igual el..., el color de tu piel.

Se puso también de pie y se quedaron uno frente al otro, separados por la mesa.

—Perdona, Élodie.

La contempló un instante. Movía el pecho como las agallas de un pez fuera del agua. Ella tomó aire, sonrió y bordeó la mesa. Luego le echó los brazos al cuello, le dio un beso en la cara y se fundió en un abrazo.

El roce de sus labios en la mejilla le hizo sentir un delicioso cosquilleo por todo el cuerpo.

Se oyó un suspiro desde el otro lado de la cocina.

Kainda contemplaba la escena con ojos arrobados.

Élodie se colgó del brazo de Julen y se pegó a él con una naturalidad e inocencia casi infantil. Sin embargo, él no podía dejar de experimentar aquella sensación de incomodidad al sentirla tan cerca.

Tragó saliva.

¡Qué podía hacer!

La miró de soslayo. ¡Era preciosa!

Había conocido a muchas chicas guapas y nunca había sentido aquella atracción.

Pero Élodie era como su hermana, y así lo percibía ella.

Inspiró profundamente. El aire de la mañana empezaba a calentarse y venía cargado de olores limpios, agradables, algo imposible de respirar en Nueva York ni en Nueva Jersey. Levantó la vista al cielo. Varios buitres giraban en círculos esperando, seguramente, a que terminase de comer algún depredador para darse un festín con los restos.

—Mira, el sicomoro —dijo ella estirando el brazo y señalando hacia un árbol enorme—. ¿Te acuerdas? Allí arriba pasábamos la tarde jugando.

—Sí, claro que me acuerdo.

—Pues a mí me cuesta evocar aquella época. Ahora somos totalmente diferentes, ¿no? Incluso se me hace raro tenerte delante. Sin embargo, recuerdo que tú querías ser capitán de barco y yo...

—Oye, parecemos dos viejos hablando —acortó Julen.

Élodie se separó de él.

—Ya salió el aguafiestas. En eso no has cambiado, ¿eh?

Después del abrazo que Élodie le dio en la cocina había recuperado el dominio de la situación. Se sentía bien a su lado, pero temía que sacara algún episodio del que se

sintiera ridículo.

—No pretenderás que trepemos ahora al sicomoro y nos pongamos a jugar, ¿verdad?

—No, no pretendo eso —respondió irritada—, simplemente trataba de recordar cosas que hacíamos juntos. Y no me importaría volver al pasado para revivir...

—¡Qué horror! —la interrumpió—, tener que aguantarte otra vez. ¿Tú te acuerdas de lo plasta que eras?

—Pero serás...

Comenzó a darle golpes en el brazo con el puño cerrado mientras se mordía el labio inferior y abría los ojos de par en par. Él echó a correr y ella lo persiguió tratando de continuar con la tanda de puñetazos, hasta que se detuvo unos metros más adelante.

—Para, para, para —le pidió Julen.

—¡Qué!

—Allí están el abuelo y tu padre moviendo los troncos quemados, vamos a ayudarlos.

—Como vuelvas a llamarme «plasta» te saco los sesos y me los como. Te advierto que me he educado en España, pero tengo sangre masái y...

Julen ignoró el comentario y echó a andar; ella puso gesto de pantera cabreada, pero le siguió gruñendo y murmurando para sí.

—¡Buenos días! —dijo Julen cuando llegaron junto al abuelo y Kanja.

Pablo levantó la vista al cielo.

—¿Buenos días? Pero si es casi la hora del almuerzo —respondió sonriendo.

Kanja se limitó a sonreír y levantó la mano a modo de saludo.

—Vaya recibimiento, ¿eh? —bromeó Julen—. Luego querrás que venga a verte más a menudo. Primero el incendio; después se te ocurre vaciarme encima toda el agua del depósito y casi me ahogas, y ahora me reprochas que me haya levantado tarde. Te recuerdo que, para llegar hasta aquí desde Estados Unidos, he estado saltando de aeropuerto en aeropuerto casi una semana.

—Eres tú el que te has entretenido por ahí con tus amigos...

En ese momento, los tambores de la selva sonaron interrumpiendo la conversación. Los cuatro permanecieron atentos. Los sonidos iban repitiéndose con distintos tonos, aunque con la misma cadencia. Cuando cesaba un tamtam, respondía otro más lejano, hasta que al cabo de unos minutos dejaron de oírse.

Julen observó que el gesto alegre del abuelo había quedado rápidamente velado por una muestra de preocupación.

—¿Qué dicen los tambores? —preguntó el chico—. Anoche también los oí.

—Anoche comunicaban que el león había vuelto a atacar a un hombre de la tribu de Kiavinonge. Hoy me acusan de ser el culpable de las muertes.

—¿Qué?

—«El espíritu de hombre blanco se ha metido en el león. Por eso ataca. El

hombre blanco debe marcharse».

—Pero si todo el mundo te quiere y te respeta —señaló Julen—. Los nativos saben lo que has hecho por ellos desde que te instalaste aquí.

Pablo había llamado la atención del Gobierno sobre la situación de los habitantes del parque de Virunga y había conseguido que un médico acudiese una vez a la semana a las aldeas para visitar a las personas enfermas; había instalado pozos de agua financiados por él mismo y había creado una especie de mercadillo semanal de intercambio de alimentos entre los nativos. A veces, incluso adelantaba dinero a las tribus para la compra de semillas en la época de siembra. En la zona se le conocía como *Kubwa Nyeupe Baba*, que significa «el Gran Padre Blanco».

El abuelo se acarició la barbilla y permaneció pensativo, con la vista perdida por encima de las copas de los árboles. Su rostro, surcado por una intrincada redecilla de arrugas, revelaba preocupación.

Élodie se situó a su lado.

—No creo que vayan a hacer nada —reflexionó con la intención de tranquilizar a los demás—. De todas formas, habrá que andarse con cuidado. Ya sabemos el poder que tiene ese brujo sobre los indígenas. Basta con que haga cualquiera de sus triquiñuelas para que todos se pongan a temblar. Contra el miedo no hay quien pueda.

Dejó transcurrir unos instantes y luego añadió:

—Está bien, vamos a trabajar un poco. Hay que llevar los troncos quemados hasta aquel claro del bosque que ha desbrozado Kanja.

Los cuatro se pusieron manos a la obra hasta que unos minutos más tarde Julen llamó la atención del resto con una voz.

—¡Mirad!

En la mano blandía una gran pluma de águila.

El abuelo corrió a su lado.

—¡Maldita sea! —exclamó.

—¿Qué pasa? —preguntó Élodie.

—Buku ha estado aquí —respondió su padre.

Kanja merodeó por los alrededores y al poco los llamó:

—Huellas. Van y vuelven de allí —dijo señalando el bosque, y siguió las pisadas.

A unos metros se detuvo de nuevo, se agachó, recogió un palo del suelo y se lo entregó al abuelo.

—El problema es más grave de lo que pensaba —reflexionó examinando el palo.

—¿Qué es eso? —preguntó Élodie.

—Una tea incendiaria. Eso quiere decir que el incendio no fue fortuito y que ese maldito brujo es el que prendió fuego al cobertizo.

## 7. *La mamba negra*

*Educad a los niños y no será necesario castigar a los hombres.*

Pitágoras

Durante los dos días siguientes el tiempo se fundió entre el miedo a otro incendio y el ataque de cualquier grupo comandado por Buku.

El abuelo sugirió que Élodie, Kainda y Kanja se trasladaran a la casa grande para estar todos juntos y poder enfrentarse mejor a los acontecimientos. Durante el día, montaban guardia Julen y Élodie, y por las noches lo hacían Pablo y Kanja.

—Creo que deberías volver a Estados Unidos, Julen —sugirió el abuelo durante la comida del segundo día—, aquí no estás seguro. Además, quiero que te lleves contigo a Élodie. Hablaré con tus padres para que se quede allí hasta que esto acabe.

—¿Y por qué no vienes tú también? ¿Qué necesidad tienes de permanecer aquí? O mejor nos vamos todos.

—Aquí está enterrada tu abuela y también me enterrarán a mí. Toda la felicidad, todo lo bueno que me ha regalado la vida, que es mucho, está en esta tierra. No me moverán de aquí, no.

—¿Y si te matan?

Pablo se encogió de hombros.

—Lo mismo da que te mate un dardo envenenado que un dolor de barriga. Queramos o no, de una forma u otra, tendremos que abandonar esta realidad. En cuanto a Kanja y Kainda, no los veo viviendo en Nueva York, la verdad. Además, no creo que vaya a pasar nada malo. En el momento en que los agentes del Gobierno den caza a ese león, los ánimos se calmarán.

Cuando terminaron de comer, como cada día, el abuelo se retiró al sofá y cerró los ojos para dejarse arrastrar por los duendes beatíficos de la siesta, pero, de repente, un objeto lanzado desde el exterior hizo estallar en pedazos el cristal de la ventana. A continuación, algo oscuro entró por el cristal roto y cayó en medio del salón. Rápidamente empezó a deslizarse por el suelo.

Kainda soltó un grito y los platos que llevaba en las manos. La vajilla se estrelló contra el suelo con gran estrépito. Todos se pusieron de pie, aterrados, sin apartar la vista de la mamba negra de casi dos metros de larga que avanzaba reptando en zigzag hacia ellos.

Kanja dio un salto, echó a correr y volvió en unos segundos con un enorme machete utilizado para desbrozar la selva. El masái se situó entre el aterrorizado grupo y la serpiente. La mamba se levantó resoplando y se contrajo dispuesta a atacar. Él le lanzó un certero machetazo bajo la cabeza, que salió disparada y chocó contra la pared. La serpiente descabezada aún continuaba retorciéndose cuando Kanja

la agarró por la cola y la sacó del salón, esparciendo chorros de sangre por doquier.

—Es más grave de lo que pensaba —concluyó el abuelo después de arreglar el desaguado—. Esto significa amenaza de muerte. El maldito chamán nos manda un aviso. Tendremos que acelerar vuestra marcha.

Por la tarde Julen salió de la casa y se sentó en los escalones del porche. Al poco, Élodie tomó asiento junto a él sin decir nada. Los últimos destellos de luz creaban sobre los árboles una explosión de colores rojos, amarillos y naranjas que parecían dibujados sobre el lienzo azul del atardecer. Ella se acercó un poco más, lo agarró del brazo y dejó caer la cabeza con naturalidad sobre su hombro. Julen notó un frío intenso recorriéndole la columna vertebral. ¿Qué le estaba pasando? ¿Por qué sentía aquella inquietud cuando la tenía cerca? ¿Se estaba enamorando?

Giró la cabeza y sus labios se quedaron a escasos centímetros de su cabello. Aspiró el suave aroma de su perfume y cerró los ojos. Si hubiese sido otra chica, le habría echado el brazo por los hombros y... Rápidamente trató de poner sus pensamientos lejos de allí y se concentró en Melany: su blanca sonrisa, su cabello dorado, su estilizada figura... Cayó en la cuenta de que había prometido llamarla en cuanto llegase a Kinsasa, pero la presencia de Élodie había conseguido que se le olvidara. Ni siquiera la había echado de menos en aquellos días. ¿Por qué? La amaba. O al menos eso creía. Sí, sí, la amaba, estaba enamorado de ella. Desde el valle no podía llamarla porque los teléfonos móviles no tenían cobertura y tampoco había forma de conectarse a Internet. El único modo de relacionarse con el resto del mundo era a través de una radio conectada directamente con el consulado americano en Kinsasa. En cuanto pudiera, la llamaría. Sin embargo, aquellos propósitos se diluyeron como si fueran mantequilla en pan caliente, y una décima de segundo más tarde se sorprendió de nuevo pensando en la chica que tenía justo a su lado.

Abrió los ojos.

«¡No puede ser, no puede ser!», pensó.

Élodie era como su hermana. Llevaban toda la vida juntos. ¿Qué pensaría ella si supiera lo que estaba pasando por su cabeza? Seguramente lo tomaría por un loco. Eso es lo que era: un loco desequilibrado.

De repente, Élodie se separó un poco y lo miró largamente.

—Estás temblando, Julen.

—¿Yo? No sé, puede que tenga algo de frío.

—¿Frío?

—Bueno, no..., no sé. Creo que tengo el cuerpo algo destemplado. Con tanto jaleo...

Élodie volvió a contemplarlo, como si lo estudiara, y él bajó instintivamente los ojos.

—O sea, que realmente te pongo nervioso —señaló ella sonriente y con tono sarcástico.

—No..., no digas tonterías, anda.

Élodie se entrelazó de nuevo con su brazo y se apoyó otra vez en su hombro.

«Me ha descubierto, me ha descubierto. ¿Qué estará pensando ahora?».

Trató de ridiculizarla para encubrir lo que estaba pasando por su mente:

—Oye, ¿de verdad eres tan lista o es un pegote que te has tirado para vacilar conmigo?

Corrió el silencio.

Élodie volvió a separarse de él, esta vez, lentamente.

Lo miró con fijeza.

Julen sonreía, pero al ver su gesto arisco adoptó enseguida una expresión seria.

—Mononeuronales.

—¿Qué?

—Eso. Que puede que suene a broma, pero cada vez estoy más convencida de que los tíos sois de una sola neurona.

—Pero...

—A Julio le ocurre lo mismo; debe de creer que el color de mi piel disminuye mi actividad cerebral porque siempre...

—¿Quién es Julio?! —la interrumpió precipitadamente.

Ella sonrió disfrutando del momento.

Dejó pasar unos segundos mientras se enroscaba la trenza en el dedo índice y se relamía como si acabara de tomar un buche de leche condensada.

—El chico con el que salgo en Madrid —respondió bajando la voz.

¡Glaciación!

—¿Ti..., tie..., tienes novio?

El nerviosismo asomó en su voz y lo traicionó.

—Bueno, no hay nada formal, pero... —se detuvo en mitad de la frase para reconsiderar la respuesta y optó por otra pregunta—: ¿Te preocupa eso?

—No, no, no. ¡Qué va! Para nada. ¿Por qué iba a preocuparme eso? Yo...

—Pues cualquiera diría que te has puesto celoso...

Se fue poniendo rojo hasta que el óvalo de su cara adquirió el aspecto de una fresa en medio de un tazón de nata.

—¿Celoso? Pero..., pero ¿tú estás loca?

—Relájate, digo que lo pareces, no que lo estés.

Después de aquel conato de discusión, ambos permanecieron en silencio.

Élodie lo miró de reojo. Tenía el rostro descompuesto. Se abrazó las piernas, colocó la barbilla sobre las rodillas y fijó la vista en los árboles. Las sombras ya habían trepado por los troncos hasta coronar las inmensas copas. ¿Estaba siendo muy dura con él?

En ese preciso instante, los sonidos de la selva callaron. El estridente concierto de trinos, graznidos, gritos y aullidos del atardecer cesó de inmediato, como si alguien hubiese desconectado los altavoces de un potente equipo de música.

Luego, poco a poco, se oyó un eco de voces apagadas, un tumulto creciente

proveniente del interior de la jungla.

Los dos se pusieron de pie.

Empezó un canto monocorde, rítmico, acompañado de tambores.

—¡Abuelo! —gritó Julen.

Pero Pablo ya estaba en la puerta con el rifle sujeto con ambas manos, acompañado de Kanja.

Julen lo observó. Su rostro estaba teñido de inquietud.

## 8. *La inesperada visita*

*El día en que la tecnología sobrepase nuestra humanidad, el mundo solo tendrá una generación de idiotas.*

Albert Einstein

—Entrad en casa. ¡Vamos! —ordenó el abuelo—. Julen, toma un rifle del armero y dale otro a Élodie.

Salieron corriendo hacia el interior de la vivienda y sacaron dos armas de la vitrina. Julen miró el fusil. El abuelo les había prometido, en muchas ocasiones, enseñarles a manejarlo para defenderse del ataque de cualquier animal; pero nunca lo había hecho. Julen odiaba las armas y cualquier tipo de violencia. Lo más cruento que podía soportar era matar un mosquito de un manotazo. Estaba seguro de que jamás dispararía a una persona, aunque le fuera la vida en ello.

Cuando volvieron al porche, la sorpresa fue mayúscula. Frente a la casa había medio centenar de indígenas con las caras y los cuerpos pintados, portando antorchas, lanzas, arcos y flechas, y enormes machetes. Al frente de la turba se encontraba Buku, ataviado con su burda tela de esparto llena de abalorios, un manto de plumas de águila y la cara tapada con una espeluznante careta negra. En la mano derecha llevaba una especie de espantamoscas formado con cabellos humanos, y en la otra, un sonajero hecho con el cráneo de un mono.

Rápidamente comenzó a bailar dando vueltas sobre sí mismo y trazando en el aire signos cabalísticos con las manos, al tiempo que recitaba una letanía ininteligible. El grupo lo acompañaba con tambores y un sonido gutural continuado que ponía los pelos de punta. Al cabo de diez minutos el abuelo se giró.

—Que nadie se mueva de aquí —susurró, y bajó con parsimonia los escalones del porche.

Aunque la realidad era la contraria: debía demostrarle que no le temía, que estaba a su altura. De lo contrario, las consecuencias serían imprevisibles.

Julen lo vio avanzar con decisión hacia los nativos y, de pronto, apareció en su memoria la imagen de su padre, trajeado, saliendo precipitadamente de la casa después del desayuno. Sacudió la cabeza para deshacerse de aquella ridícula e inoportuna visión y continuó atento a los acontecimientos.

El abuelo se encontraba junto a Buku. El brujo se puso a bailar a su alrededor y los salvajes lo rodearon danzando también. Pablo levantó el rifle y soltó un disparo al aire.

El grupo se dispersó igual que las palomas del parque al paso de los chiquillos corriendo. Sin embargo, el brujo, a pesar de que dejó de bailar, permaneció a su lado. A través de los agujeros oculares de la máscara, Pablo notó como le clavaba una

mirada acerada, punzante, llena de odio.

El eco del estampido aún perseveró en el aire cuando el abuelo tomó la palabra.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó en suajili, utilizando un tono enérgico y autoritario.

Pablo sabía que no podía bajar la guardia. Al menor signo de debilidad, se abalanzarían sobre él. En la selva era un hombre respetado, pero el poder del hechicero era muy grande en la comunidad indígena. Tenía que vencer aquella batalla como fuera.

Buku también lo sabía. Se le acercó un poco más sin apartar su mirada. El abuelo se la sostuvo sin pestañear.

—Anoche estuve hablando con Engai, nuestro dios supremo —dijo señalándolo con el sonajero—. El león está poseído por tu espíritu y no dejará de matar hasta que no te vayas de aquí. Tienes que abandonar esta tierra para que cese la maldición.

—¡Maldita sabandija! —respondió inclinándose y bajando el tono de voz para que no le oyesen los otros—. No sé qué te traes entre manos. Sabes de sobra que yo no tengo nada que ver con el ataque de ese león en Virunga.

Estuvo tentado de empujar al chamán y lo hubiese hecho de buena gana, pero habría sido un error por su parte. Así que lo rodeó y se dirigió al grupo de indígenas:

—Escuchad, mi espíritu está conmigo y no con *simba*, como asegura Buku. Mi espíritu ha estado siempre a vuestro lado y lo seguirá estando durante mucho tiempo. El Gobierno ha enviado a unos hombres para cazar al león, pero, si dentro de una semana no lo han conseguido, me iré de Virunga y no volveré más. Me conocéis lo suficiente y sabéis que siempre cumplo mi palabra. Solo una semana —concluyó levantando el brazo que sostenía el rifle.

Hubo un murmullo apagado entre los nativos. Uno de ellos se acercó. Pablo lo conocía muy bien, era Sharik, el jefe de Burungu, una de las tribus cercanas al volcán Nyragongo.

—Gran Padre Blanco, tú eres sabio y bueno, pero nadie es dueño de su espíritu. Nosotros tenemos que obedecer al gran Buku. Si en una semana el león no ha muerto, deberás marcharte.

Pablo le puso la mano libre sobre el hombro.

—Así se hará, gran jefe, puedes estar seguro.

El nativo esbozó una sonrisa desde sus pálidos labios. Luego se dio la vuelta, hizo un gesto con el brazo y los demás le siguieron.

Buku, al verse abandonado, salió corriendo tras ellos. Antes de marcharse, escupió junto a Pablo y lo taladró con una mirada emponzoñada de desprecio.

Cuando el grupo se perdió entre los matorrales de la selva, Pablo y los suyos entraron en la casa y se sentaron en el salón. El abuelo se acercó hasta un pequeño mueble de bambú y se sirvió una copa. Julen observó que sus dedos temblaban ligeramente. Estaba nervioso. Todos lo estaban. Élodie, desde que dejó el fusil en el armero, no se había soltado de su brazo. Kainda también se había puesto al lado de

Kanja musitando una incesante letanía acompañada de un casi imperceptible movimiento afirmativo de cabeza, y el masái estaba como hipnotizado: con los ojos muy abiertos y la mirada fija en medio de la nada.

El abuelo se acercó lentamente al grupo y se sentó en un sillón colonial de mimbre de respaldo alto y redondeado. Tenía el ceño fruncido, movía las mandíbulas masticando algo inexistente y mantenía la copa de coñac con ambas manos. De vez en cuando la movía haciendo bailar el líquido, lo olía y se la llevaba a los labios. Al cabo de unos minutos se dirigió a su nieto.

—He pedido una semana de tregua para que nos dé tiempo a preparar vuestra marcha, Julen. Mañana iremos a Kinsasa a preparar el visado de Élodie. Conozco a alguien en la embajada que acelerará los trámites. También sacaremos los billetes de avión. Kanja, a primera hora te llevarás a Kainda a su poblado y que espere allí hasta ver qué pasa con todo esto. Si dentro de una semana los cazadores que ha mandado el Gobierno no han conseguido cazar al león, tú y yo nos iremos a la ciudad y nos quedaremos allí hasta que este asunto acabe. Con el tiempo, las aguas volverán a su cauce.

Kanja asintió moviendo la cabeza.

Julen contempló a su abuelo. Ahora parecía más calmado. Tomó otro trago y se puso de pie.

—Me voy a la cama —dijo el anciano—. Creo que vosotros deberíais hacer lo mismo. Mañana el día será largo. Kanja, aunque no creo que vuelvan, tú haces el primer turno de vigilancia. Te relevaré de madrugada.

El masái se levantó sin decir nada y, tras recoger su lanza, salió al exterior.

Pablo dejó la copa sobre la mesa y se dirigió hacia el dormitorio mientras Kainda recogía y se encaminaba con paso vivo hacia la cocina.

—Me voy a dormir —señaló Élodie—, estoy que me caigo.

Se levantó, se acercó a Julen y le dio un suave beso en la mejilla. Luego le susurró al oído:

—Mononeuronales, los tíos sois mononeuronales. ¿Y sabes qué? A pesar de todo, me gusta la idea de pasar una temporada contigo en Estados Unidos.

Julen la vio alejarse, pero no había recorrido ni cinco metros cuando volvió sobre sus pasos.

—Espero que no tengas a ninguna *yanqui* allí que me saque los ojos —musitó y se perdió en la oscuridad del pasillo.

«¿Qué ha querido decir?», se preguntó el chico. Permaneció pensativo unos segundos. A él también le gustaba la idea de estar en Estados Unidos con ella. Tendría la oportunidad de enseñarle... ¡Melany! Ni siquiera se acordaba de ella. Élodie había acaparado toda su atención. Lo invadió un vértigo repentino, como si estuviera al borde de un profundo precipicio apoyado solo con los talones. ¿Cuánto había de real y cuánto de ficción en todo aquello? Llevaba casi un año con la chica americana, creía estar enamorado de ella, y ahora de golpe estaba lleno de dudas. ¿Se

estaba enamorando de verdad de Élodie? Una vez más le pareció absurdo, patético, inconsistente. Era como su hermana, una cima imposible de alcanzar, se repetía. Sin embargo, había apartado de sus pensamientos a la que consideraba su novia. Y, por otro lado, no recordaba haber tenido esa sensación de bienestar interior, ni siquiera cuando besó por primera vez a Melany.

Explorando en su memoria se fue hasta su dormitorio y se tumbó en la cama, bocaarriba, sin desnudarse: «Julio, Julio... “El chico con el que salgo en Madrid”... No podía haber buscado otro nombrecito, encima».

Le acometió un repentino segundo ataque de celos, sí, eso era, y con la fuerza suficiente como para detener la embestida de un toro bravo.

«No es nada formal...».

—No, si al final va a llevar razón y soy mononeuronal —musitó para sí, y cayó en un profundo sueño.

## 9. El secuestro

*Daría todo lo que sé por saber la mitad de lo que desconozco.*

René Descartes

—¡Julen, Julen, despierta!

Los gritos eran del abuelo.

—¿Qué...?

—¡Levántate, rápido! —lo zarandéó.

—Pero...

—¡Vamos, vamos, vamos! Levántate, no hay tiempo que perder. Esta noche nos han atacado. Han herido a Kanja. ¡Vamos, rápido! —volvió a gritar y salió precipitadamente de la habitación.

Julen se sentó en el borde de la cama, se restregó los ojos con las palmas de las manos y miró hacia la ventana. Aunque se vislumbraba la claridad del amanecer, aún no había salido el sol. ¿Los habían atacado? ¿Quiénes? Recordó los acontecimientos del día anterior y se levantó dando tumbos hasta el salón.

El abuelo se encontraba de pie con la vista fija en la puerta abierta de la entrada. Sentado en una silla estaba Kanja, y Kainda sollozaba a sus pies en el suelo. El masái tenía la cabeza vendada y manchas de sangre coagulada en la cara y los hombros.

—¿Qué ha pasado? —preguntó confuso Julen.

—Me he despertado hace poco —respondió el abuelo—. Kanja no me había llamado para relevarle y pensé que había decidido hacer la guardia él solo. Pero cuando salí al porche, me lo encontré tirado en el suelo en medio de un charco de sangre.

—¿Dónde..., dónde está Élodie? —preguntó intuyendo algo malo mientras movía la cabeza buscándola.

El abuelo se volvió y lo miró unos instantes antes de responder.

—Se la ha llevado.

Un escalofrío lo sacudió de la cabeza a los pies.

—¿Cómo que se la ha llevado! ¿Quién?

—Buku —se adelantó Kanja en un tono triste.

Su rostro reflejaba un gran dolor.

—Pero...

—Asómate al porche —le pidió el abuelo.

Al salir no vio nada especial. El amanecer destilaba una fina gasa de niebla a través de la cual se atisbaba el espeso follaje de la selva, que comenzaba a despertar

colores y sonidos al compás de la incipiente luz. Sin embargo, al girar la cabeza hacia la derecha, un horrible espectáculo lo dejó sin aliento.

Bajó los escalones del porche sin poder apartar la mirada de aquella visión dantesca y dio unos pasos para situarse frente a la casa para verlo mejor.

Desde la nueva posición, el panorama era aún más espeluznante.

En uno de los postes que sostenía el techo, se encontraba colgado un mono con el vientre abierto de una cuchillada, las tripas fuera, y rodeado de un millar de moscas verdes. Con la sangre del pobre animal, habían dejado marcadas sobre la pared decenas de huellas de manos y, colgándole del cuello con una cuerda de cáñamo, un burdo letrero escrito en un trozo de cartón.

No pudo contener la arcada y vomitó.

El abuelo salió y se situó a su lado.

—¿Estás bien? —preguntó, y le puso una mano sobre el hombro.

Asintió con la cabeza, aunque apenas podía respirar.

—¿Qué..., qué dice el letrero...?

—Si no nos marchamos inmediatamente —se adelantó Pablo—, le hará lo mismo a Élodie.

Julen contempló unos instantes al desgraciado animal y se imaginó a Élodie en su lugar. Se estremeció perceptiblemente y una aguda punzada le atravesó la cabeza.

—¿Qué..., qué has pensado hacer? —dijo precipitadamente.

—No sé. Ahora tenemos que hablarlo. Entra con Kanja y Kainda. Yo voy a enterrar a ese pobre mono.

Antes de entrar vio cómo el abuelo lo desataba y lo introducía en una bolsa de basura. Él fue hasta el salón, se sentó junto a Kainda y le echó el brazo por los hombros. La madre de Élodie posó un momento sus ojos húmedos y tristes en los del muchacho, agradeciéndole el gesto, y los bajó enseguida para seguir llorando.

Después, él se sumió en sus propios pensamientos. La imagen de Élodie se mezclaba con la del mono y tuvo ganas de volver a vomitar.

«Élodie, Élodie...».

El nombre se repetía en su cerebro como un eco lejano. Tenía la sensación de que eso los mantendría en contacto. Élodie... Ahora no había dudas. Aquellos sentimientos no eran propios de una persona con la que simplemente se ha compartido la niñez, había algo más... Su ausencia le dolía como nunca le había dolido nadie. La idea de que el brujo pudiera causarle daño le aterraba. Buku no se andaba con chiquitas y aquel salvaje no amenazaba en balde. El chamán no dudaría en asesinarla para conseguir sus propósitos.

Desvió la atención hacia los padres de Élodie para darse un respiro porque el agobio, la tensión y el malestar iban en aumento. Se había enamorado unas cuantas veces, pero nunca había experimentado nada similar en tan poco tiempo. Él no tenerla a su lado le producía un vacío imposible de llenar. ¡Qué había pasado! ¿Tendría valor de decírselo alguna vez? ¿Pero qué estaba pensando? Ahora lo importante era

rescatarla. Se sentía impotente ante las circunstancias.

Miró de reojo a Kainda y trajo de nuevo la imagen de Élodie a su mente. ¡Qué bonita era! ¿Cómo era posible que el tiempo hubiese obrado aquel cambio tan radical en tan pocos años? Por mucho que intentaba comparar las imágenes de cuando era una niña a la de ahora, no conseguía establecer ningún parecido. Solo al mirar a Kainda, su madre, lograba un vínculo asegurándole que pensaba en la misma persona. Cerró los ojos. Su fino rostro ovalado, sus ojos negros como la noche, su oscurecido pelo retorcido en una gruesa trenza sobre su pecho, su eterna sonrisa...

En ese momento sintió que su abuelo entraba en casa. Abrió los ojos. Lo vio dirigirse al cuarto de baño y oyó como se lavaba. Regresó mientras se secaba con una toalla, que tiró irritado encima del sofá, y se puso a dar vueltas por el salón.

—¡Maldito brujo! ¡Maldito Buku! Cuando lo agarre lo voy a despellejar con mis propias manos.

Se movía de un lado a otro con paso frenético. Tenía el rostro congestionado y apretaba las mandíbulas de forma sistemática. De vez en cuando se frotaba las manos; otras veces las dejaba caer a los lados y crispaba los dedos en forma de garras. Rumiaba una retahíla de palabras indefinidas, fruncía el ceño, se detenía unos instantes y proseguía su colérico deambular. Su nieto no recordaba haberlo visto nunca tan enfadado; tenía la sensación de que, si hubiera estado Buku delante, lo hubiera despellejado de verdad. De repente, el anciano detuvo su precipitado caminar y permaneció con la vista perdida en la ventana del salón.

—Tenemos mucho trabajo por delante —dijo arrugando el entrecejo, y salió a paso de carga de caballería hacia el despacho.

Cuando volvió, despejó la mesa del salón barriendo con el brazo todo lo que había encima y desplegó un mapa.

—¡Acercaos! —gritó acompañándose de un gesto del brazo.

Kanja y Julen se pusieron uno a cada lado, y Kainda se perdió en el interior de la casa.

Pablo estuvo un buen rato ojeando el mapa. El silencio se estiraba creando una tensión casi insoportable para Julen.

Finalmente, habló:

—Aquí están ocurriendo cosas muy extrañas y vamos a averiguarlas. Esa alimaña de Buku está tramando algo. Él me tiene como a su principal enemigo y me odia porque conozco sus trucos, pero nunca había traspasado los límites. Yo lo dejo estar y él no se mete conmigo. Por eso no entiendo este afán de querer echarme ahora del país con esa sucia argucia del león. Para la semana próxima tenía prevista una incursión a la zona más alejada de Virunga. Hemos tenido noticias de unos cazadores furtivos de Ruanda produciendo estragos en una manada de elefantes que se mueve por allí. Por otro lado, el Gobierno me ha pedido que acompañe a un grupo de vulcanólogos interesados en estudiar los últimos movimientos sísmicos del Nyragongo, ante el temor de que entre otra vez en erupción como pasó en el 2002.

Esto implica atravesar el lago Kivu y entrar en la zona prohibida que tan bien guarda ese espantapájaros.

Tomó aire y miró primero a Julen y luego a Kanja. El masái tenía los ojos muy abiertos.

Pablo le pasó el brazo por los hombros.

—Nyragongo, *sidi*, zona prohibida. Allí habitan los espíritus del fuego...

—Nosotros no vamos a molestar a ningún espíritu, Kanja. Vamos a liberar a tu hija. Si no lo hacemos, Buku la matará. Ese brujo de pacotilla tiene su escondrijo por aquí, junto al volcán Nyragongo —dijo realizando un pequeño círculo en el mapa sobre una zona montañosa cerca de la frontera con Ruanda—. Esa alimaña la llama «la zona prohibida», el lugar donde habita el dios del volcán, y no permite que nadie se acerque por allí bajo amenaza de convocarlo para que entre en erupción. Yo no suelo llegar tan lejos en mis expediciones para no molestar a los indígenas, pero creo saber dónde se esconde esa rata de alcantarilla. Me pregunto qué demonios tendrá escondido allí como para mantener alejados a los nativos con el cuento del dios del volcán.

El masái contempló un momento el mapa y después fijó sus ojos en los de Pablo.

Aunque daba la impresión de que el rostro de Kanja permanecía impertérrito, el abuelo era capaz de interpretar sus estados de ánimo en pequeños detalles: labios apretados, mirada ausente, puños crispados..., y sabía que temía por la vida de su hija.

—Confía en mí, Kanja, no va a pasar nada. Te lo prometo —le aseguró.

Kanja asintió un par de veces y volvió la mirada al papel extendido sobre la mesa.

—Si no vamos, Élodie morirá —añadió.

—*Okay*, vamos —concluyó el masái, pero esta vez, el tono de su voz no estaba cargado de su flema habitual, sino lleno de preocupación y amargura.

Pablo lo captó y le pasó el brazo sobre los hombros infundiéndole ánimo.

—Puedes estar seguro: vamos a liberar a tu hija, Kanja. Mañana sin falta partiremos hacia el Nyragongo. Iremos en coche hasta este cruce y, desde allí, Kainda se marchará con los suyos hasta que regresemos. No quiero que se quede aquí sola. Luego, seguiremos en coche hasta el final de la tribu de Karuba. Desde allí no nos queda más remedio que seguir a pie. Y tú, Julen, creo que...

—Abuelo —le interrumpió—, iré contigo. No me pidas que regrese a Kinsasa. Tú sabes que...

—Puede ser muy peligroso, Julen. No quiero correr riesgos contigo. Si te ocurriera algo, jamás me lo perdonaría.

—Hace poco dijiste que daba lo mismo morir de un dardo envenenado que de un dolor de barriga.

El abuelo se quedó inmóvil, callado; dio unos pasos hasta el sillón y se dejó caer con gesto de preocupación. Solo había un avión semanal hacia Estados Unidos, que no saldría hasta dentro de tres días. Podía dejar a Julen en casa de algún amigo en

Kinsasa, pero los brazos del brujo eran largos. Corría tanto peligro en la ciudad como acompañándolo. Volvió a mirar a su nieto. El muchacho se encontraba de pie con los brazos a ambos lados y los puños apretados. Apreciaba su valentía.

Dudó un segundo más. Por fin, se levantó y se dirigió hasta él.

—Está bien, vendrás con nosotros; pero debes hacer exactamente todo lo que yo diga.

—Gracias, abuelo.

—No. No me des las gracias. Te llevo conmigo porque no tengo más remedio. Dejarte en Kinsasa sería quizás más peligroso. Prefiero tenerte a mi lado. La selva es un terreno que conozco y puedo controlar la mayoría de los peligros. Sin embargo, cuando se trata de andar entre hormigón y asfalto, me pierdo. No sé hasta dónde llega el poder de ese brujo.

## 10. Los tambores parlantes

*Cuando crees que sabes todas las respuestas, la vida viene y te cambia todas las preguntas.*

Albert Espinosa

Se despertó sobresaltado, se incorporó en la cama y miró a su alrededor. La luz pálida que entraba por la ventana teñía los muebles de la habitación de un azul desvaído, mortecino y frío. El mundo le pareció congelado.

Oyó ruidos y voces apagadas. Seguramente, el abuelo y Kanja estaban cargando el coche. Se sentó agotado en el borde de la cama y diez minutos más tarde salió, aún adormilado, de la habitación. Cuando llegó al salón, sobre la mesa había un plato con magdalenas, una jarra con leche y un par de botellas de agua. Se llevó una de agua y salió.

Después de terminar de cargar el vehículo con lo necesario, se dirigieron hacia el norte para dejar a Kainda cerca de la tribu de los Nayuka, a la que pertenecía. Luego volvieron a bajar por la ribera del río Congo. Los tres iban en silencio, observando cómo el sol, ya por encima del horizonte, vestía de vida y color el entorno. A lo lejos, un grupo de jirafas ramoneaba las copas altas de las acacias rodeado por una manada de cebras que pastaba en la sabana.

Julen apenas había pegado ojo dando vueltas en la cama sin poder apartar de sus pensamientos a Élodie. El poco rato que pudo conciliar el sueño, tuvo inquietantes pesadillas. En una de ellas Buku tenía al león asesino atado con una cuerda a la puerta de su cabaña y trataba de despedazar a Élodie con un enorme machete para echársela como pitanza. Se despertó temblando, jadeante, empapado en sudor. Ya no le cabía duda: estaba enamorado de Élodie. El problema era cómo se lo iba a hacer saber.

Se estiró en el asiento.

¡Imposible!

Jamás se lo diría. Ella lo trataba como a un hermano, siempre había sido así. Y su abuelo la adoraba. Lo miró de reojo. Su aspecto era deplorable. Seguramente, él tampoco había pasado una buena noche: en su semblante llevaba dibujada la fatiga. Conducía con la vista al frente, apenas sin pestañear. El sombrero calado en la cabeza le ensombrecía la cara y le confería al rostro la lividez de un cadáver. Élodie también representaba mucho para él. Cuando eran pequeños, Julen la utilizaba para conseguir lo que quería. Si deseaba ir a pescar o acompañar al abuelo a alguna de sus inspecciones, la mandaba por delante y ella se encargaba de convencerlo, utilizando mil triquiñuelas: se sentaba en su regazo, le daba achuchones y besos y, al final,

Pablo era incapaz de negarle nada. Julen recordó que durante bastante tiempo llegó a sentir celos, hasta el punto de hacer cualquier trastada y acusarla para que se llevara la regañina. A pesar de todo, siempre le había tenido un gran cariño. Le costó mucho separarse de ella cuando sus padres decidieron mudarse a Estados Unidos, pero aquel cariño era muy distinto a lo que sentía ahora.

Trató de no pensar en eso.

—¿Crees que Buku se atreverá a...? —Julen dejó la pregunta sin terminar intencionadamente para que su abuelo la completara.

El anciano se subió el sombrero empujando el ala con el índice y pensó la respuesta.

—Es mala persona, y sí, lo considero capaz de cualquier cosa —respondió al fin—. Puede hacerla desaparecer y nunca la encontraríamos. Bastaría con matarla y dejarla en mitad de la selva. Los animales harían el resto. Y aunque encontrásemos el cadáver, no podríamos acusarle de asesi... ¡Pero qué estoy diciendo! —gritó con el rostro encendido y golpeó con fuerza el volante—. Como se atreva a tocarle un pelo, soy capaz de...

Un tamtam cercano puso fin repentinamente a su iracundo discurso.

Frenó de golpe y se apeó del vehículo en cuanto se detuvo. Los demás le siguieron.

—¿Qué dicen? —preguntó el muchacho.

—¡Shhh!

El tamtam cesó y le contestó otro y otro y otro...

—¿Qué...?

—El león ha vuelto a matar esta noche —respondió el abuelo con la mirada perdida en el horizonte.

Los tambores volvieron a romper el silencio. Julen trataba de interpretarlos, inútilmente. Cuando se volvió para preguntar otra vez a su abuelo, descubrió un marcado gesto de preocupación en su rostro.

—Dicen que el Gran Padre Blanco ha desaparecido —se adelantó Pablo—. Invitan a darme caza a mí para acabar con el mal. Creo que ha sido un gran error traerte conmigo, Julen. Ahora tendremos serios problemas. Deberíamos abandonar y...

—No podemos dejar a Élodie en manos de ese brujo, abuelo.

Pablo lo miró con atención y luego desvió la mirada a Kanja. Él guardaba silencio, pero también su rostro estaba marcado por el sufrimiento.

—No, no vamos a dejarla. En cuanto la recuperemos, nos marcharemos de aquí para siempre.

—Si nosotros cazamos a *simba*, no tendrás que marcharte de aquí —dijo Kanja, que hasta ese momento no había abierto la boca.

Ambos le miraron extrañados, como los que oyen hablar por primera vez a un mudo.

—¿Qué?! —se exaltó el abuelo.

—Si nosotros matamos al león, el espíritu del Gran Padre Blanco ya no permanecerá en él —repitió Kanja.

—Vaya —reflexionó Pablo poniéndole la mano en el hombro—, eres la única persona que conozco que solo abre la boca cuando tiene algo importante que decir. Creo que tenemos mucho que aprender de ti, Kanja.

El masái lo miró, arqueó la boca en una sonrisa triste y bajó la cabeza.

Pablo le levantó la barbilla con el dedo índice doblado.

—Te prometo que vamos a salvar a tu hija. Y, además, cazaremos a ese maldito león.

Julen se acercó.

—No entiendo nada, abuelo.

—Lo que quiere decir Kanja —aclaró Pablo— es que, si damos caza al león y lo matamos, pondremos en evidencia a Buku. Ese hechicero perverso dice que yo habito en el león, así que, si lo mato, demuestro que es mentira. No iba a matarme a mí mismo. En cuanto tengamos a Élodie, iremos en busca de ese viejo león.

—¿Por qué estáis todos tan seguros de que es un león viejo?

—Por su modo de comportarse —respondió el abuelo Pablo—. Los viejos leones suelen ser antiguos jefes de la manada expulsados por un macho más joven tras una sangrienta pelea. Normalmente no sobreviven a la encarnizada lucha, pero, si lo hacen, vagan durante un tiempo tras la manada hasta que todos se ponen de acuerdo para desembarazarse de él y lo expulsan sin compasión. A partir de ahí suelen morir en pocas semanas, ya que no tienen destreza para cazar en solitario; pero si se encuentran a un hombre y prueban la carne humana, entonces ya no dejan de matar. Para cazar a un ser humano no necesitan correr mucho ni realizar grandes esfuerzos.

De repente, el cielo empezó a oscurecerse. Las nubes se apelotonaban y estaban tan bajas que daban la impresión de que iban a desplomarse sobre ellos.

—Tenemos encima una tormenta —anunció el abuelo levantando la cabeza—, deberíamos retomar la marcha.

Antes de que los tres estuviesen instalados en el todoterreno, cayeron las primeras gotas; pronto se convirtieron en grandes goterones que repiqueteaban sobre la chapa como si la quisieran romper. El abuelo arrancó y unos segundos más tarde tenía delante de él una espesa cortina de agua que impedía ver unos metros más allá del capó. El suelo se convirtió al instante en un cenagal. El vehículo se hundía en el barro, patinaba y avanzaba penosamente en zigzag. La cortina de agua del intenso chaparrón tropical bailaba agitada por el viento y zarandeaba el coche como si fuera de papel. Pese a todo, el abuelo conducía con destreza; estaba acostumbrado a circular por caminos en mal estado y a desplazarse por la selva. La luz de un relámpago y el trueno posterior hicieron saltar a Julen de su asiento.

—Debemos atravesar el arroyo antes de que esto se ponga peor —señaló el abuelo—. Si no lo hacemos ahora, habrá que esperar al menos dos días.

Así que aceleró, pero el coche volvió a patinar en el barro. El temor a quedarse embarrancado lo obligó a disminuir de nuevo la velocidad y a tomar toda clase de precauciones.

Julen conocía ese arroyo muy bien. De pequeño había ido allí a pescar muchas veces con Kanja y Élodie. Sin embargo, en las épocas de las grandes tormentas tropicales era imposible acercarse porque recogía todas las aguas de las laderas cercanas convirtiéndose en un torrente muy peligroso. A eso se refería el abuelo.

Giró la cabeza y lo observó. Su aspecto de abatimiento y cansancio eran ahora más acusados. Conducía con los dientes apretados y el pecho pegado al volante para intentar mejorar la visión. Luego se volvió hacia atrás. Kanja parecía absorto en la lluvia; no obstante, de vez en cuando mascullaba algo, seguramente relacionado con su hija. Cuando se giró de nuevo, vio a pocos metros una muralla verde oscura que marcaba el principio de la selva y el paso del arroyo.

## 11. *El peligroso vado*

*Solo porque alguien no te ame como tú quieras, no significa que no te ame con todo su ser.*

Gabriel García Márquez

El arroyo ya bajaba muy crecido cuando llegaron a la ribera; por suerte, el chaparrón estaba remitiendo.

—¿Qué opinas, Kanja? —preguntó el abuelo sin apartar la vista del torrente de agua.

El masái inclinó el cuerpo hacia delante, apoyó los brazos en los asientos delanteros y puso su atención en las turbulencias.

—Peligroso —respondió preocupado.

Hubo un silencio arrullado por el choque de las aguas contra las rocas.

—Si no cruzamos ahora, tendremos que esperar a que el arroyo baje de nivel —señaló Pablo—. Eso nos puede retrasar bastante. Debemos intentarlo ya, así que vamos a buscar un sitio para vadearlo.

Los tres bajaron del vehículo y caminaron un buen trecho bajo la lluvia hasta encontrar un lugar que parecía poco profundo entre varias piedras.

—Propongo intentarlo por aquí —sugirió el abuelo señalando con el brazo estirado—. Más abajo hay un pantano con charcos menos profundos, pero está infestado de cocodrilos. El problema sería que hubiera una subida repentina.

—Ya casi no llueve —dijo Julen.

—Ahora es cuando viene lo peor —señaló el abuelo—. Las márgenes del río están recibiendo el agua de las montañas colindantes y el caudal irá aumentando hasta recoger toda la que ha caído a lo largo del arroyo. Debemos de darnos prisa.

Regresaron con paso vivo hasta el coche. El abuelo lo arrancó y lo llevó hasta el sitio escogido. Luego sacó un par de cuerdas de escalada, las echó al suelo y se fue hasta la parte delantera. Sobre el parachoques había un tomo con un cabo de acero enrollado. Quitó el seguro, tiró de él hasta desenrollarlo en su totalidad y empezó a dar órdenes como un militar antes del ataque del enemigo:

—Primero vas a franquearlo tú, Kanja. Cuando llegues al otro lado, atas la cuerda a un árbol y la utilizaremos como una tirolina para que pase Julen. Julen, tú llevarás atada la punta del cabo de acero del tomo del todoterreno. Cuando estés en el margen opuesto, afiánzala bien a la base de un tronco. Si veo que el motor no puede con la corriente, utilizaré el cabrestante delantero para sacar el coche del agua. ¡Vamos, no hay tiempo que perder!

Kanja agarró una de las cuerdas, le dio una vuelta al tronco de un árbol y se ató uno de los extremos a la cintura. Julen y su abuelo sujetaron el otro extremo con ambas manos cediendo tramos conforme avanzaba. El masái entró en el torrente utilizando la lanza a modo de bastón. Le costaba caminar. Cuando el agua le llegó por la rodilla, comenzó a tambalearse y cayó hacia un lado. Sin embargo, consiguió erguirse y continuar. Unos metros más adelante la fuerza de la corriente era ya considerable y el agua le llegaba casi a la cintura. Kanja apenas podía avanzar y mantener el equilibrio. De pronto, dio un traspié. Trató de enderezarse, pero cayó de bruces. La corriente lo arrastró como si fuera un corcho. Julen y el abuelo apoyaron los pies en el terreno y se afianzaron a la cuerda firmemente. Pese a todo, la fuerza de la corriente los desplazaba. Pablo levantó la cabeza. El cuerpo del masái había desaparecido. Se lo había tragado un torbellino de agua.

—¡Suelta cuerda, Julen, suelta cuerda!

A pesar de que los gritos del abuelo lo sorprendieron, no dudó en obedecer al instante. Dejó que la soga se escurriera poco a poco. Las manos le ardían con el roce.

—¡Más, más, deja ir más! —gritó otra vez.

A continuación, abrió las manos y soltó varios metros. Cuando levantó la vista para ver el efecto, reparó en que al final del cabo estaba Kanja braceando desesperadamente por alcanzar la otra orilla. Entonces lo comprendió: al mantener la cuerda fija, la fuerza del agua lo había sumergido; al liberarla, lo dejaba salir a la superficie. Soltaron más y más hasta ver como salía arrastrándose por la otra orilla y se sentaba sobre una roca. Después de toser y escupir, se puso de pie, sonrió y levantó el dedo pulgar de la mano derecha.

Ató su extremo de la soga al tronco de un árbol. Julen se percató de que aún conservaba la lanza en la mano y recordó una de sus enseñanzas: «Un masái antes pierde la vida que su lanza».

Entre Julen y Pablo tensaron la cuerda todo lo que pudieron, le dieron varias vueltas a una rama y la ataron con un par de nudos.

—No sé si dejarte cruzar, Julen, es muy peligroso —señaló temeroso el abuelo.

—Ahora no hay peligro —respondió él—. Me ataré un doble lazo a la cintura.

Pablo apreció la valentía de su nieto.

—El agua está subiendo, Julen —insistió—. Creo que deberíamos...

—Entonces démonos prisa. Luego tienes que pasar tú con el coche.

Dicho esto, se dirigió con paso decidido hacia el tronco donde estaba atada la cuerda, se anudó la otra con un par de vueltas a la cintura y realizó un lazo sobre la que estaba fija. Acto seguido, se colocó el gancho del cable de acero del todoterreno al costado para arrastrarlo hasta la otra orilla y se metió en el agua.

El abuelo lo vio alejarse mientras se repetía mentalmente que no tendría que dejarle cruzar aunque Julen era fuerte y en más de una ocasión había vadeado un río utilizando una tirolina.

Miró el caudal.

Cada vez bajaba con más fuerza.

Las condiciones eran mucho peores que otras veces.

Con el peso del cuerpo, la cuerda que unía ambas orillas se había combado y el chico avanzaba con el agua a la altura del pecho. Al llegar a la mitad del trayecto, la soga empezó a balancearse. Pablo se echó al suelo con las piernas estiradas hacia delante por si Julen se zafaba de la cuerda fija, así podría ejercer más fuerza. A veces, el torbellino pasaba por encima de su nieto y él se quedaba sin respiración hasta que de nuevo lo veía emerger, sacudir la cabeza para deshacerse del agua y dar otra brazada hacia delante.

Kanja lo esperaba al otro lado. El fiel masái se había metido en el río hasta la cintura y miraba con preocupación la evolución de los movimientos de Julen. Cuando diez eternos minutos más tarde consiguió echarle mano al brazo, esbozó una amplia sonrisa e hizo otro gesto al abuelo. Estaban al otro lado.

Pablo contempló por enésima vez la corriente. Aumentaba por momentos. Calculó que, si el agua les había llegado a ellos por encima de la cintura, el vehículo no la atravesaría a pesar de tener el escape a la altura del techo y de estar preparado para vadear más de dos metros. Pero tenía que intentarlo. Giró un par de veces el brazo en el aire para que Julen y Kanja afianzaran el cable del tomo y, cuando vio que le daban dos vueltas a un tronco enorme y colocaban el trinquete, se subió al coche: lo arrancó y, aunque apenas llovía ya, puso el limpiaparabrisas en marcha.

—¡Vamos allá! —se dijo.

Comprobó que estaba puesta la tracción a las cuatro ruedas, metió primera y puso en marcha el rodillo del cabrestante. El vehículo avanzó lentamente; esperó a que el molinillo marcara el ritmo de entrada en el agua y miró con preocupación por la ventanilla. El todoterreno daba tumbos, pero ganaba centímetro a centímetro. Pablo rezó para que las piedras del fondo no fuesen demasiado grandes. Si alguna bloqueaba el vehículo, volcaría por la fuerza del agua.

El masái y Julen analizaban inquietos el progreso lento y bamboleante del vehículo. De repente, el caudal del río empezó a aumentar progresivamente hasta el punto de que ambos tuvieron que apartarse de la orilla para no ser arrastrados por la fuerza de la corriente. Pablo también lo notó. El todoterreno se desplazaba hacia abajo y él no podía hacer nada. Si aceleraba, podía liar el cable del molinillo y sería aún peor. Trató de girar las ruedas para colocar el vehículo contra la corriente y así ofrecer menor resistencia a la fuerza del agua, pero en ese instante notó que se deslizaba lateralmente y no tuvo más remedio que acelerar. Las ruedas patinaron. El motor no servía en aquellos momentos para nada; era el cabrestante el que estaba tirando poco a poco del coche.

A través de la ventanilla vio que el agua golpeaba con fuerza el costado del coche y lo movía como si fuera una mecedora. El ruido dentro del habitáculo era ensordecedor. Entre los vaivenes del limpiaparabrisas observó las caras de impotencia y angustia de Kanja y de Julen en la margen opuesta del río. Aquella era una locura a

la que nunca tendría que haber accedido. Él sabía de sobra cómo se las gastaba el maldito hechicero. A la primera amenaza deberían haberse largado todos. Ahora estaba en juego la vida de Élodie, la de su nieto, la de Kanja y la suya propia. La suya no le importaba demasiado, porque ya había vivido lo suficiente, pero la de los demás, sí. Y todo por...

Un nuevo empuje de la comente inclinó el coche casi cuarenta y cinco grados y lo mantuvo en vilo unos segundos. Sus pensamientos se difuminaron con rapidez. Aceleró a tope y giró el volante en la dirección del vuelco. Esta vez las ruedas consiguieron agarre y el *jeep* se enderezó de golpe, pero fue solo un instante, porque enseguida se ladeó otra vez y se levantó poco a poco hasta que cayó sobre el costado derecho.

El agua entró a raudales en el interior. A pesar de todo, el motor seguía en funcionamiento. Pablo intentó abrir la puerta sin conseguirlo. Se ahogaba. Trató desesperadamente de moverse hacia la parte de atrás, pero no veía nada. Notó que le fallaban las fuerzas y se abandonó a lo irremediable.

Julen fue a lanzarse al agua, pero Kanja se lo impidió. Se ató la soga a la cintura deprisa, soltó la lanza por fin y se deslizó por el cable del tomo. Julen sujetó la cuerda poniendo todo su esfuerzo y vio cómo el masái luchaba por llegar hasta el todoterreno.

La corriente cada vez era más fuerte. El agua se ondulaba formando figuras caprichosas y olas que rompían continuamente contra el coche y lo zarandeaban como si fuera de hojalata. El cuerpo de Kanja también danzaba igual que una marioneta a merced del torrente. Julen vio como el cable se soltaba repentinamente y se estampaba contra los bajos del vehículo.

Rápidamente se tiró al suelo y apoyó los pies en unas rocas. Recibió un tirón fuerte y seco que casi le sacó los brazos de los hombros, pero enseguida aflojó. Levantó la cabeza. El masái se había subido en el costado que quedaba fuera del agua, había abierto una puerta y había introducido medio cuerpo dentro. Julen contenía la respiración. Los segundos se alargaban una eternidad y era presa de un temblor incontenible, un calor helado que apenas le permitía mantenerse consciente.

Las piernas de Kanja se movían, pataleaba, las cruzaba o las encogía, como si estuviera luchando con un cocodrilo en el interior. Súbitamente asomó la cabeza un instante, tomó aire y se sumergió de nuevo para salir otra vez tirando del cuerpo inerte del anciano. En ese momento le dirigió a Julen una mirada de desesperación. Él solo no podría volver a la orilla arrastrando al abuelo, y el muchacho así lo entendió. Se incorporó sacando fuerzas de donde no las tenía y, tras darle varias vueltas a la cuerda, la ató a un árbol. Después, en vez de tirar de ella, se fue hasta el borde del río y la fue acercando poco a poco a la ribera conforme caminaba. Daba unos pasos, afianzaba la cuerda en una roca y continuaba. Así, la misma corriente le ayudaba a acercarse a Kanja y al abuelo. Cuando estaban a punto de tocar tierra, un crujido enorme seguido de un estertor seco anunció que el motor se había parado. Julen

levantó la vista y contempló horrorizado como el vehículo había dado otra vuelta y se había quedado bocaabajo. De haber tardado unos segundos más, sus compañeros de viaje estarían bajo el agua con el peso del *jeep* encima.

Cuando alcanzaron la orilla, el masái se derrumbó exhausto. Julen sujetó al abuelo bajo las axilas y lo arrastró con mucha dificultad hasta ponerlo en seco. Temblando, acercó la cara a su boca para comprobar si respiraba. De pronto el hombre empezó a toser, a vomitar agua y a escupir. Julen le levantó la cabeza y buscó con la mirada a Kanja, quien parecía haberle adivinado el pensamiento y ya gateaba jadeante hasta ellos.

—Ayúdame —le pidió al masái con la voz entrecortada.

Entre los dos lo colocaron de costado. Pablo continuó tosiendo y vomitando agua y barro hasta que poco a poco fue recuperándose. Al cabo de un rato se sentó. Estaba tremendamente pálido. Miró el vehículo. El todoterreno permanecía con las ruedas hacia arriba.

—Me habéis salvado la vida —dijo con voz casi inaudible.

—Kanja te la ha salvado, abuelo. ¿Cómo te encuentras? —le preguntó preocupado.

Pablo posó la mano en su hombro, le dedicó una amplia sonrisa y le contestó:

—Bueno, aún oigo doblar las campanas, Julen. Y mientras oyes doblar las campanas, tú no eres el muerto. Tu abuelo es un hueso duro de roer. Estoy bien.

En cuanto pudo se levantó titubeante, se acercó hasta el masái y lo abrazó. Cuando se separó, le puso las manos sobre los hombros y lo miró intensamente.

—Gracias, Kanja, amigo. Una vez más me has salvado la vida. Creo que ya has saldado la cuenta que tenías conmigo más que de sobra. No sé qué demonios haces aguantando a un viejo como yo.

—*Okay* —respondió sonriente, y se dirigió apoyado en su lanza hacia el río.

Julen y su abuelo se miraron.

Estaba claro que aquel hombre era imperturbable; no había emoción capaz de quebrantarle el ánimo. Se mostraba tan impasible como un elefante ante una hormiga. Sin embargo, la vida de Pablo no hubiera sido la misma sin él. No era la primera vez que lo sacaba de un apuro.

Al estar sujeto con el cable de acero por la parte delantera, la fuerte corriente había desplazado el todoterreno hasta dejarlo pegado a la orilla del río. Entre los tres lograron recuperar del vehículo casi todas las provisiones, varias cantimploras con agua potable, las mochilas, un par de rifles y una caja impermeable con munición, algunos utensilios para cocinar y un rollo de cuerda de escalada. Después de colocarlo en las mochilas, se alejaron del torrente por temor a una nueva crecida y buscaron un lugar para acampar.

## 12. Huevos cocidos para desayunar

*Si usted cree que la educación es cara,  
pruebe con la ignorancia.*

Derek Curtis Bok

Tras el paréntesis de la lluvia, la selva retomó su cotidiano palpar. La orquesta de la jungla volvió a tronar poniendo en el aire la habitual sinfonía polifónica de chillidos, croar de ranas, rugidos, zumbidos de insectos... También dio paso el improvisado chaparrón a una temperatura fresca y agradable que reavivaba los olores a tierra mojada, hierba y madera húmeda, y sacaba del suelo nubes de vapor deshilachadas que se enredaban entre las ramas como si fueran gasas de niebla, parecidas a las telas de araña.

Las sombras ya empezaban a estirarse cuando desembocaron en un calvero. El masái se detuvo y preguntó mirando al abuelo:

—¿Bien aquí?

El anciano se deshizo de la mochila, soltó el fusil encima y respondió:

—Los marinos dicen que cualquier puerto es bueno después de una tormenta. Da igual aquí que otro sitio. A ver si logramos encender un buen fuego, porque tenemos la ropa empapada. Me estoy quedando helado.

A pesar de la tromba de agua, Kanja consiguió encontrar madera seca y encendió una gran hoguera en mitad del calvero. La ropa no tardó en secarse y el calor hizo que sus cuerpos entraran pronto en reacción.

—Sin vehículo aumentan las dificultades —comentó el abuelo mientras comprobaba que la cámara fotográfica, el botiquín y unos pequeños anteojos estaban en perfecto estado dentro de sus estuches herméticos—. Aunque de todas maneras —continuó—, mañana hubiésemos tenido que abandonarlo y seguir a pie hasta la falda del volcán. Cuando rescatemos a Élodie, el regreso será duro porque tendremos que volver andando. Espero que esa sabandija no le haya puesto una mano encima.

Julen lo observó de reojo. Parecía muy seguro de encontrarla. Dio otro mordisco a la manzana que tenía en la mano y puso toda la atención en la hoguera. Crepitaba vomitando intermitentemente nubes de chispas y llamas que lamían la noche y proyectaban destellos anaranjados sobre la muralla oscura e impenetrable de la selva que los rodeaba. Élodie apareció en la pantalla de su mente con una mezcla de sentimientos encontrados. Cada vez estaba más convencido de que no era buena idea seguir por el camino que había tomado. Ella era algo prohibido. De hecho, hasta el momento de reencontrarse en la estación, había sido como una hermana lejana a la que no veía desde hacía tiempo. Imaginó la cara que pondría si le dijera que se había

enamorado. Levantó la mirada. El abuelo seguía hablando con Kanja mientras este devoraba un trozo de carne enlatada; lo disfrutaba con rapidez, igual que un oso polar que se come un salmón después de la hibernación. Y ellos dos, ¿qué dirían si lo supieran?

«¡Uf!».

¿Por qué tenía que ser todo tan complicado?

Nada era complicado, se contradecía. Él lo estaba complicando.

«Es solo que he alucinado con el cambio que ha experimentado Élodie en estos años. No hay nada más».

Terminó la manzana, lanzó el corazón de la fruta al fuego y se tumbó bocaarriba sobre un lecho de ramas y hojas que habían improvisado para aislarse del suelo húmedo. El calor le llegaba de forma agradable. Cerró los ojos y trató de pensar en Melany, pero no conseguía retener su imagen ni un par de segundos; enseguida aparecía el rostro de Élodie y la eclipsaba. ¿Dónde estaría ahora? ¿Le habría hecho daño Buku? Pensó en el incidente del río, en el riesgo que había corrido Kanja para salvar a su abuelo, en la aventura que estaba viviendo para rescatar a Élodie... También pensó en el acontecer diario en Nueva York. La vida allí se le antojó fría, monótona. Podían pasar días, semanas, meses sin que nada de lo que ocurría a su alrededor le produjese el más mínimo entusiasmo. Todo estaba previsto, controlado, marcado. Los instantes se repetían uno tras otro sin cambios sustanciales.

Sin embargo, en África, ningún momento se parecía al anterior. La vida era completamente distinta. Los acontecimientos cambiaban repentinamente, imitaban, se transformaban... Tal vez por eso el abuelo amaba tanto ese continente. Tal vez por eso a él también le gustaba aquello. Abrió los ojos. Miríadas de estrellas titilaban sobre su cabeza. Pero debía ser realista; una cosa era estar de vacaciones, y otra muy distinta, vivir allí para siempre. ¿Sería capaz de dejar la civilización occidental, a la que se había acomodado, por aquello? Su abuelo Pablo sí lo hizo y se sentía bien allí. Y el sueño, constantemente acariciado por su madre, era volver en cuanto pudieran. ¡Quién sabe...!

Se puso de lado, de espaldas a la hoguera. De noche la selva respiraba de forma distinta. La oscuridad convertía la vegetación en una sólida muralla tras la cual se escondían cientos de sonidos indefinibles. Era el momento de los depredadores, cazadores nocturnos y muchas de las alimañas. Cuando Élodie y él eran pequeños, Kanja les enseñaba a identificar los sonidos.

«Élodie, Élodie».

Prestó atención: ramas que crujían, pisadas sobre hojas secas, pequeños gritos de roedores cazados por alguna serpiente. Oyó el aleteo de un ave nocturna y los chillidos de un mono que protestaba. Luego, la inquietante, desagradable y fría risa de una hiena. ¿Se atreverían a atacarlos? «Los animales salvajes no se acercan al fuego», aseguraba Kanja. De nuevo, Élodie: sus grandes ojos, su sonrisa, su...

Un mosquito zumbó alrededor de su cabeza.

«No me gusta la risa de la hiena...».

Seguramente Melany estaría ahora en la bolera con los amigos y...

Trató de calcular la diferencia horaria.

«Tengo que llamarla...».

Cuando se despertó, empezaba a amanecer. El abuelo estaba tumbado en posición fetal y Kanja sentado con la lanza apoyada en el hombro y la cabeza sobre las rodillas. El cielo se mostraba manchado por algunos jirones de nubes rojizas y las copas de los árboles comenzaban a teñirse de amarillo cobrizo.

Se incorporó tiritando de frío, echó varias ramas a la humeante candela y sopló las brasas hasta que se reavivó el fuego. El crujir de las ramas y el calor despertaron a Kanja. Se sobresaltó y lo miró con ojos tristes, como pidiendo perdón por haberse quedado dormido. Julen le sonrío. El día anterior había salvado a su abuelo de una muerte segura y estaba convencido de que había pasado la noche sentado sin despertar a nadie. No entendía de dónde sacaba tanta fuerza y vitalidad.

—*Nzuri asubuhi* —susurró Julen para no despertar al abuelo, y repitió en castellano—: Buenos días.

—*Bunos...*, *bonos...* días —respondió sonriente Kanja tratando de imitar la pronunciación del joven.

El masái sacó de su mochila una de las latas herméticas que contenían café, puso agua a hervir en uno de los laterales del fuego y se marchó. Julen lo vio perderse en la espesura del bosque. Cuando reapareció, quince minutos más tarde, el abuelo ya se había levantado y se disponía a tomar un sorbo de café.

—¿Qué trae en las manos? —preguntó Pablo frunciendo el ceño.

—Algo blanco... —respondió Julen—. ¿Huevos?

—¿Huevos? ¿De dónde los habrá sacado?

Kanja se acercaba orgulloso con la lanza sujeta bajo la axila y un puñado de huevos en cada mano.

De repente el abuelo se puso en pie de un salto, tiró la taza de café y se precipitó hacia el rifle.

—¡Corre! —gritó.

—¿Qué?! —preguntó indeciso Julen.

—¡Corre, maldita sea! ¡No preguntes y echa a correr! ¡Busca un árbol donde puedas encaramarte!

—Pero...

—¡Corre!

Julen no lo pensó un instante más y corrió en dirección a los árboles, pero no había avanzado ni veinte metros cuando oyó un disparo.

Se detuvo y echó la vista atrás.

Un segundo disparo.

¡El abuelo estaba disparando a Kanja!

—¡Suelta los huevos! ¡Suelta los dichosos huevos! —gritaba al tiempo que hacía

ademanes con el brazo.

El masái se había detenido a mitad de camino y lo miraba boquiabierto.

Pablo acerrojó de nuevo el arma, se la echó a la cara y disparó de nuevo apuntando hacia donde se encontraba Kanja.

Julen estaba estupefacto. ¿Por qué disparaba contra el hombre que el día anterior le había salvado la vida? ¿Se había vuelto loco?

Kanja permanecía como una estatua en mitad de la hierba sin entender lo que estaba pasando, hasta que, cuando Pablo volvió a disparar, se giró. En ese preciso instante Julen también vio como algo enorme se dirigía a gran velocidad hacia Kanja agitando las hierbas.

Y lo entendieron. Era un cocodrilo gigantesco de casi cinco metros de longitud y unas fauces enormes, que trataba de darle alcance. El masái soltó rápidamente los huevos en el suelo y echó a correr como alma que se lleva el diablo. El saurio llegó al lugar de los huevos, los olió y continuó tras él. Julen, al descubrir el motivo de los disparos, se dio la vuelta y volvió a correr. El abuelo le secundó gritando:

—¡Corre, corre, corre!

El masái, incomprensiblemente, los adelantó. Sin soltar la lanza, corría dando grandes zancadas y saltos mientras se abría paso entre los matorrales. Julen lo seguía con la vista puesta en sus talones y, cerrando la comitiva, el abuelo. Pablo volvía la cabeza continuamente hacia atrás con la sensación de que de un momento a otro iba a recibir la mortal dentellada del cocodrilo.

Al llegar a los primeros árboles Kanja trepó por una acacia con la agilidad de una ardilla y le extendió el brazo a Julen. La velocidad que traía más el tirón seco hicieron que el chico se encaramara a una rama de un solo brinco. Se giró. El abuelo estaba a escasos diez metros del tronco. Ambos se dispusieron a recibirle con los brazos extendidos.

—¡Corre, abuelo, corre!

El anciano estaba agotado y tenía el cocodrilo muy cerca.

El animal acortaba distancias.

—¡Corre...!

El reptil abrió las enormes fauces mostrando unas filas de dientes enormes.

¡Lo iba a despedazar!

Kanja se puso de pie en la rama y lanzó con fuerza su lanza. La punta incidió sobre la piel dura de la cabeza del cocodrilo y rebotó, aunque al menos consiguió que detuviera la carrera unos segundos, los suficientes como para que el abuelo consiguiera llegar al tronco del árbol. Julen y Kanja le extendieron los brazos. Pablo se aferró a ellos. Resbaló en el primer intento. El cocodrilo se lanzó como un rayo al intuir que se le escapaba la presa. Pablo oía el desplazamiento de la bestia a sus espaldas y el propio nerviosismo le impedía poner los pies adecuadamente en el tronco para subir.

—¡Vamos! —gritó Julen viendo como el animal se le echaba encima.

La bestia abrió la boca antes de llegar, pero en el último instante, cuando ya todo parecía perdido, Kanja estiró el cuerpo hacia abajo en un alarde acrobático, sujetó al abuelo por el cinturón y lo subió de un empujón a la rama. El cocodrilo dio un mordisco en el aire a escasos centímetros de su pie y se estrelló contra el árbol. Luego, puso las patas delanteras en el tronco y soltó contrariado un bramido.

Julen contempló entonces a su abuelo. Sudaba a chorros, temblaba como si tuviera fiebre de cuarenta grados y jadeaba como el fuelle de un herrero. Su rostro estaba desencajado, blanquecino, los ojos acuosos. Intentó decir algo, aunque el resuello se lo impidió. Le vinieron unas arcadas y empezó a vomitar. Kanja y Julen lo sujetaron del brazo por temor a que se cayera, pero él movió la cabeza para dar a entender que se encontraba bien.

### **13. Nuevas noticias de Simba**

*La televisión es el único somnífero que se toma por los ojos.*

Vittorio de Sica

El abuelo caminaba con el miedo aún en el cuerpo, pero sin dejar de gritar. Estaba fuera de sí.

—¡Estás loco, Kanja, estás loco! ¿Cómo se te ocurre robar los huevos de un nido de cocodrilos? Nos has puesto en peligro. Tengo la sensación de que estás perdiendo facultades. Sabes que no se pueden tocar los huevos de un cocodrilo.

Se habían salvado de chiripa. Cualquier tropiezo en la carrera hubiese sido fatal y, si Kanja no llega a acertar con la lanza, casi con toda seguridad, el cocodrilo habría devorado al abuelo. El animal permaneció unos minutos dando vueltas alrededor del árbol hasta que se dirigió lentamente hacia donde Kanja había dejado los huevos, los recogió con la boca, uno a uno, con gran delicadeza y se perdió contoneándose en la jungla. Los tres observaban sus movimientos en silencio y tardaron bastante rato en decidirse a bajar para recuperar las mochilas y seguir su ruta. Al final, optaron por dejar a Julen vigilando en lo alto del árbol, mientras Kanja y el abuelo iban a por ellas y el fusil. Luego se pusieron en marcha en alerta constante por si el cocodrilo los seguía otra vez.

—¿Se puede saber en qué estabas pensando? —continuó el abuelo.

—Los creí abandonados —respondió el masái.

—¿Abandonados? ¿Crees que un cocodrilo iba a abandonar sus huevos?

—Huevos de cocodrilos buenos para el desayuno —se justificó Kanja.

—¡Claro! —saltó Pablo—, y nosotros también podríamos haber sido el desayuno perfecto para esa hembra de cocodrilo.

—¿Pero... el cocodrilo no entierra los huevos? —intervino Julen para acabar con la discusión.

El abuelo realizó una profunda inspiración para calmarse. Sabía que la pregunta de su nieto tenía otra finalidad aparte de la meramente informativa.

—A veces los entierran y otras los colocan en nidos tapados con hojas para que el calor del sol los caliente e incube. Siempre bajo la vigilancia celosa de la hembra o el macho —respondió Pablo—. En este caso, imagino que la riada los ha puesto al descubierto. Pero la verdad, no entiendo por qué uno de los dos no estaba allí.

Dicho esto, Pablo se acercó a Kanja y le echó el brazo por los hombros.

—¿Sabes? Ya no sé si tú estás conmigo porque te salvé la vida o yo contigo por las veces que me la has salvado tú a mí. Perdóname, amigo mío, te debo una disculpa.

Me he pasado un poco. Todavía estoy nervioso y...

Julen dejó de prestar atención a la conversación y sonrió. Conocía muy bien a su abuelo. Sabía que bajo aquella ira momentánea se escondía un alma apasionada, sencilla y comprensiva. Dentro de un momento el masái le respondería con su ya consabido «okay» y...

En ese momento se oyó un lacónico «tam-tam-tam»..., «tam-tam»..., «tam»...

El grupo se detuvo.

El rítmico e inquietante redoble rompía incesante la mañana: «tam-tam»... Los tres prestaron atención y levantaron la cabeza, como si quisieran ver escrito en el aire el significado de aquellos mensajes siniestros.

—El león —señaló Pablo hablando quedo, como para sí.

Un segundo redoble respondió al primero. Aquellas noticias eran difundidas de un pueblo a otro golpeando rítmicamente el tronco de un árbol hueco a intervalos, utilizando un código primitivo.

Sonó un tercer tamtam más lejano.

—El león ha vuelto a atacar —intervino de nuevo el abuelo.

—¿Dicen algo de ti? —preguntó Julen.

—Sí —respondió secamente y evitó continuar—. Debemos dar caza a ese felino asesino, pero no podemos dejar a Élodie en manos de la sabandija de Buku.

Sacó el mapa del bolsillo lateral del pantalón, se agachó, lo extendió sobre la hierba y señaló una franja con el dedo.

—Vamos a atravesar la zona pantanosa. Adelantaremos un día por aquí.

—*Sidi*, este sitio peligroso —apuntó Kanja.

—Lo sé, pero no queda más remedio —respondió el abuelo—. Tenemos que damos prisa para rescatar a tu hija y dar caza al león cuanto antes. Así, Buku no tendrá tiempo para reaccionar ni para preparar algunas de sus maquiavélicas artimañas.

—¿Y los cazadores que ha mandado el Gobierno? —preguntó Julen.

—Seguro que aún no han salido de Kinsasa —respondió Pablo—. Tú has nacido aquí y ya deberías saber cómo funciona este país. El concepto de prisa es distinto.

Aunque evocar esos tópicos le molestaba porque le sonaban a historias lejanas, el joven sí recordaba las continuas quejas de sus padres por la falta de responsabilidad de la mayoría de los funcionarios y trabajadores de los distintos ministerios.

—¿Dónde ha atacado el león? —preguntó Julen.

—Debe de estar cerca, tal vez en el poblado de Kiavinonge. Aquí —señaló en el mapa—. Tendremos que andar con mucho cuidado. Sigamos. Ojalá nos encontremos a ese devorador de hombres.

—No entiendo por qué no le dan caza los propios nativos, abuelo. ¿Tanto miedo le tienen?

—Bueno, todo gira en torno a las creencias ancestrales del espiritismo. Los nativos piensan que esos leones asesinos son espíritus endemoniados que vagan

solitarios por la selva y que contra eso no se puede luchar. Así que, no se van a enfrentar a él abiertamente; le ponen trampas y cebos envenenados, pero los leones se vuelven extremadamente astutos y no se acercan. Si alguien tiene alguna posibilidad de darle caza, somos nosotros.

Reemprendieron el avance con precaución.

Aunque Julen había visto a muchos leones en su vida, la idea de enfrentarse a uno de ellos le ponía los pelos de punta. Mientras avanzaba tenía puesta toda su atención en los sonidos que le llegaban desde el interior de la selva porque eso era lo que más le tranquilizaba. «La jungla es bulliciosa cuando respira tranquilidad. Cuando calla, hay que estar atento porque el peligro acecha», le decía el abuelo. Por su cabeza cruzaron volando entre las ramas media docena de loros. Un enorme lagarto huyó asustado cuando se acercaron y se refugió bajo unas piedras. De pronto, un chillido nervioso eclipsó el resto de los sonidos. Un chimpancé saltaba de una rama a otra y se desgañitaba avisando a los suyos de la presencia de tres intrusos.

Pasado el mediodía atravesaron una llanura yerma y luego se adentraron entre matojos por un estrecho sendero. Delante caminaba Kanja desbrozando maleza con un enorme machete y concentrando toda su atención en dónde ponía los pies. De vez en cuando se detenía y alzaba la mano para ahuyentar a alguna serpiente o señalar un desfile de hormigas legionarias, capaces de devorar a un hombre en pocos minutos. Julen le pisaba los talones asfijado por el calor y la humedad reinante. Estaba exhausto, pero oía las pisadas del abuelo a su espalda y no quería detenerse. Solamente el recuerdo de Élodie en el umbral de sus pensamientos le animaba en aquel lento, arduo y penoso itinerario entre el ramaje. «¿La habría matado el brujo?». No podía pensar así. No. Lo más probable sería que la mantuviera como rehén. Durante un instante trató de dibujar en su memoria los momentos vividos junto a ella, pero lo rechazó enseguida. Tenía que apartarla de su cabeza. Resopló. Notaba la camisa pegada al cuerpo por el sudor. El bochorno, los mosquitos, las moscas y las telas de araña tejidas entre las ramas tampoco ayudaban a caminar.

—¡Vamos a comer algo y a descansar! —anunció el abuelo.

La frase sonó en los oídos de Julen a música celestial. Se deshizo de la mochila y cayó derrengado al lado de un árbol. No recordaba haber sentido tanto cansancio en su vida; por el contrario, el abuelo y Kanja daban la impresión de estar frescos como lechugas. Kanja quiso ir a cazar algo para el almuerzo, pero el abuelo se lo prohibió terminantemente.

—¡Ni se te ocurra moverte de aquí! Esta mañana nos trajiste un cocodrilo para el desayuno y él casi nos desayuna a nosotros. Ahora serías capaz de atraer a una manada de elefantes cabreados e invitarlos al almuerzo. Así que tengamos la fiesta en paz. Además, deberíamos evitar encender fuego para no llamar la atención de las aldeas.

El abuelo abrió unas latas de alubias, las calentó en la marmita de la cantimplora con unas pastillas de queroseno y las repartió entre los tres.

—¿Crees que nos atacarían los nativos?

—Ese brujo maldito les ha metido el veneno del odio en el cuerpo, pero no creo que se atrevan —dijo con la mirada fija en la lejanía.

## 14. Encuentro con el devorador de hombres

*No es más grande el que más espacio ocupa, sino el que más vacío deja en ese espacio.*

Ana Galán

Una hora más tarde emprendieron la marcha siguiendo el cauce seco de un riachuelo. Julen caminaba con la cabeza agachada bajo la sombra moteada de los grandes árboles. La comida le había dado un plus de energía y la selva en aquel lugar no era tan densa. Se sentía bien. Sin embargo, había un goteo constante y molesto del agua acumulada en las hojas de los árboles tras la lluvia.

De repente, Kanja se detuvo y levantó el brazo derecho.

—¿Qué ocurre? —preguntó Pablo y se puso a su lado.

—Huele a muerte. El león está cerca.

—¿Estás seguro?

—Sí.

Los tres permanecieron expectantes. Pablo metió un cartucho en la recámara del fusil y lo acerrojó.

—¡Mira! —señaló el masái estirando el brazo.

A unos veinte metros por delante, en medio de unas hierbas secas, zumbaba una nube de moscas verdes.

—Será cualquier animal.

—No —respondió tajante el masái.

Pablo no solía poner en duda la fina capacidad de Kanja para entender todos y cada uno de los acontecimientos de la selva. A veces decía de él que podía leer las señales como si estuviera leyendo las palabras de un libro.

—Quédate aquí y vigila, Julen —le pidió a su nieto, y se dirigió con el masái hacia allí.

El espectáculo fue desagradable. Entre las altas hierbas estaba el cadáver medio devorado de un hombre.

—El león ha tenido que huir al oímos llegar —señaló el abuelo tapándose la nariz y la boca con la mano.

—*Simba* está sediento. Necesita beber después de comer. Estará en el río.

—Vamos a cubrir a este pobre hombre con piedras; no tenemos nada para cavar y no podemos dejarlo aquí para que se lo terminen los animales carroñeros.

—Si lo hacemos, el león se escapará —aseguró Kanja.

—No importa, ya lo atraparemos. No vamos a dejar a este hombre así, sin una

mínima sepultura. No sería digno.

Pablo no permitió que se acercara Julen para evitarle la espeluznante visión del hombre descuartizado por la fiera, aunque el chico ayudó a buscar piedras y las fue depositando cerca de donde le dijeron. Media hora más tarde habían cubierto los restos humanos con ramas y piedras. Colocaron encima el tronco de un árbol seco para evitar que las alimañas dieran cuenta de los despojos que había dejado el león.

—Fíjate en estas huellas, Kanja —indicó el abuelo con el rifle.

Había dos señales muy claras sobre la hierba seca: un rastro ancho que mostraba claramente el arrastre del cadáver hasta allí y otro más estrecho dejado cuando el león se marchó solitario.

—Va en nuestra dirección —continuó el abuelo—. Con un poco de suerte podremos darle caza.

El masái negó con la cabeza.

—*Simba* ya ha comido hoy. Aunque pasemos por su lado no se moverá, se esconderá. León viejo sabe cuándo esperar y cuándo atacar. Solo si lo sorprendemos podremos cazarlo.

Kanja empezó a seguir el rastro con precaución, tratando de hacer el menor ruido posible. Pegado a él iba Julen, y Pablo caminaba el último con el rifle en la mano, atento a cualquier ruido, movimiento de ramas o indicio que le hiciese sospechar que el león los acechaba. De vez en cuando Kanja se detenía, tomaba un puñado de hierba y lo olía, permanecía concentrado en una huella o sacaba de alguna rama un pequeño mechón rojizo de la melena.

—Ha pasado por aquí. *Simba* sabe que lo seguimos —aseguró el masái.

El abuelo se colocó a su lado.

—¿Por qué dices eso?

—Aquí se ha parado y se ha vuelto para olfatear.

Efectivamente, la senda de hierbas aplastadas que dejaba a su paso formaba un pequeño círculo casi imperceptible para alguien que no fuera un buen rastreador. Ni siquiera el abuelo hubiese reparado en aquel detalle.

—Muy bien, Kanja. Seguramente ya nos habrá olido e intuirá que andamos tras él. Tendremos que ser muy cautos para que él no sea el que nos tienda una trampa y nos dé caza a nosotros.

—¿Crees que es buena idea dar caza al león en vez de continuar la búsqueda de Élodie? —preguntó preocupado Julen.

—Ya te he dicho que va en nuestra dirección. Estamos a media jomada del lago Kivu. Buscaremos una canoa para atravesarlo y llegar al volcán. A partir de ahí...

—¡¡¿No le habrá hecho nada, verdad?!!

Transcurrieron un par de segundos hasta que le contestó.

—Espero que no, Julen; espero que no.

De nuevo siguieron la marcha hasta que alcanzaron una zona de árboles pelados con el suelo cubierto de hojas secas. Allí no solo era más difícil seguir el rastro del

león, sino que era casi imposible no hacer ruido al caminar sobre la broza. Kanja ralentizó el ritmo. Se agachaba, olía el suelo, recogía una ramita rota y se fijaba en el más mínimo detalle. Julen caminaba detrás de él muerto de miedo, convencido de que la fiera iba a saltar sobre ellos. De repente, el masái se detuvo y levantó el brazo con la mano abierta. Pablo corrió hacia él con el rifle preparado.

—El río —indicó—. Las huellas van hacia allí.

A unos cincuenta metros por delante de ellos la vegetación reverdecía con más fuerza en una línea que se perdía por ambos lados. Pablo se situó delante y le quitó el seguro al arma. Caminaban despacio, siguiendo las pisadas, ahora claras porque estaban sobre el fango. Las huellas llegaron a la rivera. Los tres se detuvieron. ¿Dónde estaba? Dieron unos pasos más. Kanja señaló con su lanza otro grupo de huellas. El león había estado allí, había bebido y se había marchado en...

—¡Allí, allí, abuelo! —gritó lleno de nerviosismo Julen.

Pablo siguió con la mirada la dirección señalada por su nieto.

No advirtió nada.

—Debajo del árbol —apuntó Kanja.

Entonces lo vio.

Estaba inmóvil, agazapado junto al tronco de un árbol. La melena rojiza, apenas perceptible, se confundía con el follaje. Sin embargo, sus ojos asesinos, de color amarillento, brillaban como dos luceros en la noche. Los tres permanecieron estáticos, atraídos por la seducción de aquella mirada que los mantenía atrapados. El abuelo reaccionó y se echó el rifle a la cara. Por la mira telescópica, observó los ojos del león, fijos, inmutables, como si intuyeran que iba a dispararle.

El felino se levantó y rugió.

Pablo tomó aire y lo mantuvo en los pulmones para que el movimiento respiratorio no alterase la puntería.

La fiera volvió a fijar su atención en el cazador.

Ambos se miraban cara a cara.

El abuelo situó entonces la cruz del visor en medio de aquellos ojos asesinos.

No podía fallar.

Apretó el gatillo.

Un estampido seco silenció la selva.

Cuando separó la cara del rifle, vio a Kanja corriendo hacia el lugar donde había efectuado el disparo.

—¿Dónde está el león? —preguntó Pablo excitado.

—Se ha escapado por allí —respondió Julen señalando con el brazo estirado.

—¿No le he dado?

—Creo que no. Saltó un momento antes de que dispararas.

—Pero..., pero no es posible.

—Kanja va hacia allí.

Los dos se dirigieron con paso vivo al lugar donde había estado el león.

Al llegar vieron al masái removiendo la hierba de los alrededores.

—¿Qué ha pasado, Kanja? —preguntó Pablo.

—León viejo sabe mucho. Difícil de sorprender —respondió.

—¿Lo he herido?

—No hay rastro de sangre. Saltó antes.

—Vamos a seguirlo —propuso el joven.

—No —respondió el indígena—, ahora no es buena idea. Ahora sabe que queremos matarlo. Tendremos que ponerle una trampa.

—Está bien, lo haremos más adelante. Lo más importante es Élodie. Continuemos. Ya falta poco para llegar al pantano y después al lago. Estamos armando demasiado jaleo y no va a funcionar el factor sorpresa. Buku sabrá ya que vamos en su busca. Aunque, con suerte, creará que únicamente intentamos dar caza al león.

Nada más ponerse en marcha, Julen apreció unos extraños movimientos entre los matorrales. Puso su atención en el compacto muro vegetal. Le pareció ver unas sombras entre el follaje.

—Alguien nos vigila, abuelo —susurró en voz baja.

—Lo sé, llevan rato observándonos. Son los nativos de la tribu Vitshumbi. El disparo habrá llamado su atención. Por desgracia, relacionarán el ataque del león conmigo. Pero no les hagas caso. Si no nos han atacado ya, no lo harán. Vamos, falta poco para que lleguemos al pantano y allí dejarán de seguimos.

De repente, sonaron unos tambores en la lejanía.

Kanja se volvió un momento.

—Nos van a atacar.

—Sí —respondió el abuelo—. Hay que llegar al pantano como sea. Julen, cuando yo dispare, echa a correr detrás de Kanja. Pase lo que pase, no dejes de correr, ¿entendido?

Julen no comprendía qué estaba ocurriendo, pero soltó varios síes consecutivos y se dispuso a cumplir la orden de su abuelo. Sobre todo, porque los arbustos a su alrededor cada vez se movían más. No veía a nadie, pero intuía que detrás de cada uno de aquellos matorrales había un salvaje preparado para atacar. Notó la boca seca y los latidos del corazón cada vez más acelerados. Kanja iba delante avanzando con precaución. Empuñaba la lanza y giraba la cabeza de un lado a otro, atento a cualquier movimiento. Detrás notaba los pasos del abuelo. Un poco más adelante llegaron a un claro de la jungla casi exento de vegetación. Se detuvieron. Julen respiraba con dificultad. Nunca había vivido nada similar. Aquello era más propio de una vieja película de Indiana Jones que de...

—¡Ya! —gritó el abuelo y soltó un disparo al aire.

El estampido resonó seco, como un único y colosal aplauso.

Julen echó a correr siguiendo las zancadas del masái.

A los pocos segundos de la detonación, arrancaron unos gritos descontrolados.

Julen estaba aterrado.

Oyó un segundo disparo y un tercero.

Miró hacia atrás.

Un puñado de indígenas corría tras ellos gritando y empuñando sus lanzas.

—¡Corre, corre! —gritó Pablo.

Al girar de nuevo la cabeza observó que Kanja había llegado al otro lado del calvero y saltaba entre enormes matas de helechos abriéndose paso como mejor podía. Sin embargo, cuando él alcanzó la zona boscosa, el masái se había esfumado.

—¿Qué...?

Sus pies perdieron inesperadamente el contacto con el suelo y cayó tragado por la tierra.

Sensación de vacío en el estómago.

—¡Aaah!

Las ramas pasaban por su lado a gran velocidad.

Un golpe seco en la espalda lo dejó sin respiración.

Rebotó y se precipitó a toda velocidad por una rampa de ramas hasta que, finalmente, se vio de nuevo en el aire y aterrizó en un charco poco profundo, al lado de Kanja. Aún estaba tratando de deshacerse del susto cuando cayó a su lado el abuelo.

—¿Qué..., qué ha pasado? —preguntó aturdido.

El abuelo compuso un gesto de dolor arqueando la espalda y echó un vistazo al entorno.

—Pues... aparte de despistar a esos salvajes, hemos llegado al pantano. ¿Estáis bien?

—Creo que sí —respondió Julen.

Kanja movió la cabeza en sentido afirmativo.

—¿Y tú?

—No sé —dudó Pablo—. Tengo el trasero como si le hubieran pasado una lija del ocho y la sensación de haber bajado a los infiernos.

## 15. Los peligros del pantano

*Los que están siempre de vuelta de todo son los que nunca han ido a ninguna parte.*

Antonio Machado

Aparte de algunos rasguños y contusiones, no habían sufrido daños de consideración. Al otro lado del calvero se encontraba, oculto por la frondosidad de la selva, un cortado de unos treinta metros que Kanja, de no ser por las prisas, habría evitado. Por fortuna, la abundante vegetación les había amortiguado la caída sirviéndoles de tobogán y les había ahorrado unas horas de bajada por el lado opuesto.

—Creo que podríamos aprovechar para comer —sugirió el abuelo arqueando el cuerpo por enésima vez—. Por la tarde llegaremos al lago Kivu, los dominios de Buku. A ver si podemos atravesarlo antes de que anochezca y acampar en la falda del volcán. Dios quiera que ese bichejo tenga allí a Élodie.

El nombre restalló en la cabeza de Julen como un latigazo en el aire.

Solo un día. En un día podría estar de nuevo junto a ella.

Otra vez su corazón y su cerebro entraron en conflicto. Su corazón la echaba de menos, añoraba el calor de su sonrisa, el brillo de su mirada intensa, sus gestos, su sarcasmo... Sin embargo, su cerebro le repetía una y otra vez que estaba loco, que dejara aquellos sentimientos, que no podía enamorarse de su hermana. «No. No era su hermana». ¿Cómo diablos iba a ser el hermano de una masái!? No tenía nada que ver con ella. Bueno, se habían criado juntos. ¡Pero nada más! Eso no la convertía en su hermana.

La conversación que mantenían el abuelo y Kanja le trajo de vuelta.

—Aunque no debemos bajar la guardia, no me fío de ese león —añadió con voz preocupada.

—A *simba* no le gustan las zonas pantanosas —aclaró Kanja—. No le gustan el agua ni los cocodrilos.

Al oír aquello, Julen se enderezó como si le hubiesen puesto un cubito de hielo en la espalda: «¡Cocodrilos!».

El agua estancada del pantano se extendía como una alfombra verdosa hasta donde permitía la bruma. ¿Qué peligros esconderían aquellas aguas putrefactas? Aunque habían salido de la charca y se encontraban sentados en una zona seca, tendrían que atravesarlo. Recordó lo cerca que estuvieron de ser devorados por el cocodrilo cuando Kanja le robó los huevos, y se le erizó el pelo.

—Ese león —continuó el abuelo— sabe lo que se hace. Seguro que en su vida

habrá lidiado ya varias veces con estos lagartos. Ahora ha descubierto que lo seguimos para matarlo y no dudará en atacarnos en cuanto le demos ocasión.

Tres cuartos de hora más tarde reemprendieron la marcha. El sol ya había sobrepasado el cenit y el bochorno y la humedad eran asfixiantes. Julen sudaba y caminaba con dificultad entre aquellas aguas nauseabundas con la mirada fija en las burbujas que emergían del fondo. Como era su costumbre, Kanja iba el primero. Clavaba su lanza en el barro para evitar sorpresas inesperadas. El abuelo cerraba la comitiva con el rifle preparado.

Julen volvió la cabeza. Parecía muy cansado. Tenía el rostro empapado en sudor y muy demacrado.

—Dame el rifle y pasa tú delante —le pidió el chico.

—¿Estás seguro? —inquirió el abuelo.

—Claro.

—Estate atento. Ya no queda mucho para llegar al lago.

El abuelo se tambaleaba de tanto en tanto, pero recuperaba enseguida el equilibrio. Julen lo observaba mientras caminaba y, sin pretenderlo, empezó a rememorar imágenes del pasado; pensó en las veces que había sentido celos de Élodie porque el abuelo le demostraba su cariño. Para su familia nunca hubo diferencias entre ellos. La ropa, los zapatos, los regalos bajo el árbol de Navidad, los caprichos..., todo se multiplicaba por dos. Cuando empezaron a ir a la escuela, el abuelo les buscó un colegio privado en la ciudad y su madre se encargaba de llevarlos y traerlos a Kindu. Élodie siempre había sido una más de la familia y él siempre la había visto como a una hermana. ¿Por qué repentinamente sentía algo distinto? Aquello era una estupidez tremenda y estaba seguro de que después de unos días más de convivencia acabaría, como siempre, hasta el gorro de ella.

—¡Bah!

Con la imagen de Élodie aún al filo de sus pensamientos se percató de su soledad. ¡Se había quedado rezagado! Experimentó un gran vacío en el estómago al comprobar el aspecto del pantano: estaba rodeado por un entramado de árboles secos con las raíces al aire, envueltos en una niebla suave que se aplastaba sobre aquel siniestro bosque. Se detuvo para considerar su situación. ¿Dónde se encontraba?

Miró a su alrededor.

Todo estaba virtualmente desierto.

Con la misma sensación de vacío en el estómago, dio unos pasos, poniendo toda su atención en los sonidos. De repente, oyó unos chapoteos y respiró un poco más tranquilo: el abuelo y Kanja iban delante. Supuso que sería suficiente con alargar la zancada para darles alcance, sin embargo, caminar por aquel lodo pegajoso requería un esfuerzo tremendo y avanzaba lentamente. Vislumbró una especie de sendero seco que discurría paralelo a la marcha unos metros a la derecha. Sin dudarlo, abandonó la zona pantanosa. Enseguida los alcanzaría.

Anduvo un rato agradeciendo la sequedad del terreno. Pero seguía sin tener

referencias del abuelo ni de Kanja. ¿Dónde se habían metido? Se detuvo y prestó atención. El sonido del pantano era muy distinto al de la selva. Allí, el bullicio lo conformaban el croar de las ranas, el ulular del búho pescador, los graznidos de las aves de la ciénaga, el zumbido de los mosquitos...

También recordó los peligros que acechaban esas zonas. Aparte de los temibles cocodrilos, estaban los hipopótamos, las serpientes... ¡Las serpientes! La mamba negra, la víbora del Gabón, la naja, la bufadora... Odiaba las serpientes. En realidad, no soportaba ningún animal que se arrastrara por el suelo. Kanja le había enseñado muchas cosas, incluso cómo cazarlas y cocinarlas, pero no podía evitar ponerse tenso cuando intuía que se encontraban cerca.

Un lagarto enorme salió súbitamente de una palmera de rafia y subió por un manglar.

Le pareció oír otro chapoteo a su izquierda. Seguro que eran el abuelo y Kanja. ¿Se estaban alejando?

—¡Abuelo! ¡Kanja! —voceó y contuvo la respiración.

Nada. Las ranas callaron un momento y enseguida retomaron su escandaloso e incesante croar.

Los gritos podían llamar la atención de los cocodrilos, pero no le quedaba más remedio.

—¡Abuelo! —gritó de nuevo.

Dio un impulso para echar a correr, pero sus piernas se negaron a despegarse del suelo.

—¡Qué...!

Se inclinó y vio sus rodillas hundidas en el barro. Cayó hacia delante.

Sus manos se enterraron.

Rápidamente se enderezó.

En ese momento fue consciente de que su cuerpo se sumergía poco a poco en una tierra que parecía mantequilla. Algo lo succionaba desde las profundidades, como si unos tentáculos agarrados a sus tobillos tirasen de él hacia abajo. Aquello eran..., eran...

—¡Arenas movedizas!

Echó un vistazo apresurado a su alrededor y prestó de nuevo atención.

Ahora ni siquiera oía los chapoteos lejanos de Kanja y del abuelo.

—¡Abuelo! ¡Kanja! —gritó más fuerte.

Los ruidos de la ciénaga ahogaron el eco de sus gritos. De pronto, pensó en su padre.

«Dame la mano, Julen», le pedía sonriente mientras le ayudaba a salir de la piscina.

—¡No, no, no!

Se revolvió enfadado, colérico, aterrado.

Por más que trataba de deshacerse del barro que le atenazaba las piernas, más se

hundía. Unos segundos más tarde ya le llegaba a la cintura.

—¡Socorro, socorro! —esta vez chilló con la fuerza que da la desesperación.

Silencio.

—Voy a morir —se dijo impotente.

Por su cabeza pasaron rápidamente una sucesión de caras: su madre, su padre, Élodie, Melany...

¡El rifle del abuelo!

El rifle se había hundido también, pero consiguió ver la hebilla de la correa cerca de él. Tiró de ella y consiguió sacar el arma. Sin pensarlo, le quitó el seguro y soltó un disparo al aire.

El estampido retumbó igual que un petardo en medio de la madrugada. Se hizo el silencio. Unos segundos más tarde se oyeron unos chapoteos y voces:

—¡Julen, Julen!

—¡Aquí, aquí! ¡Por favor, aquí!

Volvió a disparar el arma.

—¡Sigue hablando, sigue hablando! —gritaba el abuelo.

—Aquí, aquí...

Cuando consiguieron encontrarlo, el muchacho ya estaba enterrado hasta los hombros. El abuelo corrió hacia él, pero la mano de Kanja lo detuvo. El masái empezó a golpear el suelo repetidamente con la parte inferior de su lanza mientras daba pequeños pasos.

—Deprisa, Kanja, deprisa. Se lo está tragando la ciénaga —dijo con angustia.

Cuando la lanza se hundió en el terreno, el masái se echó al suelo. Le pidió al abuelo que le sujetase los pies y reptó con cautela por encima de las arenas hasta que consiguió agarrar el fusil que Julen mantenía en alto. Tiró de él lentamente y, cuando consiguió alcanzar sus manos, lanzó el arma hacia atrás, donde se encontraba el abuelo. Entonces comenzó a izarlo dando tirones. Como apenas tenía apoyo, solo conseguía sacarlo unos centímetros cada vez. Era como si alguien estuviese ejerciendo una fuerza contraria desde abajo. Con gran esfuerzo logró sacar el cuerpo de Julen hasta la cintura.

—Sube por encima de mí —le pidió entonces.

El chico se agarró primero a los brazos y luego a los hombros del masái hasta que poco a poco fue saliendo de aquella trampa letal. Cuando llegó a su cintura, el abuelo logró asirlo por las manos y arrastrarlo. El cuerpo del muchacho fue pasando por encima del de Kanja hasta que salió fuera.

Abuelo y nieto se fundieron en un gran abrazo después de tanta tensión.

—Julen, Julen. ¿Estás bien? ¿Cómo he podido...?

—Estoy bien, abuelo, Estoy bien.

—Podías haberte ahogado y...

—¡Kanja! —gritó Julen, y se separó de Pablo.

—¿Qué?!

El masái movía las piernas con la cabeza hundida en el barro. Trataba en balde de apoyar las manos para incorporarse, pero se hundían cada vez más. Rápidamente los dos tiraron de él hasta sacarlo fuera. Tosió y escupió barro. Respiraba con dificultad. El abuelo se quitó el pañuelo del cuello y con agua de la cantimplora le limpió los ojos, la nariz y la boca. Había permanecido con la cabeza metida en las arenas, sirviendo a Julen de soporte, sin mover ni un solo músculo hasta que salió fuera.

Pablo le tomó el pulso en la muñeca; los latidos eran regulares.

—Se pondrá bien —afirmó.

Pablo estaba seguro de que no hubiera dudado en ahogarse para salvar a su nieto.

—Gracias, Kanja. Has salvado a mi nieto y...

El masái esbozó una de sus habituales sonrisas.

—*Okay*.

Se puso en pie, recogió su lanza y echó a caminar dando algún que otro tumbo.

El abuelo permaneció quieto observando su andar bamboleante.

—Definitivamente, este hombre está hecho de hierro —murmuró entornando los ojos.

## 16. Vertidos en el lago Kibu

*El sabio puede cambiar de opinión; el necio, nunca.*

Immanuel Kant

Unas horas más tarde el entramado de la selva se abrió por fin y apareció un enorme lago de cuyas aguas el sol, ya cercano al horizonte, arrancaba brillantes destellos dorados.

—Creo que nunca te había traído aquí, Julen.

—No. No recuerdo haber llegado tan lejos. Siempre decías que era un lugar prohibido.

—Y lo es. No solo porque el brujo tiene atemorizados con maldiciones a los nativos para que no se acerquen por aquí, sino también porque el volcán Nyragongo es uno de los más activos de Africa. ¿No hueles?

Julen inspiró. Había cierto olor a huevos podridos.

—Huele a...

—Dióxido de azufre —le interrumpió su abuelo—. El volcán lo libera a la atmósfera. Es muy peligroso. Aunque la última erupción fue en 2010, podría escupir lava en cualquier momento.

—¿Y aquí vive Buku?

—Hummm... Sé que tiene una cueva por aquí, detrás de una catarata llamada «la Fuente del Diablo». Él asegura que es hijo del volcán, una más de sus artimañas. A lo largo de mi vida he conocido a varios chamanes y curanderos dedicados a predecir el tiempo, a marcar el momento de las siembras, a curar las fiebres y las diarreas con plantas y brebajes... Pero este nunca me ha gustado. Manipula y tergiversa todo lo que hace. Es un auténtico farsante y...

Pablo desvió la mirada hacia su amigo. El masái estaba de pie, apoyado en su inseparable lanza, con la vista perdida en el infinito. Alguien que no lo conociera diría que estaba ausente, sin embargo el abuelo sabía que no, que su corazón estaba herido por el secuestro de su hija.

—No te preocupes, amigo —le animó el abuelo palmeándole la espalda—, te aseguro que la encontraremos.

Kanja se giró y esbozó una leve sonrisa.

Ambos se contemplaron un instante.

«Dentro de ese pecho late toda la grandeza del pueblo masai», pensó el abuelo.

—¿Dónde está el volcán? —preguntó Julen llamando su atención.

—Mañana lo veremos. Se encuentra a pocos kilómetros de aquí; en cuanto giremos en aquel recodo, aparecerá como un...

Pablo se detuvo en sus explicaciones y permaneció con el brazo estirado,

señalando un punto del lago.

—¿Pero qué demonios es aquello?!

Una especie de enorme barcaza asomaba su proa procedente de la parte oculta del lago y se desplazaba lentamente.

El abuelo se quitó la mochila, hurgó dentro y sacó unos pequeños prismáticos.

Julen se colocó a su lado. Kanja también se acercó y se puso la mano sobre las cejas a modo de visera para ver mejor.

—Están tirando algo al lago. Son... ¿bidones? —dudó el abuelo.

Ajustó las lentes de los prismáticos.

—¿No puede ser! —exclamó.

—¿Qué ocurre? —preguntó intrigado Julen.

—Son bidones, sí. Hay varios camiones cargados en la orilla opuesta. Seguramente los suben a bordo de la barcaza para lanzarlos después al fondo del lago.

—¿Y de dónde salen esos bidones? ¿Qué sentido tiene que los tiren en el lago? —preguntó Julen asombrado.

El abuelo tardó en contestar. Bajó los prismáticos e inspiró profundamente.

Julen lo observó con atención. Sabía que su abuelo no era fácilmente impresionable, pero su expresión había cambiado. Estaba pálido, había achicado la mirada y contraía una y otra vez los músculos de la mandíbula.

—Me estoy temiendo lo peor —señaló hablando para sí—. Apuesto a que son residuos tóxicos.

—¿Residuos tóxicos?! —se alarmó el joven.

—Sí, es un negocio que produce enormes beneficios —explicó con voz triste—. Se pagan ingentes cantidades de dinero por almacenarlos. Las empresas con pocos escrúpulos los dejan en países subdesarrollados, negociando con las guerrillas a cambio de armas. A veces por nada. Bastaría con que un barco entrase por el río Congo, dejase los bidones en una orilla y luego estos camiones los transportaran hasta aquí y los arrojaran en medio del lago. ¿Quién iba a enterarse? Cualquier escape de estos residuos se confundiría con las emisiones del volcán. Las minas de Shinkolobwe están un poco más al sur, no muy lejos de aquí. Tal vez esos residuos procedan de allí.

—¿Qué minas son esas? —volvió a preguntar Julen.

—Minas de uranio, tristemente conocidas porque de ellas salió el uranio para las bombas de Hiroshima y Nagasaki.

—Nunca me habías hablado de estas cosas...

—Nunca habías tenido la edad que tienes ahora, Julen.

Pablo se giró hacia Kanja.

—Hoy no enciendas fuego —le pidió—. Si nos descubren, tendremos serios problemas. Esta noche trataremos de averiguar qué contienen esos bidones.

—¿Cómo vamos a llegar hasta la barcaza esa? ¿Nadando? —preguntó Julen.

—No —respondió su abuelo en tono tranquilo—. Antes de la última erupción, los nativos de las tribus Kiavinonge y Vitshumbi solían pescar aquí, así que será fácil encontrar alguna de sus canoas en la orilla.

—¿Ya no pescan?

—Buku ha convertido este lago en un lugar sagrado y, por lo tanto, prohibido.

—¿Y los de la barcaza?

—Esos seguramente sabrán más de dinero que de espiritismo.

A la caída de la tarde y después de un paseo encontraron media docena de pequeñas embarcaciones varadas en la orilla, troncos de madera vaciados, demasiado pesados para transportarlos hasta el poblado.

Esperaron dentro de la selva y, cuando la luz turbia y gris del crepúsculo desapareció totalmente del horizonte, se acercaron de nuevo a la orilla. La superficie del lago se mostraba negra y tranquila, como una fina epidermis que cubriera las incógnitas y los peligros de su interior.

Entre los tres arrastraron una de las canoas y la metieron en el agua. Julen empezó a sentir miedo. Levantó la mirada. Un grupo de ondas fugitivas se alejaba hacia el centro del lago. Kanja se colocó delante; él, en medio y su abuelo, detrás. Comenzaron a bordear el lago remando sigilosamente. El movimiento de unas nubes gomosas y densas contribuía a que la luz de la luna y las sombras cayeran por turno sobre las aguas, lo que les proporcionaba cierta cobertura.

El silencio era casi total. Solo de vez en cuando se dejaba oír el resoplido de algún hipopótamo y paraban de remar. Chocar contra uno de ellos hubiese tenido consecuencias mortales.

Antes de llegar al recodo donde debían girar, Pablo le tocó el hombro a su nieto.

—Mira —dijo en voz baja y señalando con el brazo estirado.

Julen levantó la cabeza. Por encima de los árboles asomaba majestuosa la sombra tétrica, espeluznante y colosal del volcán Nyragongo.

¿Allí estaba Élodie?

El viento había cambiado. Ahora el olor a azufre se había intensificado. Aquello era casi irrespirable. La idea de que a Élodie le hubiese sucedido algo le atenazaba la garganta.

Sin pretenderlo, empezó a remar más fuerte.

—Estás haciendo demasiado ruido —le recriminó el abuelo bajando el tono de voz—, los tenemos ahí delante.

Habían llegado al final del recodo. La barcaza se encontraba anclada a pocos metros de la orilla, donde se apreciaba un campamento profusamente iluminado por generadores. Alrededor de una gran fogata había un grupo de hombres que, por los gritos, bailes y aspavientos, parecían borrachos.

—No debe de haber nadie en la barcaza —cuchicheó Pablo—. Vamos a acercarnos.

Silenciosamente se aproximaron hasta el costado de la embarcación. Era una

gabarra plana, con las bordas muy bajas y el puente de mando en la popa, parecida a las que usan en los puertos para la limpieza de los fondos marinos.

—Voy a subir —dijo el abuelo—. A ver si hay algo que nos ponga sobre la pista de la compañía que está detrás de todo esto. Tal vez haya algo escrito en los bidones.

—Yo lo haré, abuelo.

Antes de que Pablo pudiese reaccionar, Julen se había puesto de pie y mantenía el equilibrio en la precaria canoa.

—Pero...

A Pablo y Kanja no les quedó más remedio que sujetar con fuerza la canoa al costado de la barcaza para evitar volcar, mientras Julen saltaba a bordo.

El muchacho permaneció agachado unos instantes, examinó el entorno y escuchó con los cinco sentidos los sonidos procedentes del interior.

Nada.

De vez en cuando leves golpes de la canoa contra el costado de la gabarra.

Risas y cánticos procedentes del campamento tamizados por la distancia.

A lo largo de uno de los lados de la cubierta había un entramado de tuberías y en el centro una pequeña grúa. Ningún letrero, ninguna señal... Divisó entonces unos cuantos bidones, sellados con abrazaderas metálicas, pegados a la cabina de mando. Se deslizó oculto por la oscuridad y con gran esfuerzo separó uno de ellos. En un intervalo luminoso de la luna pudo ver estampada, en color negro, una calavera cruzada con dos tibias y un letrero en inglés: *DO NOT OPEN. TOXIC INSIDE.*

Julen regresó hasta donde estaban el abuelo y Kanja.

—Tenías razón. Están llenos de productos tóxicos —confirmó en voz baja.

—¿Qué productos? —preguntó el abuelo.

—No lo sé.

—¿Hay algún logotipo? Algo que nos indique la procedencia de esas sustancias.

Julen volvió otra vez sobre sus pasos, levantó un poco el bidón que había separado de los demás y comenzó a girarlo. Lo mantenía en equilibrio para poder ver la parte opuesta, pero, de repente, el bidón hizo un giro extraño y se desplomó estrepitosamente; después, rodó hasta la borda y cayó al lago levantando un surtidor enorme de agua.

Los tres se paralizaron.

Los cánticos y el alboroto del campamento callaron.

—Rápido, sal de ahí —le apremió el abuelo.

Julen echó a correr por la cubierta de la barcaza y, cuando estaba a mitad de camino, un potente foco lo iluminó.

Se agachó.

—¡Vamos, vamos, sal de ahí, rápido! —le urgió Pablo.

Alguien gritó desde el campamento.

Un disparo rompió la noche. Luego otro y otro y...

Los impactos sacaban astillas a la cubierta...

Julen se lanzó como un rayo hacia la canoa, pero antes de alcanzar la borda tropezó con una de las tuberías y cayó al lago.

—¡Julen! —se sobresaltó el abuelo.

El chico sacó rápidamente la cabeza del agua.

—¿Estás bien?

—Sí —respondió escupiendo.

Una nueva andanada de disparos se desperdigó por los alrededores, impactando algunos de ellos en el costado de la piragua.

—¡Vamos, vamos, vamos! —apremió el abuelo—. ¡Hacia la orilla, nada hacia la orilla, la canoa es demasiado estrecha para poder subirte!

Ante la imposibilidad de embarcarse, empezó a bracear. La canoa navegaba a su lado protegiéndolo de los disparos que continuaban sembrando de balas el agua. Algunas pasaban silbando por encima de sus cabezas y se perdían en la noche; otras se hundían soltando un chasquido; las menos se incrustaban con un golpe seco en la embarcación.

Mientras nadaba, era consciente de que su abuelo y Kanja le servían de parapeto. Temió que detrás de cualquiera de aquellos silbidos, chasquidos o golpes cayera el cuerpo de uno de los dos. Por fortuna, el alcohol ingerido por los componentes del campamento y la oscuridad reinante estorbaron la buena puntería. Cuando lograron alcanzar la orilla estaban exhaustos; sin embargo, vararon la embarcación y se internaron en la selva.

## 17. Los ojos de simba

*El que domina a los otros es fuerte; el que se domina a sí mismo es poderoso.*

Lao-Tsé

Caminaron sin parar a través de la tenebrosa y tupida selva mientras oían los disparos procedentes del otro lado del lago. Se oían gritos y risas, señal de que no se habían tomado en serio su incursión.

Kanja los guiaba en la oscuridad como si fuera de día, mientras que Julen le seguía a duras penas, sin saber dónde ponía los pies y preguntándose cómo podía orientarse en medio de la noche sin tropezarse con nada. De pronto realizaba un giro de noventa grados o saltaba gritando «¡cuidado!» o se detenía en seco para exclamar: «¡Despacio, serpiente!». A lo mejor era verdad eso de que cada masái estaba poseído por el espíritu de un león.

Al cabo de veinte minutos, el abuelo se detuvo jadeante.

—Vamos a buscar un lugar para pasar la noche —propuso, tratando de recuperar el aliento—. Estamos muy cerca de la cueva de Buku. Me temo que mañana tendremos un día duro.

—Los bandidos de la barcaza podrían alertar al brujo de nuestra presencia —señaló Julen.

—Esos bandidos habrán pensado que han sido unos nativos quienes se han acercado a robar. En cuanto a Buku..., sí, esa alimaña seguro que ya está al corriente de nuestros movimientos.

—Entonces podría hacerle daño a... —se alarmó Julen.

—Al contrario —le interrumpió su abuelo—. Lo conozco muy bien. Querrá negociar algo con nosotros, ya lo verás. Él también me conoce a mí y sabe que, si le toca un pelo a Élodie, no tendré compasión.

Al fondo de una vaguada, Kanja encontró una oquedad entre dos grandes piedras donde encender fuego sin ser vistos y preparó un exquisito caldo con algunas hierbas que llevaba en la mochila. Los tres se sentaron en torno a la hoguera en silencio, sorbiendo aquel líquido caliente que, sobre todo a Julen, le hacía entrar en reacción después del indeseado baño nocturno. De pronto, Pablo dejó el recipiente en el suelo, se puso de pie de un salto y exclamó:

—¡Maldita sea!

Julen y Kanja lo miraron con expectación y asombro.

—¿Qué pasa?! —preguntó Julen.

—Estoy pensando en lo que has dicho antes, cuando has supuesto que los

bandidos de la barcaza alertarían a Buku de nuestra presencia.

—¿Y...?

—Apuesto a que ese desecho de brujo tiene algo que ver con los vertidos tóxicos.

—No te entiendo, abuelo.

Pablo se levantó y dio varios paseos restregándose las manos, se sentó al otro lado del fuego, frente a su nieto, y permaneció con los ojos fijos en las ascuas. Su mirada estaba llena de inquietud.

—¡Claro! —dijo como si Julen y Kanja no estuvieran allí—. ¡Ahora lo entiendo! Por eso ha creado este montaje del lugar prohibido y ha estado alejando a todo el mundo de este sitio con el cuento de que no había que molestar al dios del volcán. «Yo soy el único que puede estar allí, yo soy el hijo del volcán»... ¡Maldita sabandija!

Sacudió la cabeza, hundió un momento la cara entre sus manos y, tras unos segundos, la levantó.

—¿Cómo no me he dado cuenta antes? —se preguntó—. Esa cucaracha me ha estado engañando todo este tiempo. Las preguntas del millón son: ¿qué cantidad de residuos tóxicos ha vertido ya? ¿Cuánto tiempo lleva echando esos bidones al lago? ¿Qué daño irreparable habrá causado a estas alturas?

Se puso de nuevo en pie y emprendió otra vez los paseos.

—Entre todos se van a cargar este maravilloso país, se lo van a cargar. Alguien dijo una vez que la riqueza de África es su ruina, y este país es un claro ejemplo. El Congo está maldito por sus riquezas. Las minas de *coltán* están esquilmando a la población de gorilas; el oro, los diamantes, el cobre, el caucho y el uranio han costado más vidas que las dos guerras mundiales...

Pablo estaba envuelto en su discurso cuando, de repente, sonó un rugido.

Guardó silencio.

—*Simba* —murmuró Kanja.

El masái se incorporó muy despacio, alzó su lanza y sondó la noche. El abuelo también agarró el rifle y le quitó el seguro. Julen se colocó a su lado.

—Puede que sea otro león —señaló Pablo.

—No —aseguró Kanja—, es el devorador de hombres. Reconozco rugido. Ya nos ha oído. *Simba* cree que vamos a darle caza. Nos perseguirá y tratará de cazarnos él.

Un nuevo rugido rompió la quietud de la noche.

—¡Mira! —señaló el masái estirando el brazo.

La débil y oscilante claridad de la fogata reflejó dos inquietantes puntos amarillentos que destacaban sobre el sombrío follaje, como dos luciérnagas gigantes. Eran los ojos del asesino.

Pablo se echó apresuradamente el rifle a la cara y apuntó, pero Kanja le colocó la mano encima y se lo bajó.

—¿Qué haces?

—No. Si disparas, los del barco vendrán. *Simba* nos está retando. Él no ataca si

no hay espacio abierto. Las rocas y el fuego nos protegen.

—¡Se marcha! —alertó Julen.

Cuando el abuelo y Kanja se giraron, observaron un movimiento de ramajes hacia el interior. Los dos puntos amarillos ya no estaban.

—Está bien —comentó el abuelo—, pero hoy tendremos que reforzar la vigilancia.

Julen se tumbó bocaarriba con las manos tras la nuca, mirando al cielo. Aún tenía la ropa húmeda, pero con el calor de la hoguera apenas lo notaba. Las nubes habían desaparecido para dar paso a un cielo raso repleto de estrellas. Su cerebro le impuso la imagen de Élodie. El abuelo aseguraba que el brujo no se atrevería a tocarla, pero él no lo tenía nada claro.

Cerró los ojos.

«Élodie, Élodie».

Tenía ganas de acabar con todo aquello, de volver a Estados Unidos. Allí sería fácil olvidarla. Pensó en los acontecimientos vividos: la riada, el cocodrilo, el león, el ataque de los nativos... Nadie de su pandilla yanqui creería aquella alucinante, sorprendente e insólita aventura. Ni siquiera Melany.

«Melany».

¿En qué parte de su corazón se encontraba? ¿Estaría aún allí o ya había sido expulsada? ¿Realmente había estado enamorado de ella?

Al abrir los ojos, se topó con el manto estrellado. «Élodie». Durante unos pocos segundos pintó en su memoria recuerdos de la infancia junto a ella, como cuando se tumbaban por la noche en el suelo frente a la entrada de casa para contar las estrellas. «Tú cuenta desde esa brillante para allá; y yo, desde ahí hacia el otro lado»...

—Mañana, mañana. Mañana estaré de nuevo con ella —susurró en voz muy baja.

## 18. El Nyragongo

*No pases el tiempo con alguien que no esté dispuesto a pasarlo contigo. No hagas nada que no quieras hacer, no emplees tu tiempo en nadie que no lo haría por ti y, no te esfuerces si crees que caerá en saco roto tu esfuerzo. Haz solo aquello que te haga feliz...*

Gabriel García Márquez

Al rayar el día se pusieron en marcha. Julen caminaba con la vista en el suelo. Había dormido mal y, aunque la frondosidad de la jungla no era tan espesa y se movían con cierta holgura, el cansancio lastraba cada vez más sus pasos. La falta de conversación de Kanja y de su abuelo le hizo suponer que ellos se hallaban en las mismas condiciones. Seguramente, los tres acusaban ya el fin de su accidentado viaje y la incertidumbre de lo que se iban a encontrar en la cueva del brujo.

Levantó la cabeza. Súbitamente se detuvo. Un escalofrío de horror le recorrió la columna vertebral al contemplar entre un claro de las copas de los árboles la mole grisácea del volcán Nyragongo. Su cráter se erguía tenebroso hacia el cielo emitiendo volutas de humo. Parecía que acabara de emerger desde las entrañas de la tierra y de un momento a otro empezaría a vomitar su letal lava incandescente. El aire seguía impregnado de las emanaciones sulfurosas y se hacía cada vez más irrespirable.

—Ya casi hemos llegado, vamos —le instó el abuelo a continuar, palmeándole la espalda, y le echó el brazo cariñosamente sobre el hombro.

—¿Ahí vive el brujo? —preguntó Julen señalando el cráter del volcán.

—No creo. Es imposible vivir al lado de un volcán mucho tiempo. Pero sé que hay una gruta detrás de la cascada de la Fuente del Diablo. Buku asegura que vive allí, dentro del volcán. Es un lugar aterrador. Hace ya tiempo estuve y te aseguro que no me quedaron ganas de volver. Por algo lo llaman así.

—¿Para qué fuiste?

—Siguiendo a Buku. Quería desentrañar una de sus mentiras. Lo cierto es que lo seguí, lo vi entrar en la cueva, acampé una noche entera en los alrededores y a la mañana siguiente salió.

—Entonces es verdad que vive allí.

Pablo arrugó el entrecejo y chasqueó la lengua antes de contestar.

—No es posible, no —aseguró alargando el no, para enfatizar la negativa—. Es inviable que un humano viva en ese lugar. Ahí solo sobreviven sapos, ranas y

serpientes. Tiene que haber algún truco. A la mañana siguiente le perseguí hasta el poblado de Kiavinonge y ya no volví más a ese lugar. Ahora me arrepiento de no haber indagado dentro de esa cueva cuando él se marchó —Pablo movió la cabeza y continuó—. Cuando Buku quiere atemorizar a los habitantes de Virunga, los reúne allí. Él sale de la gruta y arenga a los atemorizados indígenas desde una plataforma que hay en medio de la cascada. El miedo hace el resto. Si Buku les pide que no se acerquen al lago para no molestar al dios del volcán o que vayan a por mí o cualquier otra cosa que se le ocurra, te aseguro que no dudarán en obedecerle. El miedo es tan atrevido como la ignorancia, Julen.

—¿Por eso tú crees que es allí donde tiene a Élodie?

—Estoy convencido.

Kanja se estiró y Pablo percibió un pequeño temblor en el labio inferior del masái. Estaba nervioso.

Se deslizaron unos instantes de silencio.

—Estoy deseando verla —comentó Julen al fin.

Su abuelo lo contempló con dulzura y le respondió esbozando una media sonrisa:

—Lo sé.

Después de una hora caminando, el paisaje adquirió repentinamente un aspecto desolador: se trataba de un pastizal sin un solo árbol que proyectara un atisbo de sombra, extendido hasta la falda del tétrico volcán.

El masái ralentizó el paso, esgrimió la lanza con las dos manos y empezó a mover la cabeza a un lado y a otro.

Pablo se adelantó y se colocó a su altura.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Buen sitio para emboscada de *simba* —respondió sin dejar de otear los alrededores.

—Pero el abuelo ha dicho que aquí solo viven ranas, sapos y serpientes. No hay más animales, Kanja. El olor es insoportable.

—*Simba* no vive aquí; *simba* nos está siguiendo —respondió.

Aquel era el lugar perfecto para que un león se escondiera. El felino podía permanecer horas acechando sin apenas mover un solo músculo. El color de la melena se camuflaría con la hierba seca y no se percatarían de su presencia hasta estar a unos metros de él. Para entonces, ya sería demasiado tarde.

—Tú vigila detrás, yo vigilo delante —le pidió a Pablo.

Pablo le quitó el seguro al rifle y se situó el último, atento, con el arma preparada para utilizarla. Sin embargo, atravesaron la llanura sin que el león diera señales de vida. Al cabo de una tensa caminata se silueteó a lo lejos una espesura extraña, compuesta por árboles medio secos, de poca altura y una intrincada red de ramas espinosas, con púas de cuatro o cinco centímetros, entrelazadas entre sí.

Los tres se detuvieron.

—No se puede pasar —dijo Kanja.

—Sí se puede —le contradijo Pablo—. Yo ya he estado aquí y, aunque fue hace mucho tiempo, recuerdo que un poco más abajo hay un riachuelo. Si lo subimos, llegaremos a la catarata de la Fuente del Diablo. Es el único paso.

Bordearon el muro infranqueable de espinos hasta que se toparon con un arroyo de aguas nerviosas y claras que surgía del entramado.

—Este es el paso, me lo enseñó un nativo —aclaró Pablo—. Por aquí podremos adentrarnos hasta la cascada.

—¡Mira! —señaló el masái con su lanza—. *Simba* ha estado aquí.

Junto al arroyo había unas heces y varias huellas que llegaban y se marchaban.

—Por eso no ha estado acechándonos —dijo el abuelo pensativo, al tiempo que movía la cabeza.

Julen lo interrogó con la mirada.

—Mete la mano en el riachuelo —le pidió su abuelo.

Julen se agachó y metió la mano. El agua estaba templada.

—No ha debido de gustarle la temperatura del agua de este arroyo —comentó el abuelo—. Estaría esperándonos, pero le ha podido la sed y se ha marchado.

—*Simba* volverá —aseguró el masái.

—Está bien, cuando regresemos, ya tomaremos precauciones. Pero ahora vamos a rescatar a Élodie. Yo iré delante, conozco el camino. Mucho cuidado con las púas; aunque no son venenosas, cuando se clavan en la carne suelen romperse y se necesita una intervención quirúrgica para sacarlas. Caerse sobre uno de estos matorrales puede ser nefasto. El pasadizo es angosto y bajo al principio, pero luego se ensancha.

Sin más dilación se adentraron lentamente a través de una especie de túnel abierto entre el entramado de púas, siguiendo las templadas aguas del arroyo. Caminaban encorvados, acompañados del alegre sonido del riachuelo y de la sinfonía desacompañada del croar de las ranas. Cada uno iba atento al lugar donde posaba los pies para no resbalar. De vez en cuando el abuelo levantaba una rama cruzada en el camino, se la pasaba con cuidado a Julen y este, al masái. Cincuenta metros más adelante la urdimbre se abrió formando una amplia bóveda que les permitió andar estirados, pero cayó sobre ellos una niebla repentina que bajaba en densas vaharadas y los envolvía como si fuera un manto de gasa.

—Proviene del volcán —aseguró el abuelo dirigiéndose a su nieto—. Por extraño que parezca, es vapor de agua. Por el efecto Venturi baja deslizándose por la falda del cráter y se queda atrapado entre las ramas. Debemos tener cuidado porque es muy fácil despistarse. No pierdas el contacto visual conmigo y pisa donde yo pise.

Los tres se desplazaban con cuidado, sin perder al compañero que llevaban delante. Julen recordó el incidente del pantano. Esta vez no se quedaría rezagado; perder el rastro de su abuelo podía suponer un problema. Sentía la tensión y notó como el agotamiento había hecho mella en sus piernas. Aunque no se percibía por la bruma, empezaban a subir una cuesta empinada. Le costaba respirar debido a la altura y a aquel hedor a alcantarilla atascada que iba en aumento. Le dolían los pies.

De pronto, casi se tropieza con su abuelo, quien se había parado y tenía levantado el brazo derecho para indicar que se detuvieran.

—¡Kanja, acércate! —dijo Pablo mientras blandía el rifle.

El masái se colocó a su lado.

—Creo que tenemos compañía —le susurró.

Julen se pegó a ellos, atento a cualquier movimiento.

Los tres permanecían con la vista puesta en las ráfagas de niebla. En uno de aquellos intervalos el abuelo señaló algo.

—¿Has visto? —le preguntó a Kanja.

—Sí, está ahí delante —respondió él.

Julen no veía nada. ¿Era el león? Paralizado a causa del pánico ocasionado por su propia pregunta, contuvo el aliento y esperó agazapado entre los dos. Miró a su abuelo y a Kanja. Ambos parecían dos estatuas de mármol. Durante unos eternos segundos, fijó la vista en la niebla convencido de que de un momento a otro iba a surgir la figura del león asesino.

Otra ráfaga de aire.

La niebla se disipó unos instantes.

—Se marcha —aseguró Kanja.

—Habrá comido ya —dijo el abuelo—. Aquí no tiene problemas para darse un festín diario de ranas y sapos.

Julen se preguntaba qué animal sería el que se marchaba. Seguía sin saberlo.

Aguzó la mirada escrutando el velo blanco que los envolvía.

Nada.

Una pared blanquecina en movimiento no le permitía ver a un metro por delante de sus narices. Otra pequeña ráfaga de aire disipó un poco la niebla y entre los jirones de gasas distinguió algo deslizándose hacia el interior del bosque. Por fin lo entendió: una boa enorme salía del arroyo.

Respiró tranquilo. Aunque seguro que también era peligrosa, la temía menos que al león.

Poco a poco se fue despejando el paisaje. La niebla y el entramado de púas quedaron atrás. Al fondo apareció una montaña negra de piedra pómez: la falda del Nyragongo, un lugar solitario y aterrador barrido por un viento pertinaz que silbaba continuamente entre las rocas. Julen levantó los ojos. A unos cientos de metros sobre su cabeza, se elevaba enigmático y amenazador el cráter del volcán.

Pablo se caló bien el sombrero, sacó un pañuelo del bolsillo lateral y se lo entregó a Julen:

—Ahora vamos a cubrirnos la boca y la nariz con el pañuelo, o no seremos capaces de andar ni cincuenta metros. El polvo en suspensión puede ser tóxico. Ya casi hemos llegado, detrás de aquel recodo está la cascada. ¡Venga, vamos!

Siguiendo siempre el riachuelo, bordearon la falda del volcán sorteando obstáculos hasta un lugar tenebroso y espectacular: una pared vertical con forma de

un raro embudo de color negro, erosionado y brillante, cortado por la mitad. De la parte más estrecha, a unos treinta metros de altura, caía una hermosa y no menos misteriosa cascada sobre un lago de aguas tranquilas, oscuras y brillantes, rodeado de enormes amasijos de lava petrificada y sin el más mínimo atisbo de vegetación. Por algunas grietas se escapaban pequeñas emanaciones de humo blanco que lamían las rocas en su camino hacia la superficie y enfatizaban el halo de misterio que rodeaba el lugar. Pablo y Julen permanecieron un buen rato extasiados, observando el espectáculo sin abrir la boca. Sin embargo, el masái se encontraba a unos metros, aterrado, con los ojos como platos.

—Esta es la Fuente del Diablo —señaló Pablo con el ceño fruncido—. Nada debes temer, Kanja —le animó el abuelo y le puso la mano en el hombro—. Dentro de poco Élodie estará con nosotros y nos marcharemos.

El masái tragó saliva y movió varias veces la cabeza en sentido afirmativo; sin embargo, no consiguió deshacerse del gesto de terror dibujado en su rostro.

—Tenemos que ponemos enseguida en marcha, Julen —le cuchicheó el abuelo—. Como tardemos, Kanja echará a correr. Si no fuera porque es su hija la que está ahí, ya lo habría hecho.

Pablo analizó un momento el entorno tratando de recordar la senda hasta la entrada de la cueva; la cortina continua de agua impedía verla. Finalmente se decidió por un cortado situado en la parte derecha, y acertó. Detrás de unos amasijos de lava, aparecía un sendero que bordeaba la pared vertical, subía zigzagueando hasta la mitad de la cascada y atravesaba la cortina de agua.

Antes de pasar al otro lado, Pablo se detuvo.

—Primero vamos a entrar Kanja y yo, a ver lo que nos encontramos.

—¿Y yo? —preguntó Julen.

—Tú espera aquí y, cuando oigas mi silbido, entra.

Julen los vio atravesar la catarata. Bajo sus pies, se abría el lago como una gigantesca moneda negra, rizada por las ondas que formaban los chorros de agua y que navegaban incansables hasta desvanecerse en la orilla. El entorno era paradisíaco y espeluznante a la vez. Por un lado transmitía belleza natural y, por otro, la sensación de encontrarse en un lugar terrorífico, donde las entrañas de aquellas rocas eran una olla en ebullición, llena de lava incandescente a punto de estallar. Se imaginó a Buku hablándoles a los indígenas desde donde él se encontraba. Desde abajo, el brujo tendría una imagen aterradora para los nativos, y comprendió que estos cumpliesen al pie de la letra sus peticiones.

Pensó en Élodie. Tenía la impresión de estar aún muy lejos de ella; sin embargo, según el abuelo se encontraba dentro de aquella gruta. ¡Qué ganas tenía de abrazarla!

«¡Es mi hermana, es mi hermana!», le martilleó su cerebro.

«No, no lo es», le repitió su corazón.

Levantó la vista. Desde la altura se divisaba el extraño e impenetrable anillo de púas que circundaba la base del volcán, la llanura y la selva.

¿Estaría aún rondando por allá el león?

Kanja aseguraba que sí, que cuando regresaran, el león estaría esperándolos.

Volvió a pensar en sus padres y esbozó una sonrisa triste. Después realizó una profunda inspiración y se dejó hechizar por los colores del atardecer. En el horizonte persistía una franja de un amarillo intenso y unos hilos de nubes teñidos de rojo anaranjado. Pero al poco los diferentes tonos se diluyeron para conformar un único color grisáceo.

## 19. En el interior de la fuente del diablo

*Si te frena el fracaso, nunca alcanzarás el éxito.*

Gabor Somorjai

Un chillido proveniente del interior de la gruta lo sobresaltó. Era el abuelo. Sin dudar, atravesó la cortina de agua y llegó al otro lado tras la irremediable ducha templada. Se quedó de piedra al descubrir esa cueva pavorosa, húmeda y oscura. Del techo, abovedado, pendían algunas estalactitas; y las paredes, brillantes por el agua que chorreaba, componían aterradoras figuras oscilantes por el efecto de la luz del otro lado de la cascada. Reverberaba contra los muros el ruido del agua creando sonidos apagados, como enormes retortijones, que le producían la sensación de encontrarse dentro del estómago de un gigantesco animal.

—¿Abuelo? —preguntó casi sin voz.

No obtuvo respuesta, pero, entre admirado y temeroso por el entorno, continuó avanzando con precaución por el único camino posible, tratando de que el cerebro no le jugara una mala pasada: tenía la sensación de ser el alimento de algún enorme dragón.

De repente, notó que el aire allí era mucho más limpio que el del exterior. Se respiraba mejor. Ya no tenía ese picor en la garganta que le había estado martirizando durante las últimas horas. Se bajó el pañuelo.

Al fondo se veía una oscilante luz y se dirigió hacia ella. Cuando llegó, el abuelo y Kanja le estaban esperando en un ensanche desde donde partían varias galerías. Alguien había encendido unas cuantas lamparillas de aceite en los huecos de las paredes laterales.

—¿No hay nadie? —preguntó un poco alarmado.

—Nos está esperando en algún lugar de esta cueva, lo sé. Ha colocado estas luminarias para indicarnos el camino. Mirad.

Había varias posibilidades para seguir adelante, varias opciones, y sin embargo, solo uno de los pasadizos estaba iluminado.

—¿Por qué ya no huele a azufre? —preguntó Julen.

—Hay una pequeña corriente de aire que viene de la parte opuesta. Esta cueva debe de tener otra entrada.

Con mucha precaución siguieron la hilera de luces hasta un nuevo ensanche. Una escalera de peldaños cincelados toscamente en la roca se retorció hacia arriba como un sacacorchos. En uno de los laterales había una estantería excavada en la pared, donde se amontonaban sin orden ni concierto un centenar de botes y frascos llenos de

hierbas y plantas secas, ungüentos, lagartos, serpientes y ratones acartonados, escarabajos, arañas, un cráneo humano, varios cuchillos, tarros y herramientas dispuestas para preparar, seguramente, sus pócimas mágicas; y varias estatuillas y fetiches. Por el polvo acumulado, daban la impresión de no haber sido utilizados durante bastante tiempo.

El abuelo levantó uno de los botes y lo miró al trasluz.

—¿Dónde se habrá metido la sabandija esa? ¿Por qué habrá querido traernos hasta aquí? —comentó hablando para sí mismo.

Dejó el tarro en su lugar y observó el entorno.

—Tendremos que seguir adelante —continuó—, no nos queda más remedio. Pero habrá que ir con cuidado, me temo que nos tiene preparada alguna sorpresa y no será agradable.

Se situó bajo la extraña escalera y comenzó a subir con precaución por el lóbrego hueco, seguido de Julen y de Kanja.

La tensión se estiraba impidiendo incluso que la saliva circulara con normalidad por la boca.

Al llegar arriba, el abuelo se detuvo.

—¡Dios mío! —exclamó.

—¿Qué ocurre? —preguntó Julen con preocupación.

Cuando el muchacho llegó, lo vio por sí mismo.

Era una caverna de techos abovedados de unos veinte metros de larga. Al fondo había un hueco rectangular flanqueado por antorchas y a la derecha se encontraba Buku sentado sobre una roca. Casi en el centro de la estancia, con las manos atadas a la espalda y la boca tapada con un trapo rojo, estaba Élodie. Tenía la cabeza caída sobre el pecho, la trenza deshecha y la melena cubriéndole el rostro.

—¡Élodie! —gritó Julen y trató de correr hacia ella.

—¡Quieto! —le pidió Pablo sujetándolo por el brazo.

La chica levantó la cabeza y les dedicó una mirada triste a través de la cortina de sus cabellos.

Kanja forcejeó también con Pablo para dirigirse hacia su hija, pero este también logró impedirle que avanzara hacia ella.

—¡Esperad! —les conminó Pablo.

A la vista de Élodie, el masái empezó a jadear como una locomotora.

Buku se incorporó sonriente y, mezclando el suajili y el inglés, se dirigió a ellos:

—*Simba* tenía orden de acabar con vosotros. No ha podido. Yo lo haré. Buku es más poderoso que león.

Soltó una carcajada y dio unos pasos por el fondo de la cueva.

Despojado de sus vestimentas rituales, tenía un aspecto ridículo y grotesco, un bufón decrepito que se movía de un lado a otro como una cucaracha moribunda. Repentinamente se detuvo y permaneció con la mirada clavada en los tres. Su rostro acartonado mostraba infinitas arrugas. Solamente los acerados ojos irradiaban un

brillo inquietante y amenazador, a la luz de las oscilantes antorchas.

Julen vio como su abuelo acerrojaba el fusil.

El brujo soltó una carcajada.

—*Kubwa Nyeupe Baba* no va a disparar contra el Gran Buku.

Pablo se echó el rifle a la cara y apuntó.

—Yo no apostaría ni un centavo por lo que acabas de decir, sabandija. Como muevas una sola pestaña, te vuelo la cabeza. ¡Élodie, levántate y camina despacio hacia nosotros! —gritó sin apartar la mirada del brujo.

La chica negó varias veces con la cabeza.

—¡Vamos, a qué esperas!

—Mira, abuelo —señaló con el brazo Julen.

Pablo bajó el fusil para atender a las indicaciones de su nieto. En ese momento Buku aprovechó la distracción, dio un salto y desapareció por el hueco del fondo.

Lo que señalaba Julen era una cuerda parcialmente oculta entre las grietas de la pared. Parecía atada a las manos de Élodie y continuaba hasta el techo sosteniendo una roca puntiaguda. Si la chica se hubiera movido, posiblemente la roca le habría caído encima y la habría aplastado.

—No os mováis —ordenó Pablo, y dio unos precavidos pasos hacia ella.

Élodie movió la cabeza en sentido negativo y el abuelo se detuvo para observar con más atención las paredes. Todo parecía normal, pero, al agacharse para comprobar los huecos que había en los laterales, observó que dos grandes bloques, uno a cada lado de la estancia, habían sido cortados por la base y se apoyaban sobre unos redondos troncos de madera. Los troncos estaban atados con cables de acero que se perdían hacia el interior del muro.

—¡Esto es una trampa! —gritó y se puso en pie—. No avancéis ni medio paso. Me temo que todo esto se derrumbará si vamos hacia Élodie o si ella se mueve hacia nosotros.

Se hizo un denso silencio mientras los tres examinaban con cuidado el techo y las paredes.

De repente, Julen agarró del brazo a Kanja y se colocó al lado de su abuelo.

—¿Qué parte de «no os mováis» no habéis entendido? —les recriminó Pablo.

—No pasará nada si no tocamos a Élodie, abuelo.

—¿Qué quieres decir?

—Élodie es el contrapeso. Si se quita de ahí, la piedra de arriba bajará, pero no para aplastarla, sino para tirar de los troncos que sujetan las paredes laterales. ¿Ves cómo salen los cables por el techo?

—¡Maldito brujo! Eso es lo que pretendía, aplastamos a todos —dijo mientras sacaba una cuerda de escalada de su mochila.

Luego se acercó con precaución a la chica y estudió detenidamente el mecanismo de la trampa.

—Julen, Kanja, colocaos en la otra salida de la cueva.

Los dos corrieron hacia el hueco por donde había huido el brujo.

Pablo le quitó el pañuelo de la boca a Élodie.

—Élodie, escúchame bien, ¿vale? —le pidió con cariño.

La chica asintió.

—Voy a atar esta cuerda a la que sostiene la piedra: cuando te dé la señal, echa a correr hacia donde están Julen y tu padre. ¿Lo has entendido?

—Sí, sí —respondió con nerviosismo.

Pablo hizo un lazo doble por encima de las muñecas de Élodie sin quitar ojo a la roca que tenía sobre su cabeza, y lanzó el otro extremo de la cuerda a Julen y a Kanja.

—Tensad la cuerda muy despacio.

Cuando comprobó que estaba tirante, ayudó a Élodie a ponerse en pie y sacó una navaja del bolsillo.

—¿Estás preparada?

—Sí.

Pablo abrió la navaja, tomó aire y colocó el filo sobre la cuerda.

—¡Ahora! —gritó al tiempo que la cortaba de un tajo.

## 20. Sin escapatoria posible

*Yo amo, tú amas, él ama, nosotros amamos, vosotros amáis, ellos aman...*

*Ojalá no fuese conjugación sino realidad.*

Mario Benedetti

Élodie salió como una exhalación hacia donde se encontraban Julen y su padre, seguida de Pablo. Se oyó un crujido.

—¡Corred! —gritó el abuelo.

Julen y Kanja soltaron la cuerda, y los cuatro se precipitaron por un desconocido y tenebroso túnel. A sus espaldas se oyó un extraño estampido. Unos segundos más tarde sobrevino un golpe seco, como si un enorme tablero hubiera caído de plano contra las baldosas. A continuación, un ruido sordo de piedras entrechocando inundó el pasadizo, el suelo y las paredes comenzaron a temblar.

La poca luz proveniente de las antorchas se extinguió.

Se detuvieron.

Élodie se situó al lado de Julen y se abrazó atemorizada a su cintura.

—¡Esto se viene abajo, tenemos que salir de aquí! ¡Corred! —gritó el abuelo, andando y dando manotazos por el oscuro túnel.

Una nube de polvo inundó súbitamente el habitáculo. Apenas se podía respirar.

De repente, el suelo se abrió bajo sus pies y cayeron por una rampa envueltos en un río de tierra y de piedras, un recorrido sin fin por el que bajaron rodando hasta desembocar en un lugar oscuro.

—¿Julen, Élodie, Kanja, estáis bien? —preguntó el abuelo.

Los tres respondieron afirmativamente.

—Esto se está llenando de tierra, abuelo —dijo Julen.

—Lo sé, lo sé. Yo también lo noto. Estoy buscando la linterna.

—¡Pablo! —gritó Kanja.

La tierra empezó a subirles por encima de los tobillos.

—¡No se ve nada! —insistió Julen.

—¡Vamos a morir, Julen! —susurró Élodie y se apretó contra él.

—Nadie va a morir, ¡callaos! —gritó nervioso el abuelo a los jóvenes—. ¿Dónde demonios está la linterna?

—¡Pablo! —exclamó de nuevo Kanja.

De pronto, se encendió una luz.

—Yo tengo linterna, Pablo —señaló el masái.

—Pero... serás tonto. ¿Por qué no me lo has dicho antes?

—Tú no escuchas.

—¡Serás...! Anda, trae.

El abuelo dirigió el haz de luz hacia arriba. La tierra seguía entrando a raudales y levantaba una polvareda que hacía difícil respirar. Encima de ellos continuaba el crujir de piedras del derrumbe. En unos minutos aquel agujero iba a convertirse en su sepultura.

—¡Allí arriba! ¡Mirad! —gritó Élodie señalando el techo.

En uno de los laterales había un hueco excavado en la pared.

—¡Esa puede ser nuestra salvación! Élodie, tú primero. Lleva la linterna. Sube hasta esa piedra y trepa hasta la siguiente. Espera allí a Julen para ayudarlo a subir. Haremos una cadena humana.

Rápidamente empezaron a escalar la pared, pero, cuando el abuelo estaba a punto de iniciar la subida, hubo un inesperado derrumbe interior y una piedra le atrapó el pie. Pablo chilló de dolor.

El masái trepaba ayudado por su hija en el último tramo, pero se giró inmediatamente para ir en su ayuda. Sin embargo, Julen ya se le había adelantado: había bajado de un brinco y se había colocado al lado de su abuelo. Trataba de levantar la roca que lo tenía atrapado.

La piedra no se movía.

—¡La bota, quítame la bota, Julen!

Estaba desatándole los cordones cuando llegó Kanja. Entre los dos consiguieron mover un poco la roca, lo suficiente como para que el pie sin calzado pudiese salir del atolladero.

—¡Rápido, rápido, rápido, salgamos de aquí! —gritaba el abuelo colocándose de nuevo la bota.

Poco después estaban todos gateando por un túnel cilíndrico de un metro de diámetro, inquietante, oscuro y lleno de polvo, sin saber adonde los conduciría o si tendría salida.

Los minutos se hacían eternos. Aquellos conductos podían ser antiguas fumarolas o canales de lava producidos por la presión del magma. Ambas opciones preocupaban sobremanera al abuelo, quien gateaba el último sumido en estos pensamientos. Si el pasadizo era una fumarola, en cualquier momento podía llenarse de un gas letal y morirían atrapados en pocos segundos; si por el contrario era un antiguo conducto de lava, los conduciría irremediablemente a la chimenea del volcán y morirían achicharrados.

Todos tosían conforme avanzaban y tenían las manos y las rodillas destrozadas por los cortes de las puntiagudas piedras volcánicas.

De repente, la columna se detuvo.

—¿Qué ocurre? —preguntó el abuelo en tono de preocupación.

—No se pude seguir —respondió Élodie desde la cabecera de la marcha—, esto

está lleno de pedruscos y de tierra.

—¡Maldita sea! —exclamó Pablo.

También había tenido eso en cuenta, pero había desechado esa posibilidad conscientemente por ser, para él, la peor muerte imaginable: enterrados vivos en aquel horrible túnel. Pablo se tumbó en el suelo, derrotado, pensando que tendría que haber acudido a la policía. Él era el responsable de...

—¡Noto una pequeña corriente de aire! ¡Las piedras se mueven! —gritó Élodie.

Pablo levantó la cabeza exaltado.

—¡¿Qué?! —preguntó incrédulo.

—¡Creo que puedo mover estas piedras! —respondió Élodie.

¡Era cierto! Una corriente casi imperceptible de aire llegaba desde el otro lado.

—¡Élodie, ve pasando las rocas que puedas mover! —instó el abuelo—. Tendrás que hacerlo tú sola.

Empezaron a trasladar pedruscos de diferentes tamaños. Élodie se los pasaba a Julen, este a Kanja y el abuelo los iba colocando detrás de él.

El tiempo se eternizaba.

Los ruidos a sus espaldas eran cada vez más fuertes y angustiosos. Al cabo de interminables minutos, Élodie tiró de una piedra con fuerza y entró una bocanada de aire fresco.

—¡Se ve un punto de luz al fondo! —gritó la chica.

—¡Vamos, vamos, vamos, tenemos que conseguirlo! —alentó entusiasmado el abuelo.

La idea de la salvación triplicó los esfuerzos de todos. Élodie pasaba las piedras y excavaba la tierra con las manos ensangrentadas sin preocuparse del dolor ni del agotamiento. De pronto, al tirar de una de ellas, el hueco se agrandó considerablemente.

—¡Ya podemos pasar! —vociferó emocionada, y se deslizó por el agujero como una serpiente.

## 21. Al final del túnel

*Hay una fuerza motriz más poderosa que el vapor, la electricidad y la energía atómica: la voluntad.*

Albert Einstein

El pasadizo desembocaba en una amplia galería semejante a la de la entrada, iluminada por una claridad tenue, frágil y deslavazada, proveniente del fondo de la cueva.

Julen salió del agujero arrastrándose, se sentó extenuado con la espalda apoyada sobre una de las paredes y comenzó a toser convulsivamente. A su derecha se encontraba Élodie abrazada a las piernas, encogida como una gata en lo alto de una tapia. La oyó gemir. Él también tenía ganas de llorar. Habían estado tan cerca de la muerte que nunca pensó en salir con vida de aquel siniestro agujero. El estrés le había hecho desvariar: «Julen, despierta, es hora de levantarse, tu padre ya está desayunando en la cocina»...

Un aluvión de toses, suspiros y respiraciones agitadas lo sacaron de aquella anhelada imagen diaria de su casa, con sus padres. Pablo y Kanja habían salido también del pasadizo y se habían sumado a la agitación reinante. El primero trataba de controlar el jadeo y la tos realizando profundas inspiraciones, mientras el masái parecía de cartón piedra. Permanecía de pie, apoyado en su lanza, aunque con la mirada sonreía a su hija; solo de vez en cuando soltaba una única tos, escupía echando el cuerpo hacia delante y volvía como impulsado por un muelle a su posición inicial. ¿Cómo era posible que después de todo aquel trasiego aún conservara la lanza?

Julen observó a Élodie. Parecía la más afectada. No solo había pasado el trago del túnel, sino esos horribles días del secuestro. Se acercó a ella arrastrando las posaderas y le pasó el brazo por los hombros. Ella se acurrucó y lo abrazó con fuerza. Tenía la impresión de que los acontecimientos lo habían unido más a ella.

Cerró los ojos y trató de capturar otra vez algún recuerdo que lo conectara con algo fuera de aquel tétrico agujero: sus padres, sus amigos... Pero era como tratar de componer un puzle al que le faltaban varias piezas. Miró alrededor. A pesar de lo siniestro del lugar, le pareció apacible. Todavía se oía algún crujido de rocas, pero circulaba una corriente continua de aire que alejaba el olor a azufre del volcán. Eso indicaba que había otra salida en la parte opuesta a la cascada.

Buscó a su abuelo con la mirada. Estaba sentado con las piernas estiradas y los brazos a lo largo del cuerpo apoyándose con las palmas de las manos en las rocas del

suelo. Tenía los ojos cerrados y respiraba con normalidad, salvo alguna tos. ¡Cuánto lo admiraba! A veces le parecía muy mayor; sin embargo, otras, superaba en vitalidad a su padre. Julen cerró los ojos. No se imaginaba a su padre en una aventura como aquella. Pulcro, bien peinado, oliendo a *aftershave*, con un maletín negro en la mano y tomando apresuradamente una taza de café antes de salir por la mañana hacia la oficina. Así lo recordaba. Apenas si lo veía durante la semana y casi nunca hablaban. Su madre era distinta. Ella era más como el abuelo. Amaba África y soñaba con volver para quedarse a vivir allí. Muchas veces la sorprendía con el álbum de fotos sobre el regazo y los ojos humedecidos: «Mira, ¿te acuerdas de aquella tarde que volvíamos de...?». «¿Por qué no te vas a vivir con el abuelo?», le había preguntado Julen. «Porque amo a tu padre y él no se va a marchar de aquí», respondía siempre.

—Vamos a ponemos en marcha. No nos confiamos.

La voz del abuelo lo sorprendió. Se había puesto en pie y se sacudía las culeras del pantalón en un gesto mecánico.

Julen lo observó detenidamente y sonrió. Estaba cubierto de polvo desde la cabeza a los pies. Todos lo estaban. Era como si alguien los hubiese enharinado para freírlos en la sartén.

Élodie se deshizo del abrazo y se incorporó. Luego le tendió la mano.

—¡Vamos! —lo animó con una sonrisa.

—¿Estás mejor? —le preguntó Julen después de levantarse, y se colocó muy cerca de ella.

Élodie asintió.

—Sabía que mi padre y tu abuelo vendrían a por mí. Gracias a ti también. Estoy viva gracias a vosotros.

Un ligero temblor del suelo interrumpió la conversación. Cayeron unas lascas de la pared cercana. El abuelo y Kanja también lo habían percibido y miraban al techo en silencio.

Otro temblor. Esta vez más fuerte y seguido del eco de un derrumbe.

Un nuevo crujido les hizo volver la cabeza. Un trozo de pared se derrumbó repentinamente y provocó una nube de polvo que avanzaba hacia ellos a gran velocidad.

—¡Corred! —gritó el abuelo.

La orden fue innecesaria porque ya se habían abalanzado todos hacia el punto lejano de donde provenía la tenue luz. Julen corría agarrado de la mano de Élodie, seguido de Kanja y unos metros más atrás Pablo. A pesar del esfuerzo los alcanzó la polvareda y el ambiente se hizo de nuevo irrespirable. Enceguecidos y casi asfixiados, se detuvieron.

—¡La linterna, abuelo! —gritó Julen.

Ni siquiera le dio tiempo a sacarla. Un nuevo estruendo sobrevino desde algún lugar cercano y se abalanzaron otra vez a ciegas por el corredor. El estrépito de piedras entrechocando se hizo cada vez más estridente, hasta que se oyó un golpe

seco y todo quedó en silencio. Pablo encendió la linterna. Los cuatro tosían en medio de una inmensa polvareda.

—Creo que el techo del pasadizo donde estábamos se ha derrumbado —señaló Julen.

—Tenemos la suerte de cara —respondió el abuelo—. Si hubiéramos tardado un poco en levantarnos, ahora estaríamos aplastados. Hay que salir de aquí, la fortuna no dura eternamente. Mirad, allí hay algo de luz.

Conforme avanzaban, el polvo se iba asentando y la luz del final de la cueva fue haciéndose más intensa.

El abuelo se detuvo y levantó la mano.

—¡Shhh! ¡Escuchad! —dijo.

Todos prestaron atención.

Primero se oyó un ruido metálico, como cuando un tubo cae al suelo y rebota varias veces. Luego, el arrastre de algo.

—Viene de arriba —señaló Julen con el dedo índice.

—¡Buku! —exclamó el abuelo.

Al oír aquel nombre, Élodie se agarró con fuerza al brazo de Julen.

Más ruidos. Sobre sus cabezas alguien movía objetos.

—Vamos a echar un vistazo, Kanja. Vosotros esperad aquí —dijo el abuelo, y se encaminó con precaución hacia el hueco por donde salía la luz.

Era una rampa empinada, de techo abovedado con pequeñas oquedades para colocar los pies. El abuelo inició el ascenso con mucho cuidado, seguido del masái. Al llegar a la parte de arriba hizo un ademán a Kanja para que se detuviera y asomó la cabeza.

Dio un respingo de satisfacción.

De allí provenía la luz. Al otro lado había un hueco que comunicaba con el exterior. Cuando los ojos se acostumbraron a la claridad, pudo comprobar que el lugar, una cámara cuadrangular de unos diez metros de lado, estaba lleno de cajas de madera de color verde oscuro perfectamente apiladas. En los laterales había unos letreros rotulados de amarillo: 800 CRTG 5,56MM.

—Esto..., esto es... —murmuró.

En ese momento entraron tres hombres y se ocultó rápidamente. Oyó la inconfundible voz de Buku y le hizo un gesto a Kanja para que bajara.

—¿Qué ocurre, abuelo? —preguntó expectante Julen.

Pablo dio unos pasos por el recinto hablando para sí:

—Ese bastardo, esa maldita sanguijuela...

—¿Pero se puede saber qué pasa? —volvió a interrogar Julen.

Pablo se detuvo y contempló a su nieto con la mirada teñida de inquietud.

—La parte de arriba está llena de cajas con armamento y munición —respondió—. He visto a dos hombres que tienen toda la pinta de ser guerrilleros hutus. Buku es el que está abasteciendo de armas a la guerrilla que controla el *coltán*. Los hutus son

los responsables del genocidio de 1994.

Todos guardaron silencio.

Conocían las atrocidades cometidas por los hutus en el pasado, así como las represalias posteriores de los tutsis contra los hutus. Aunque, en realidad, lo que pretendían era el control de los recursos naturales del Congo.

—Ahora entiendo aún mejor por qué estaba tan interesado en que nadie se acercara por aquí —susurró el abuelo—. Esa serpiente engañaba a todo el mundo haciéndolos creer que vivía en las entrañas del volcán, y así aparecía frente a los nativos como un dios venerado y temido por todos. Sin embargo, ese mastuerzo entraba por un lado y salía por otro. Todos estos derrumbes no son fortuitos. Estos pasadizos están infestados de trampas para derrumbarlos en caso de que alguien descubriera esta otra salida. Así tendría tiempo suficiente para retirar la mercancía almacenada, que es precisamente lo que está haciendo en estos momentos.

Realizó una profunda inspiración para tratar de calmarse y continuó:

—Utiliza este escondrijo para traficar con armas. Y el temor creado entre los habitantes de la zona permite mantenerlos alejados de aquí para que nadie vea ni los vertidos tóxicos al lago ni el trapicheo con las armas. Estoy convencido de que, además, comerciará también con drogas. Un negocio redondo: transportan los residuos por el río, los trae hasta aquí en camiones escoltados por la guerrilla y, a cambio, él les proporciona armas, drogas y vete a saber qué cosas más. Desde hace varios meses están desapareciendo chicas de los poblados. No me extrañaría nada que esta sanguijuela las esté secuestrando para las guerrillas.

Sacudió la cabeza lentamente y miró a Kanja y a Julen.

—No os había dicho nada para no intranquilizaros, pero tenía el temor de que se hubiera llevado a Élodie por ese motivo. De haber sido así, no la hubiéramos podido encontrar. ¡Dios, no quiero ni pensarlo! Pero lo va a pagar caro. Va a tener graves problemas cuando las tribus de Virunga, que son de origen tutsi, sepan que les ha estado vendiendo armas a los hutus.

Un ruido de la parte de arriba hizo que callaran y prestaran atención. Era el sonido del motor de un coche que se ponía en marcha. Llegaron voces apagadas y risas, como si alguien se despidiera.

—Se marchan —apuntó Julen.

—Creo que se marchan los guerrilleros con una carga de armamento, pero Buku se queda —respondió su abuelo—. Seguramente volverán a por más. Tenemos que damos prisa. Vamos a ajustar cuentas con ese malnacido. Kanja, acompáñame. Julen, cuida de Élodie.

—¡Eh, que sé cuidarme sola!

—Está bien, no te enfades. Ha sido una forma de hablar...

—Vale —aceptó ella.

## 22. *La captura de Buku*

*La vida no se mide por las veces que respiras, sino por aquellos momentos que te dejan sin aliento.*

Kevin Bisch

De nuevo Pablo empezó a subir por la rampa con el sigilo de una sombra. En cada paso comprobaba atentamente dónde colocaba el pie y se afianzaba con las manos en las rocas laterales para no resbalar. No se oía ningún sonido procedente de arriba. ¿Se habría marchado Buku también?

Antes de subir los últimos peldaños de la precaria escalera, se sujetó con fuerza y asomó un poco la cabeza. El brujo estaba sentado sobre una piedra a la salida de la cueva. Fumaba despreocupado y tarareaba una letanía incomprensible.

Pablo se deslizó reptando hasta el piso superior y le indicó a Kanja que esperara. El masái asintió con la cabeza. Poco a poco, con la respiración contenida, fue acercándose a la entrada con cautela; pero, cuando estaba a escasos metros del brujo, este se levantó, le dio un par de caladas al cigarrillo, aplastó la colilla contra el suelo y se giró. El abuelo se encontraba en mitad de la estancia exhibiendo una postura ridícula, como si alguien hubiera congelado la imagen. Ambos permanecieron unos segundos petrificados hasta que el primero reaccionó y se lanzó sobre el brujo. Buku dio un salto como una pantera y desapareció de su trayectoria, consiguiendo que Pablo cayera rodando.

Agarró un palo y, mientras lo golpeaba sin miramientos, gritaba:

—¡Tú tenías que estar muerto, muerto, muerto! ¡Maldito hombre blanco! ¡Buku tiene más poder que tú! ¡Voy a matarte con mis propias manos!

Pablo trataba de evitar los golpes con brazos y piernas.

Buku estaba furioso, respiraba como un poseso y babeaba igual que un caballo tras una larga carrera. Arrojó el palo a un lado con rabia, abrió una de las cajas y sacó un fusil. Rápidamente, antes de que lo cargara, Kanja se abalanzó sobre él y lo arrojó al suelo; pero Buku, con una fuerza descomunal, propia de un esquizofrénico en pleno ataque de ira, lanzó al masái contra la pared, se abalanzó sobre él como un depredador que ataca a una presa y lo agarró del cuello.

Julen y Élodie habían escuchado el tumulto y, desoyendo las indicaciones del abuelo, subieron la escalera. Cuando llegaron arriba, Buku se disponía a cargar el fusil. Julen echó una rápida ojeada a su alrededor y localizó el palo. Sin dudar, se lanzó a por él y descargó un golpe seco en la cabeza del brujo. Este se giró con los ojos abiertos como platos, se tambaleó y cayó redondo al suelo.

Julen lo contempló un instante. Su diminuto cuerpo parecía perdido en el interior de una holgada camisa a cuadros rojos y negros; con unos pantalones vaqueros demasiado ajustados a sus cortas piernas, que le recordaban a las de un muñeco de trapo con el que dormía Élodie de pequeña. Se acordaba de ese juguete porque, cuando el abuelo le hacía regalos o algún mimo, él, muerto de celos, se lo escondía para hacerla rabiar, hasta que una vez, aprovechando un fuego que había hecho Kanja para quemar basura y la poda de las palmeras que rodeaban la casa, tiró el muñeco a la candela. Aún le pesaba aquel acto cuando se acordaba, pero ya no había remedio.

El abuelo se levantó.

—¡Maldito brujo, hijo de mala madre! —gritó mientras se agachaba y lo zarandeaba—. Buscad algo para atarlo.

Kanja apareció con unas cuerdas de cáñamo y se agachó junto a Pablo para inmovilizarlo. En ese momento, Julen se dirigió hacia el exterior de la cueva. Cuando salió, la intensa luz le obligó a cerrar los ojos; pero el calor del sol se derramó por su rostro produciéndole una sensación tibia y placentera.

¡Estaba vivo!

Tenía ganas de llorar.

Respiró lentamente para calmar las emociones.

¿Cuánto tiempo habían estado enterrados allí abajo? Le parecían décadas. Los derrumbes, el túnel, el olor asfixiante del volcán... Por fin se encontraban fuera de aquel agujero, habían logrado salvar a Élodie y capturar al brujo.

Intuir la muerte tan cerca le llevaba a sentirse más vivo que nunca.

Poco a poco sus ojos fueron adaptándose a la luz. Levantó la mirada. El cielo era de un azul intenso, compacto, como de cartel de agencia de viajes. Notó la mano de Élodie sobre su hombro y él, de forma natural, le pasó el brazo por la cintura.

—Me habéis salvado la vida —musitó ella otra vez.

—Eres como mi hermana, tenía que hacerlo.

Élodie se colocó delante de Julen.

—¿En serio lo has hecho por eso? ¿De verdad me ves como a tu hermana?

—Bueno..., es...

—Julen, Élodie, cargad un par de cajas de esas en el vehículo. Las necesitaremos como prueba para denunciar todo esto a las autoridades. También voy a sacar unas fotos.

La voz del abuelo resonó autoritaria. Entre él y Kanja arrastraban el cuerpo inconsciente de Buku.

—¿Vehículo? ¿Qué vehículo? —preguntó Julen estupefacto.

—Aquel —señaló estirando el brazo.

A la derecha de la cueva, entre dos grandes rocas, había una camioneta de color negro. Ni siquiera había reparado en ella cuando salió del inmundo agujero.

Después de depositar el cuerpo del brujo en la parte de atrás, Pablo y Kanja los ayudaron a transportar las pesadas cajas hasta la camioneta.

—Bueno, ya está todo —comentó el abuelo—. Si conseguimos que esta rata dé con sus huesos en la cárcel y acabamos con los vertidos tóxicos al lago, habrá valido la pena el riesgo que hemos corrido. Voy a poner esto en marcha y nos vamos. Julen, Élodie, entrad en la cueva y recoged un par de fusiles y munición; nunca se sabe lo que podemos encontrar a la vuelta.

Pablo se disponía a girar la llave de contacto para arrancar el motor cuando oyó unos gritos desde el interior de la cueva:

—¡Abuelo, abuelo...!

Al levantar la cabeza vio a Élodie en la entrada de la gruta gesticulando con el brazo para que se acercara. Rápidamente se bajó del vehículo seguido de Kanja y ambos echaron a correr hacia allí.

—¿Qué ocurre? —preguntó alterado por la carrera.

—Pasa, mira lo que hemos encontrado.

## 23. Sorpresa inesperada

*Para ser profesor, uno tiene que estar convencido de que siempre será un alumno.*

Julen se encontraba de pie junto a una pila de cajas que le llegaba a la cintura. La primera tenía la tapa abierta; él contemplaba su interior con cara de asombro.

El abuelo se acercó con pasos apresurados.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Compruébalo tú mismo —señaló adelantando la barbilla.

—Pero... ¡¿Qué demonios es esto?!

Estaba llena de fajos de billetes de cien y cincuenta dólares.

—Aquí hay una fortuna —comentó mientras introducía la mano en el cajón y sacaba uno de los fajos—. Este dinero es producto de las fechorías de esta alimaña. ¡Maldita sea! Ayudadme a mover estas cajas.

Entre todos consiguieron localizar cuatro más con billetes de dólares americanos.

—¿Qué vamos a hacer con todo este dinero? —preguntó Julen.

El abuelo se pellizcó la barbilla con aire pensativo y respondió al cabo de unos segundos:

—Este dinero no es nuestro y seguro que está manchado de sangre. Se lo entregaremos al Gobierno... Aunque pensándolo bien, vete tú a saber dónde acabaría... Pertenece a Virunga, ¿verdad?, pues se lo entregaremos a sus habitantes. ¿Qué os parece?

Todos asintieron.

—¿Y vas a repartirlo por los poblados? —preguntó confuso Julen.

—No, tienes razón. Sin embargo, sí podríamos realizar muchas mejoras en la zona. Así, a bote pronto, se me ocurren más de una docena, entre ellas, regenerar las aguas del lago Kivu. Si es que aún se puede hacer algo para salvarlas. De momento, vamos a cargar todo esto en la camioneta.

Cuando Buku despertó y vio que cargaban las cajas del dinero, se puso a patalear y a chillar como un poseso.

—¡Ese dinero es mío, mío...! No llegaréis vivos a Kinsasa. Os voy a...

El abuelo buscó en la mochila un rollo de cinta adhesiva, cortó un trozo y le selló la boca.

—¡Cállate ya, sabandija! —le gritó alterado.

Examinó al hechicero un instante y enseguida continuó:

—¡Tienes el alma pequeña, encogida, diminuta, desnutrida, enana...! —la rabia asomaba por cada uno de sus poros—. ¡Qué ciego he estado! ¡Pero ahora lo he comprendido todo! —exclamó—. Sabías que a primeros de año, en mi ronda anual de inspección, debía supervisar los límites del parque de Virunga y, aunque nunca me

adentro en los territorios considerados sagrados o prohibidos por los nativos para evitar descontentos innecesarios, temías que lo hiciera y descubriera los depósitos de residuos tóxicos del lago Kivu. Nos has estado engañando a todos. Hacías creer que vivías en las entrañas del volcán y lo utilizabas para esconder armas, dinero y como pasadizo para salir de aquí. A este lado, disponías de la camioneta para trasladarte a Kinsasa y pegarte la gran vida a costa de esta pobre gente. Voy a entregarte a las autoridades, a pesar de que daría cualquier cosa por ponerte en manos de las tribus tutsis. Y ya sabes lo que te harían...

El abuelo se bajó de la parte de atrás y se dirigió hacia la cabina, pero, antes de subir, volvió sobre sus pasos.

—Lo pensaré durante la vuelta —sentenció—. Tal vez decida entregarte a quienes deberían ajusticiarte. Una alimaña como tú no merece mejor trato.

El brujo abrió los ojos de par en par y se estremeció de pies a cabeza.

—Vamos. Élodie, tú vendrás conmigo delante. Julen y tu padre viajarán en la caja. Procurad que no le ocurra nada. Quiero entregarlo sano y salvo.

La camioneta bajó por la falda del volcán, atravesó el entramado espinoso por un pasaje abovedado abierto entre las ramas y apareció en un valle situado justo en el lado opuesto a la catarata. Al cabo de media hora, el vehículo se detuvo en un claro de la selva y el abuelo se apeó.

—¿Qué ocurre? —preguntó Julen desde la parte de atrás.

Pablo se colocó las manos en la cintura y arqueó el cuerpo.

—Estamos perdidos —sentenció.

Élodie se bajó también y se puso a su lado.

—Y lo peor no es eso —continuó arrugando el entrecejo—. Creo que nos hemos metido en Ruanda. ¿Qué opinas, Kanja?

El masái se puso en pie y miró el entorno. A la espalda del vehículo y bastante alejado ya, se erguía majestuoso el volcán. Frente a ellos, un inmenso valle selvático avanzaba hasta el horizonte.

—*Sidi*, ven, sube aquí y mira —señaló Kanja con el brazo extendido.

Pablo se encaramó a lo alto de la caja de la camioneta y observó una hendidura que se extendía retorciéndose entre los árboles.

—Esa es la carretera que va hasta Rutshuru —aseguró Kanja—. Tenemos que salir de aquí. Si vienen guardias ruandeses... —el masái se pasó el índice por el cuello.

—Llevas toda la razón, Kanja. Esto es el Gran Valle del Rift.

—¿No has dicho que estábamos en Ruanda? —quiso saber Julen.

—Estamos en Ruanda. El Gran Valle del Rift es una depresión que va desde Yibuti hasta Mozambique. Fíjate, en esa dirección está el lago Victoria y por aquel lado hay una... ¡Madre de...!

El abuelo se quedó con el brazo estirado y la boca abierta.

—¿Qué ocurre? —preguntó el muchacho desconcertado.

—¡Allí!

Un Land Rover militar se acercaba dando saltos por un camino.

—¡Tenemos que damos prisa! ¡Vamos, vamos, vamos! —alentó el abuelo y se bajó de la caja de la camioneta de un salto.

Luego se colocó al volante y siguió gritando, alterado:

—¡Hay que ocultar el vehículo en la selva! ¡Vamos, empujad! ¡No podemos arrancar el motor, corremos el riesgo de que lo oigan! ¡Vamos, vamos!

Élodie, Julen y Kanja se situaron en la parte trasera empujando con todas sus fuerzas. La camioneta se movió, primero lentamente y después, tras un pequeño desnivel, más rápido, hasta que empotró el morro en unos tupidos ramajes.

El abuelo se apeó de un salto y rápidamente se agachó arrancando ramas, enredaderas, plantas y cualquier objeto que sirviera para camuflarla. Los demás lo imitaron y en menos de un minuto casi la habían cubierto.

—¡Ya vienen! —alertó Kanja.

El Land Rover subía por un camino de tierra levantando una enorme polvareda.

En ese momento, Buku empezó a patalear y a emitir sonidos guturales para llamar la atención. Pablo se acercó con cierta parsimonia al lateral del camión, lo agarró del cinturón, lo levantó en vilo y lo estampó contra el suelo sin ningún miramiento.

—Aguanta la respiración, sabandija, porque, como te oiga, te pongo de cebo la próxima vez que vaya a cazar cocodrilos. Venga, escondeos y esperemos que pasen de largo —ordenó el abuelo y arrastró por el suelo el cuerpo del brujo.

Todos se ocultaron entre el ramaje.

El Land Rover pasó a escasos metros. Delante iban el conductor y un copiloto, y detrás, dos hombres vestidos de camuflaje que hablaban y reían entre los traqueteos y saltos del vehículo. Llevaban metralletas a los lados. Si cualquiera de ellos hubiese desviado la vista, seguramente habría descubierto la camioneta; pero por fortuna pasaron desapercibidos.

—Tenemos que salir de aquí rápidamente —se apresuró el abuelo cuando se habían alejado lo suficiente—. Esos son los mismos que cargaron las cajas con las armas. Posiblemente vayan a por una segunda remesa. Cuando vean que Buku no está, sospecharán que algo anormal ocurre. Kanja, ¿hacia dónde debemos dirigimos?

El masái señaló una dirección extendiendo el brazo.

—Bien. Ayudadme a subir a Buku a la camioneta. ¡Venga, todos arriba!

Pablo arrancó el motor, metió la marcha atrás y aceleró. Las ruedas traseras giraron resbalando por las ramas y las hierbas del suelo, pero apenas se movió unos centímetros.

—¡Maldita sea! Hay demasiada pendiente.

Accionó la palanca de la transmisión para poner la tracción a las cuatro ruedas. Cuando volvió a acelerar, el vehículo empezó a subir lentamente la cuesta.

—¡Vamos, vamos, vamos! —alentaba a la camioneta, que entre patinazos subía despacio el desnivel del terreno.

Pablo volvió la cabeza para mirar atrás. Del escape salía una tremenda humareda, producto de una mala combustión y del esfuerzo realizado por el motor.

—Estamos levantando demasiado humo. Se van a dar cuenta de...

Una ráfaga de disparos le cortó el aliento. Las balas impactaron por los alrededores y pasaron silbando.

—¡Abuelooo, se acercan!

—¿Estáis heridos?

—¡No, pero...!

Pablo sacó la tracción a las cuatro ruedas, giró el volante y aceleró a tope. El vehículo derrapó y salió como una flecha dando saltos entre la vegetación de la jungla.

Nueva ráfaga de disparos.

Miró por el espejo retrovisor. Calculó que estarían a unos ciento cincuenta metros.

—¡¿Cuánto falta para la frontera, Kanja?!

—Poco, poco.

Nuevos disparos. Esta vez algunos impactaron contra la chapa de la camioneta. El abuelo giró rápidamente la cabeza y miró por la ventana que había en el centro de la cabina. Julen y Élodie estaban tumbados y abrazados en el suelo, y Buku, encogido en un rincón.

—¿Cuánto es poco? —preguntó lleno de angustia.

—¡Allí! —gritó el masái—. Carretera de Goma.

En efecto, a unos quinientos metros se divisaba una carretera por la que circulaban vehículos en ambas direcciones.

—¿Estás seguro de que esa carretera es...?

En ese momento se intensificaron los disparos. El abuelo miró por el espejo retrovisor. El vehículo se había detenido y los guerrilleros hacían fuego con todo lo que tenían en las manos. Eso significaba que habían conseguido pasar la frontera y ahora se encontraban de nuevo en territorio congoleño. Dio otro volantazo a toda prisa; el vehículo se puso a dos ruedas durante unos segundos, pegó un bote y tomó una pequeña vaguada fuera de la vista de sus perseguidores. Pablo frenó y apoyó la cabeza contra el volante. Jadeaba, sudaba y temblaba. De haber caído en manos de la guerrilla habrían sido ejecutados allí mismo.

Poco después continuaron su trayecto, paralelos a la carretera. Cuando se divisaron las primeras casas de Goma, volvió a detener el coche y apagó el motor.

## 24. *El regreso de simba*

*La vida es una obra de teatro que no permite ensayos.*

*Por eso, canta, ríe, llora y vive intensamente cada momento de tu vida... antes de que el telón baje y la obra termine sin aplausos.*

Charles Chaplin

Nunca me he jugado la vida tantas veces en tan poco tiempo —admitió el abuelo después de secarse el sudor con el pañuelo del cuello y de beber un trago de agua de la cantimplora que le había pasado Kanja. Tras limpiarse la boca con la manga de la camisa, se la entregó a Julen—. Espero que no le cuentes nada de esto a tu madre porque, como se entere, me despellejará vivo.

Julen bebió un trago y contempló a su abuelo un instante. Estaba radiante, pletórico, como si el peligro que acababan de correr le hubiese dado un plus de vida. Le recordó al héroe de su videojuego favorito. Cada vez que estaba a punto de morir, encontraba un botiquín o una pócima milagrosa y renacía. Sonrió. Aquel hombre también era su héroe; su héroe de carne y hueso. Luego desvió la mirada hacia Élodie, que esbozaba una luminosa sonrisa. La chica se dio cuenta de que la observaba y se le acercó con aire feliz.

—¿Se puede saber qué miras? —preguntó colocándose frente a él.

Julen se encogió de hombros. Ella se situó a su lado, le pasó la mano por la cintura y dejó caer la cabeza sobre su hombro.

—Cuando era una niña —susurró—, soñaba que yo era una princesa y tú, un príncipe que me salvaba de los piratas y malvados. Ahora ha ocurrido de verdad. Me has salvado la vida y casi te cuesta la tuya. ¿Te das cuenta? Es como si mis sueños se estuviesen haciendo realidad.

Julen le echó instintivamente el brazo por los hombros y la apretó más contra él. Le hubiese gustado decirle que la salvaría mil veces más, que la quería, que nunca había estado tan enamorado de una...

«Pero qué dices...», se recriminó rechazando de inmediato aquellos pensamientos. Así que Julen se deshizo del abrazo y, aparentando despreocupación, comentó:

—No digas tonterías, anda. Además, no te olvides de que tu padre y el abuelo también han hecho posible tu rescate, ¿eh?

Ella lo miró fijamente durante unos segundos, sin pestañear.

Julen notó que se le aflojaban las piernas.

Élodie fue acercando la cara y, cuando estaba a pocos centímetros de su asombrado rostro, desvió la cabeza y le cuchicheó al oído:

—Pero ellos no son mis héroes. Tú, sí.

Acto seguido, se alejó hacia la camioneta y él permaneció con el gesto congelado, como si acabara de ver a Papá Noel.

—¡Julen! —llamó su atención el abuelo—. ¡Julen!

—¿Qué? ¿Qué?

—¿Pero se puede saber qué te pasa?

—Nada, nada. Ya, ya voy.

«Al final se van a dar cuenta y...», pensaba mientras se dirigía al vehículo con los demás.

Mientras él estaba embobado, Kanja se había subido a la caja y Élodie, a la cabina. El abuelo le gritaba desde la parte de atrás del vehículo.

—Vámonos de aquí cuanto antes, no sea que llegue alguna patrulla de la frontera congoleña y tengamos que explicarles qué hace Buku maniatado ahí atrás.

—¿Vas a entregarlo en Goma? —preguntó Julen.

—No, prefiero hacerlo en Kindu. Allí conozco a un juez que será imparcial y condenará a esta alimaña. Buku es muy famoso por aquí y me temo que, usando alguno de sus trucos, atemorice al juez de turno y hasta lo ponga en libertad. Tenemos que atravesar la selva de nuevo: no es prudente circular por carretera. Si nos paran y ven que tenemos al brujo maniatado, varios cajones con dinero y armas, seguro que los que acabamos mal somos nosotros. Venga, sube con Kanja. Pronto estaremos de nuevo en casa.

El vehículo se adentró en la maleza y tomó un sendero perpendicular a la carretera. El masái se recostó sobre la cabina con los ojos cerrados y el brujo, al comprobar que se adentraban en la jungla, se acurrucó en uno de los laterales.

Julen se situó entre ambos sentado en el suelo con los brazos sobre las rodillas y contempló cómo se desdibujaba a lo lejos la silueta del volcán. Era siniestra y majestuosa a la vez. Emitía una débil y ondulante columna de humo hacia el cielo. Ahora podrían estar enterrados bajo aquella mole de tierra y lava. Tragó saliva al traer a la memoria el momento que habían pasado en el túnel. No recordaba haber sentido tanto miedo en su vida. Le gustaría poder contárselo a su padre, pero no estaba seguro de si lo iba a entender. Él aseguraba que nunca más volvería a África y cada vez que su madre lo sacaba a colación, torcía el gesto, como si no quisiera que se hablase del tema.

Desvió un momento la mirada. La vegetación era exuberante. Entre los árboles, un grupo de monos gritaba avisando a los otros animales del paso del vehículo y una bandada de aves levantó el vuelo con gran estrépito.

Aunque aún faltaba para regresar a Estados Unidos, notó un pellizco en el estómago al pensar que, más tarde o más temprano, tendría que volver. Las clases, el

béisbol, la hamburguesería donde quedaban, los wasaps... Su vida se apoyaba básicamente sobre aquellos pilares, tan regulados, tan exactos, tan medidos, tan controlados, tan monótonos... Nada que ver con África, donde todo era impredecible, nuevo, cambiante, distinto. Ni un solo día, ni un solo segundo era igual al anterior. Cerró los ojos. En cuanto terminase los estudios, a pesar de que su padre no lo admitiese, volvería a África. Tal vez podría ocupar el lugar del abuelo Pablo, se casaría con... ¡Uf! Descartó rápidamente a Melany. Ella nunca viviría en África. Era demasiado urbanita, demasiado pegada al asfalto.

Giró la cabeza. Por la ventanita de la caja se veía el interior de la cabina. Élodie hablaba distendidamente con su abuelo. Le pareció hermosa, natural, parte del entorno. Ya no tenía dudas: estaba locamente enamorado de ella. Se giró de nuevo, cerró otra vez los ojos y tragó saliva. «Un amor imposible». Una vez, *Mister Parker*, el profesor de Literatura, les mandó realizar un trabajo sobre los amores imposibles. Y su madre le ayudó a confeccionar una lista: Romeo y Julieta, Marco Antonio y Cleopatra, los amantes de Teruel... Al día siguiente el profesor le preguntó si Teruel era una mujer española que tenía muchos amantes.

Al cabo de media hora el vehículo se detuvo junto a un riachuelo.

—Vamos a descansar un rato —dijo el abuelo después de apagar el motor y apearse—. Julen, Élodie, llenad las cantimploras de agua. Aún nos quedan un par de jomadas para llegar a casa y es preferible llevar de más. Nunca se sabe qué podemos encontrar por ahí. Kanja, quítale la mordaza a *la cucaracha* para que beba. Yo voy a comprobar los niveles del motor; se calienta un poco, aunque con esta temperatura es raro que no nos hayamos derretido todos.

Julen y Élodie se dirigieron al riachuelo con las cantimploras. Un poco más arriba se había formado una charca entre unas rocas, que, aunque no muy grande, parecía profunda.

—¿Nos damos un baño? —sugirió ella.

Julen la vio alejarse en dirección a la charca. Al llegar al borde, se quitó las zapatillas y metió los pies en el agua.

—¡Está fresca! ¡Venga, va! No seas cobarde.

Se habían bañado muchas veces juntos y siempre había sido él quien había llevado la voz cantante. Sin embargo, ahora era distinto. Y no solo porque ella había tomado la iniciativa.

Vio como empezaba a desabrocharse la camisa, y él iba a hacer lo mismo cuando oyó un cántico extraño y se detuvo. Buku estaba un poco más abajo del arroyo custodiado por Kanja. El brujo danzaba con las manos atadas a la espalda aullando extraños sonidos guturales. De repente, se oyó un rugido.

—¡*Simba!* —gritó Kanja.

—¡Todos al coche, rápido! —vociferó el abuelo y arrancó el motor.

Julen recogió los zapatos de Élodie, le tendió la mano para ayudarla a salir del agua y un segundo más tarde corrían disparados hacia la camioneta. Cuando llegaron,

Kanja había subido de un empujón al brujo en la caja.

—¡Vamos, vamos, vamos! —alentó el abuelo—. Esta alimaña ha estado llamando al león. No tenía que haberme fiado de él. ¿Estáis todos?

—Falta Kanja —respondió Julen.

—Pero se puede saber...

—Ha ido a por su lanza —le interrumpió Julen.

—Pero...

Un nuevo rugido, esta vez desgarrador, cercano, silenció de pronto la selva.

Solamente el runrún del motor flotaba en el aire marcando el incierto devenir.

Kanja había recogido su lanza de la ribera del arroyo y se acercaba despacio, con los ojos muy abiertos, la mirada puesta en cada movimiento de la maleza y el corazón desbocado. El abuelo lo esperaba con un fusil de los que habían encontrado en la cueva, listo para disparar. Cuando Kanja estaba ya cerca de la camioneta, dejó el fusil y se montó en la cabina.

El silencio de la selva se hizo atronador.

—¡Allí! —gritó Julen.

El brujo soltó una carcajada y otro de sus extraños sonidos.

Cerca de la charca, sobre unas rocas, estaba el león observándolos.

El devorador de hombres sacudió la melena y se relamió las fauces.

Kanja se había quedado inmóvil.

—¡Sube! —le gritó el abuelo, acelerando.

El vehículo se puso en marcha a toda velocidad.

Kanja tiró la lanza dentro de la camioneta, se agarró al portón trasero y empezó a correr.

Entonces el león saltó y salió veloz tras él.

El masái intentó saltar, pero el vehículo ya iba a cierta velocidad y sus piernas no lograban seguir aquel frenético ritmo.

Se quedó colgando del portalón y se dejó arrastrar. Julen y Élodie lo sujetaron de los brazos.

—¡Tira, tira! —pidió con voz desesperada Julen.

El león acortaba distancia. Ahora apenas lo separaban unos metros de la camioneta.

—¡Papá! —grito suplicando Élodie.

—Acelera, abuelo, acelera.

Por fin el masái consiguió colocar la axila en el borde del portón y, con la ayuda de Élodie y Julen, logró subir primero una pierna y luego el resto del cuerpo.

Cuando Julen miró, el león estaba cerca de las ruedas traseras, casi podía sentir el aliento del depredador. De un salto consiguió apoyar sus zarpas sobre el portalón trasero. Julen y Élodie se pegaron todo lo que pudieron contra la parte opuesta, y Kanja agarró su lanza. Entonces la camioneta pilló un bache, hizo un giro y saltó por los aires.

El león se descolgó y todos los que estaban en la caja saltaron, a su vez, al camino. Élodie, como era la más delgada, cayó más lejos. Julen se incorporó rápidamente, corrió hacia ella y la abrazó. El león estaba cerca, muy cerca. Rugió levantando la cabeza, frunció el labio superior para enseñar sus colmillos y se acercó despacio, jadeando. Se detuvo y contempló a sus presas.

El devorador de hombres se recogió sobre sus patas traseras... y saltó.

Élodie agachó la cabeza y Julen vio como el león quedaba suspendido en el aire, como si volara a cámara lenta. Las garras extendidas hacia ellos, las fauces abiertas dispuestas para la primera dentellada...

En ese instante y sin saber de dónde había surgido, apareció una sombra que se interpuso entre ellos y el león.

Hubo una amalgama de cuerpos que rodaron y se aplastaron unos contra otros, hasta que, tras un rugido sordo, todo se detuvo.

Cuando el abuelo llegó corriendo, fusil en mano, el león yacía muerto en medio de un charco de sangre. El masái se había interpuesto en el salto del felino y, tras apoyar su lanza contra el suelo, había atravesado el cuerpo del animal.

## 25. La denuncia

*Pocos ven lo que somos, pero todos ven lo que aparentamos.*

Maquiavelo

Evitaron regresar por la ruta del lago Kivu para no encontrarse con los rufianes de los vertidos tóxicos, y una jomada más tarde acamparon cerca del poblado de Burungu. Pablo envió a Kanja a hablar con Sharik, el jefe de la tribu con quien mantenía una buena amistad, para pedirle que se reuniera con él.

Se encontraron en un claro de la selva. Después de un saludo ritual, se sentaron uno frente al otro. Ambos se conocían y se respetaban desde hacía mucho tiempo.

—Como te prometí, he dado caza al devorador de hombres —señaló Pablo de forma solemne y en lengua suajili—. *Simba* no volverá a atacar a nadie más en Vimnga.

Sharik permaneció unos segundos en silencio, hasta que relajó el gesto y sonrió.

—Como siempre, el Gran Padre Blanco ha cumplido su palabra. ¿Dónde está el león?

—Aquí. Ven.

Ambos se levantaron y se dirigieron a la parte trasera del vehículo, aparcado cerca de allí. Antes de que llegaran, Kanja bajó el portalón trasero. La cabeza enorme del león aparecía sobre el suelo de la caja.

—Ahora Buku no podrá decir que el espíritu del hombre blanco está en el león, pero tú no me has llamado para esto. Tú mismo podías llegar al poblado con el cuerpo de *simba* y enseñárselo a todos.

Pablo contempló un instante la figura del jefe y, una vez más, admiró su inteligencia.

—No, no solo te he convocado para esto. Mira...

Dio unos pasos hasta la cabina de la camioneta, tomó la réflex digital, la encendió y pasó por la pantalla las fotos que había sacado en la gruta del volcán.

—Buku se dedicaba a vender armas a las guerrillas hutus de Ruanda.

La cara del jefe se encendió.

—Estas fotos son de las entrañas del volcán Nyragongo. Hacía creer a todo el mundo que vivía allí, pero en realidad lo utilizaba para guardar armas y dinero. También colaboraba con alguna empresa que está envenenando el gran lago Kivu con residuos tóxicos.

Pablo le mostró las cajas con las armas y el dinero. Las pruebas eran incuestionables y Sharik, indignado, le pidió que le entregase al brujo. Tardó en

convencerle de que no podía hacerlo; sin embargo, le prometió que se haría justicia y que Buku pagaría por todo el mal que había hecho.

—Ni a ti ni a mí nos conviene que todos vean que hemos apresado a Buku —le aseguró—. Aunque ha estado colaborando con los hutus y conspirando contra vosotros, que sois tutsis, este brujo tiene mil trucos para convencer de lo contrario a otras tribus de Virunga que podrían echársenos encima. Que los tambores parlantes anuncien la muerte de *simba*, pero te pido que no comentes nada sobre Buku. El brujo será juzgado como merece.

Así, durante los días siguientes, los tambores no dejaron de sonar anunciando la muerte del devorador de hombres. Un rosario de nativos, imposible de parar, fue llegando a casa del abuelo Pablo para dejar frente al porche, donde Kanja había colocado la melena rojiza del león, canastas de frutas, utensilios de barro, cestas de pescado, abalorios y mil regalos más.

Pablo entregó a Buku al juez de Kindu y también las pruebas que había recogido. Una semana más tarde, el juez lo llamó para informarle de la confesión de Buku tras el interrogatorio y de su envío a la cárcel de Kinsasa. Después, y a pesar de la reticencia de Pablo, el juez decidió acompañarlo por todas las tribus de Virunga para leer la sentencia y dejar bien claro, con las pruebas obtenidas, quién era Buku y a qué se dedicaba.

La mayoría de los nativos agachaban la cabeza avergonzados. Aquel en quien habían confiado durante tantos años no solo los había engañado, sino que los había traicionado con la venta de armas a sus más directos enemigos.

Se reforzó la vigilancia en la frontera con Ruanda y, tras una ardua investigación y un duro litigio, se condenó a la compañía de los vertidos ilegales a una considerable multa y a la Empieza del lago.

Pablo elaboró una lista con las necesidades más importantes de los poblados de Virunga. Pidió los permisos al Gobierno para la creación de varias escuelas y centros sanitarios gestionados por una ONG que había creado para no aparecer en ningún lado, y así utilizó el dinero incautado al brujo. Nadie dudó ni preguntó por su procedencia. El abuelo había dejado atado y bien atado el plan pergeñado en aquel viaje de vuelta.

Durante los días que siguieron a su aventura, Élodie se mostró especialmente atenta con Julen. Por las mañanas salían con el abuelo y con Kanja a controlar o marcar animales, y por las tardes recorrían los dos solos lugares que ambos conocían. Él disfrutaba en silencio de la compañía de la chica que amaba y ella también parecía encontrarse en otra dimensión.

—Ya falta poco para que te marches, ¿no? —le preguntó una tarde.

Él arrugó el entrecejo. El atardecer era cálido y apacible, con un sol enorme muy cerca del horizonte.

—Sí —respondió al cabo—. Dentro de una semana vuelvo a casa con mis padres.

—Voy a echarte de menos —dijo ella y se situó frente a él.

—Yo a ti tam...

Antes de que terminara la frase, Élodie le echó los brazos al cuello y le selló los labios con un beso.

Julen se quedó petrificado.

—Yo..., yo... —balbuceó.

—No digas nada, Julen. ¿Acaso crees que no me he dado cuenta de tus miradas, de tus sonrojos, de tu comportamiento cuando estás frente a mí? Estas cosas no pasan desapercibidas para ninguna chica, ni siquiera para una masái. Y yo también estoy enamorada de ti, Julen. Creo que lo he estado siempre. Me enamoré del capitán de barco con el que surcaba los mares, del astronauta, del guerrero, de todos los personajes que representabas en nuestros juegos.

Julen tiró de ella. Esta vez fue Élodie quien cerró los ojos y se abandonó a sus brazos.

—Te quiero —escucharon sus oídos, pero no quiso levantar los párpados para no romper aquel momento mágico.

Sin embargo, notó el aliento de sus palabras cerca de su cuello y se estremeció imperceptiblemente. Por unos instantes tuvo la sensación de estar al borde de un gran precipicio. Luego, él se separó y volvió a besarle suavemente los labios.

—Yo también. Yo también creo que te he amado siempre —dijo con voz trémula y aterciopelada.

Y entonces supo con certeza que volvería a aquel continente, a África, un lugar tan especial que había marcado su vida.

También supo quién iba a ser su compañera.